

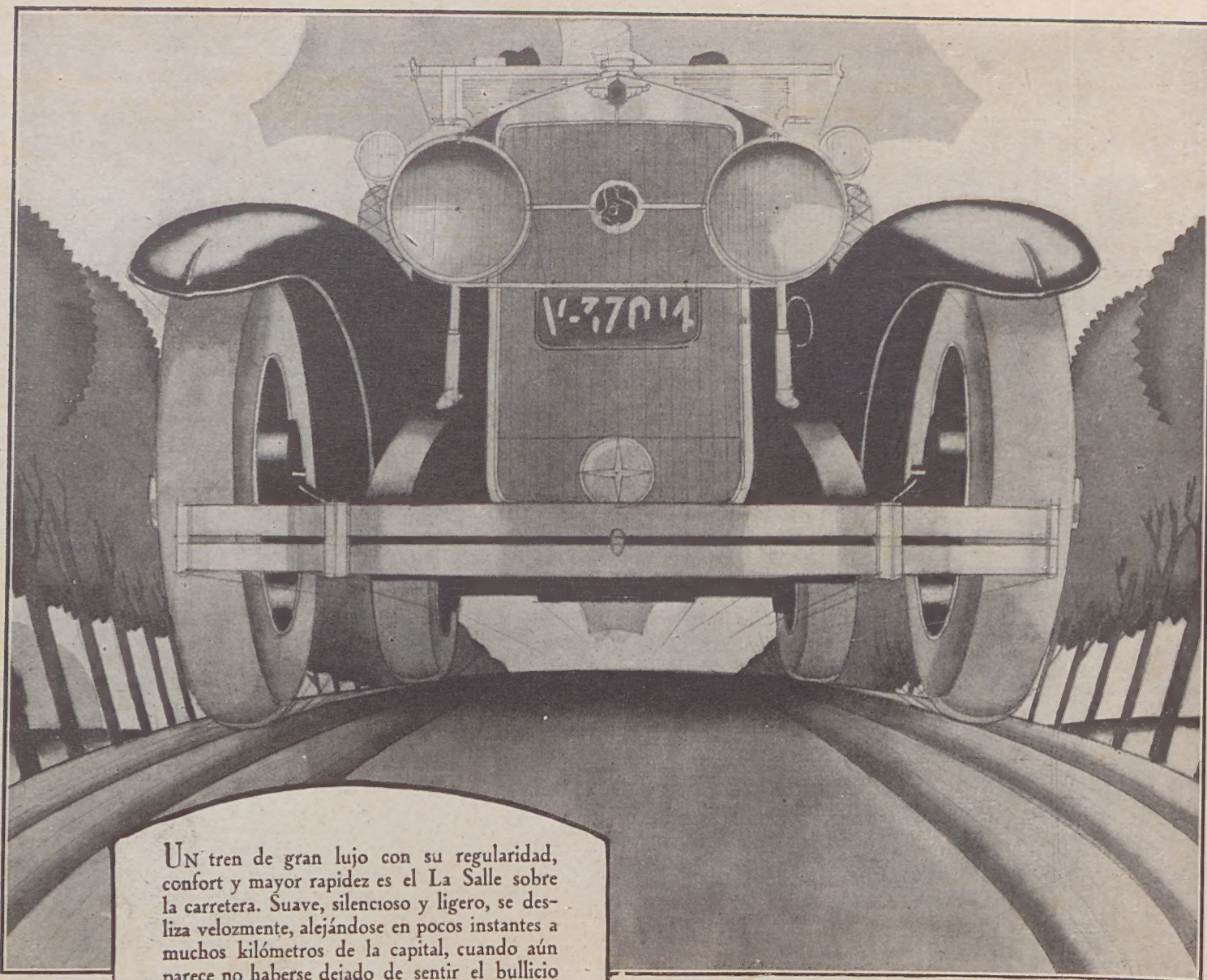
Cosmópolis



Madrid, Abril 1928

LA MAJA Y EL EMBOZADO

Precio: 1.75 ptas



UN tren de gran lujo con su regularidad, confort y mayor rapidez es el La Salle sobre la carretera. Suave, silencioso y ligero, se desliza velozmente, alejándose en pocos instantes a muchos kilómetros de la capital, cuando aún parece no haberse dejado de sentir el bullicio de su tráfico.

Su motor ocho cilindros, tipo V 90°, fuerte y seguro, como construido por los ingenieros del Cadillac, posee una aceleración admirable que le permite, con sólo oprimir el acelerador, alcanzar una velocidad desde el paso lento de una persona a la de 125 kilómetros por hora, sin necesidad de cambiar de marcha.

Al construir el La Salle se ha conseguido el fin deseado de crear un coche que se adapte totalmente a la vida moderna: que sea rápido y al mismo tiempo manejable como el más pequeño para salvar con facilidad las dificultades de la circulación.

El La Salle causa admiración en todas partes, y principalmente en aquellos sitios frecuentados por los amantes del deporte.

Precios desde Ptas. 23.700 a 29.700

La Salle

GENERAL MOTORS PENINSULAR, S. A.—MADRID



El arte de la industria española en orfebrería religiosa

Primera Casa de España en la fabricación de orfebrería religiosa

PLATA MENESES

Viuda e Hijos de E. MeneSES (S. en C.)

CASA FUNDADA EN 1840

Venta única en Madrid, en su Casa: Plaza de Canalejas, 4.

FÁBRICA:

Calles de Don Ramón de la Cruz y Núñez de Balboa.

SUCURSALES EN:

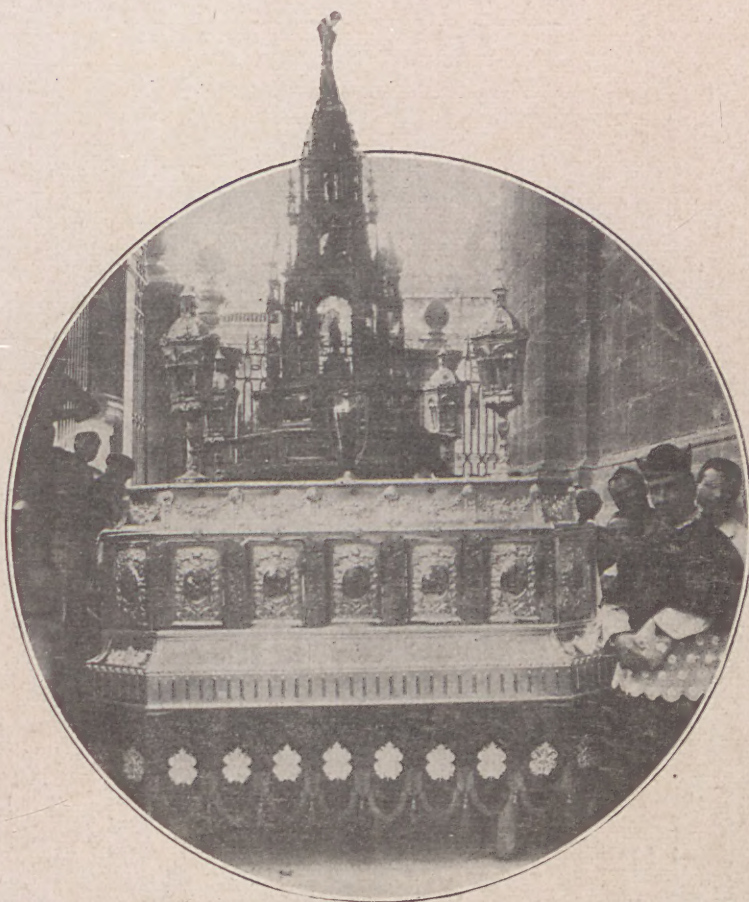
Barcelona: Fernando VII, núm. 19

Sevilla: Sierpes, número 8.

Bilbao: Bidebarrieta, número 12.

Valencia: Paz, número 5.

CORRESPONSALES EN TODA ESPAÑA



La famosa Custodia de Jaén, sobre la magnífica carroza de PLATA MENESES, estrenada el día del Corpus último, llamando la atención por su gusto artístico.

Remitimos catálogos gratis con sólo mencionar esta Revista

APARTADO DE CORREOS 186

MADRID



NOTA IMPORTANTE

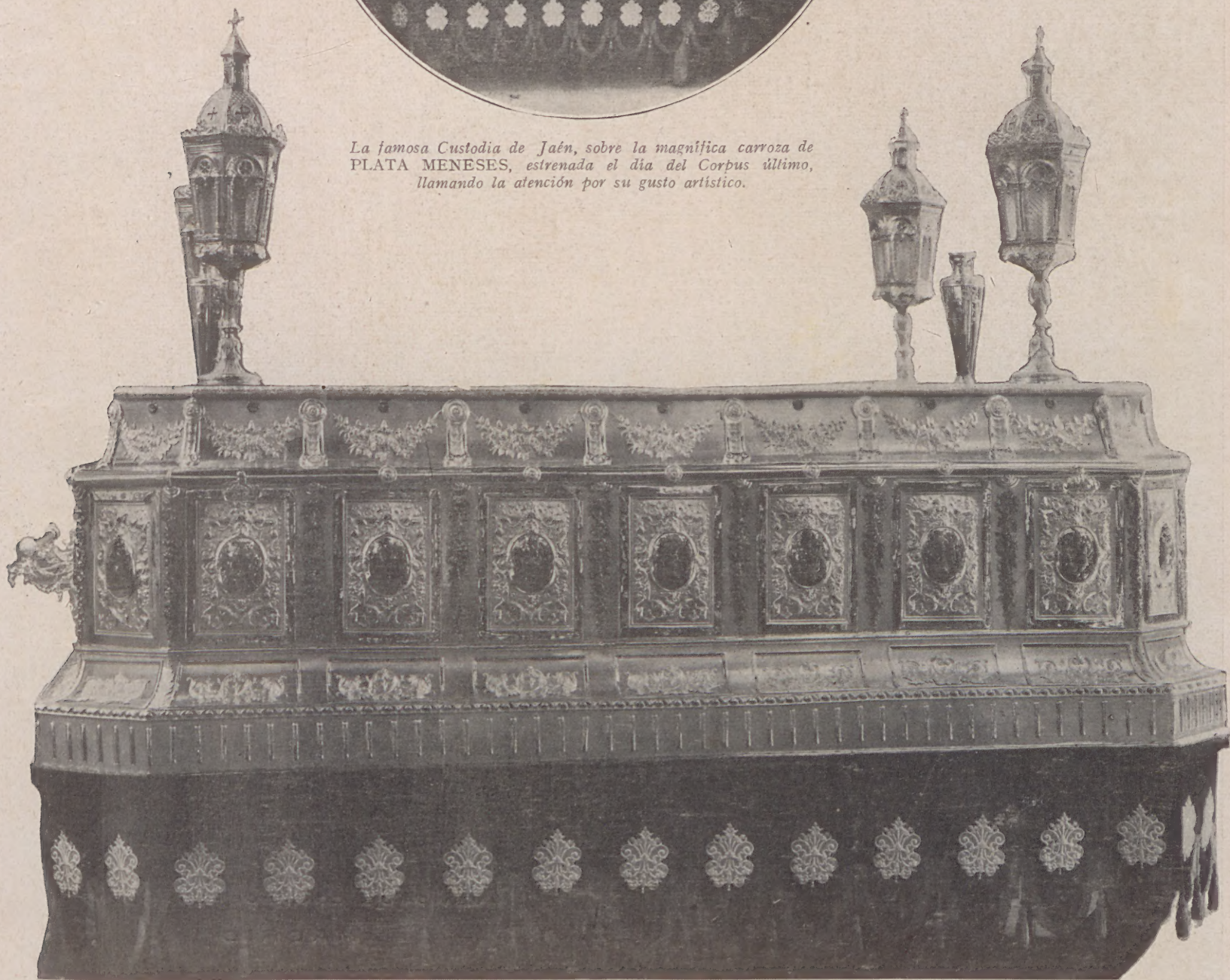
Ante las innumerables falsificaciones e imitaciones que sufren nuestros productos, advertimos a nuestra clientela de Madrid y de España entera que exijan siempre nuestras marcas registradas del SOL Y MENESES unidas, que garantizan la legítima

PLATA MENESES

orgullo de la industria nacional.



Solicitamos representantes para las Repúblicas suramericanas



NÚMERO 544.—Andas carroza estilo Renacimiento con sobrepuestos dorados, colocadas sobre un chasis de automóvil, con frenos, sin motor. Con cuatro faroles núm. 933, con pie y 2 dnforas con asas grabadas. LARGO TOTAL: 243 c/m. ALTO TOTAL: 160 c/m. ANCHO PLATAFORMA SUPERIOR: 190 c/m., y LARGO 260 c/m., en PLATA MENESES. Vendida para la Catedral de Jaén en 25.000 PESETAS



BROOKING
JOYERO



AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 17
MADRID

Cosmópolis

Redacción y Administración

Alcalá, 44 y 46 (Entrada Marqués de Cubas, 1) MADRID.

Teléfono: 13546 - Apartado de Correos: 490

Dirección telegráfica y telefónica: Cosmópolis

Precio de suscripción:

España:	un año	19 pesetas
	un semestre	10 pesetas
Extranjero:	un año.	25 pesetas

S U M A R I O

LITERATURA

- «La mujer del ídolo», novela corta, original de ALBERTO INSÚA, con ilustraciones de ADOLFO DURÁ.
- «Los amores de Elena», novela, original de M. HUNGERFORD, traducida por BEATRIZ GALINDO e ilustrada por E. GARCÍA ORMAECHEA.
- «Tres puntos rojos», novela policíaca, de SEE ADCOME, con ilustraciones de FEDERICO RIBAS.
- «Tánger, la codiciada», crónica de JOAQUÍN ARRARÁS.
- «El centenario de un artista glorioso», reportaje de «JULIO ROMANO», con fotografías de MARÍN.
- «Agua y civilización», crónica de MANUEL GRAÑA.
- «La bellísima Cenicienta española», información sobre la ciudad de Cuenca, por JOSÉ SIMÓN VALDIVIELSO.
- «El milagro del amor y la fe», cuento de ambiente sevillano, por JOSÉ MARTÍNEZ AGULLÓ.
- «En la rosaleda del Palacio Real», cuento infantil, por el BARÓN DE MORA, con ilustraciones de VERA LANDA.
- «El alma de las cosas», cuento de la malograda escritora ANA PERIER.

BIBLIOGRAFÍA

- «Don Armando Palacio Valdés», estudio crítico de MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO.
- «In Memoriam», notas bibliográficas sobre las obras completas de don Francisco A. de Icaza.
- «Notas varias».

TEATRO Y CINEMATOGRAFÍA

- «El teatro de Eduardo Marquina», estudio crítico, por LUIS ARAUJO COSTA, con caricatura de GONZÁLEZ CEBRIÁN.
- «Concurso de argumentos cinematográficos».

LOS ESCRITORES NUEVOS

- «Hemos recibido su trabajo y...» (Correspondencia de la sección).

DEPORTES

- «La vieja rivalidad, renovada año tras año, entre el Real Madrid y el Athletic», crónica comparada por EDUARDO TEUS.
- Fotografías de alpinismo en Saint-Moritz.

GRAN MUNDO

- Retrato de la marquesa de Viana.
- Retrato de la señorita de Peretti de la Roca.
- Fotografías de los distinguidos aficionados que tomaron parte en la función de gala a beneficio de la Ciudad Universitaria.
- Retrato del conde de las Torres de Sánchezdalp.

ARTE

- «El viejo palacio de Alcañices», crónica de DIEGO SAN JOSÉ, con acuarelas de ZAPATER.

TURISMO

- Crónica, por ANTONIO PRAST.

FEMENINA

- «Entre nosotras», crónica de modas, por «CIL».
- «De Claudia a Leonor», carta transcrita por ISABEL O. DE PALENCIA.

INFANTIL

- Historieta, rompecabezas, cuento, muñecos recortables, etc.

EXTRANJERO

- «Carta de un londinense», por PEEJAY.
- «Carta de Nueva York», por GUSTAV DAVIDSON.
- «Un cuarto de hora de conversación con DORIS NILES».
- Fotografías de distinguidas personalidades.

PASATIEMPOS

- Resultado del concurso anterior.

VARIOS

- «Consecuencias de la guerra», crónica gráfica.

Precio 1.75 ptas.

Extracto del contenido del presente número en tres idiomas

Portrait du grand peintre aragonais Francisco de Goya, dont on célèbre ce mois-ci le premier centenaire de la mort, par son illustre contemporain Vicente López	7	Das Bildnis des grossen aragonischen Malers Francisco de Goya, dessen hundertsten Todestag wir in diesem Monat feiern, befindet sich auf	7	Portrait of the great Aragonese painter Francisco de Goya, the first centenary of whose death occurs this month. Painted by his distinguished contemporary, Vicente López	7
Intéressant reportage de Julio Romano sur le Musée du Prado, abondamment illustré avec des photographies de tableaux devant lesquels travaillent des copistes	8	Einen interessanten Bericht über das Museum del Prado in Madrid aus der Feder von Julio Romano und mit Bildern von verschiedenen Stücken des Museums und seiner «Kopisten» veröffentlichten wir auf	8	An interesting report on the Prado Art Museum in Madrid, illustrated by photographs of various paintings in the Museum, showing copyists working beside them. By Julio Romano	8
«La femme de l'idole», nouvelle inédite d'Alberto Insua; illustrations du populaire dessinateur Adolfo Durá	12	Alberto Insua hat besonders für COSMÓPOLIS eine interessante kurze Novelle «La mujer del ídolo» geschrieben. Der ausgezeichnete und volkstümliche Künstler Adolfo Durá hat sie mit wundervollen Bildern illustriert. Seite	12	«The Idol's Wife». Enthralling short story written specially for «Cosmópolis» by the well-known spanish author Alberto Insua. Published in full in this number, with some delightful illustrations by the popular artist Adolfo Durá	12
«Tanger la convoitée», très intéressante chronique de Joaquín Arraras	19	«Tanger, die vielbegehrte», benennt sich ein gut geschriebener Artikel von Joaquín Arraras. S. Ein Gedicht von Enrique López Alarcón befindet sich auf	19	«Tanger the Much-Desired»: an interesting study by Joaquín Arraras	19
Une poésie du grand poète Enrique López Alarcón	24	In der Rubrik «Gran Mundo» fallen die Marquesa de Viana und die Señorita de Peretti de la Roca durch ihre Schönheit auf. Seite	24	A poem of true inspiration by Enrique López Alarcón	24
Notre chronique mondaine donne de ravissants portraits de la marquise de Viana et de Mlle. Peretti de la Rocca	26	Wir bringen die Bilder der Schauspieler, die an der Gala-Vorstellung zu Gunsten der künftigen Universitätsstadt teilnehmen Seite	26	Society Page: some striking portraits of the Marchioness de Viana and Mlle. Peretti de la Rocca	26
Portraits des actrices qui prirent part à la représentation de gala au profit de La Cité Universitaire de Madrid	28	Den klassischen Geschmack des vergangenen Jahrhunderts verkörpern die Aquarelle Meister Diego San José's, die dem Artikel «El viejo palacio de Alcañices» beigegeben sind.	28	Illustrated notes containing portraits of the well-known actors who took part in the gala performance held in aid of the University City	28
«Le vieux palais d'Alcañices», chronique de Diego San José, illustrée d'aquarelles qui évoquent les souvenirs du siècle passé	33	Der Mode-Bericht mit den letzten Modellen des Hauses Worth von Cil.	33	The old Palace of Alcañices. By Diego San José, with some charming water-colours in the classic style of the last century page	33
On trouvera dans la Chronique des modes, de «Cil», les derniers modèles de Worth	41	Die «Fiestas en la ciudad de la primavera» betitelt Sevillaner Chronik von José Andrés Vázquez finden Sie auf	41	Fashion Notes, showing Worth's latest models, by «Cil».	41
«Les fêtes de la Ville du Printemps», par l'illustre chroniqueur sévillan José Andrés Vázquez	50	Eine illustrierte Abhandlung über die prachtvollen Wohnräume des Grafen de las Torres de Sanchezdarp in Sevilla.	50	«Holiday Time in the City of Spring». Chronicle from Seville by José Andrés Vázquez p.	50
Information illustrée sur la somptueuse demeure sévillane des comtes de las Torres de Sanchezdarp	56	«Málaga en su Semana Santa, bella síntesis del fervor místico» mit Abbildungen von Morales Darias auf	56	Illustrated description of the luxurious home of the Conde de las Torres de Sanchezdarp in Seville	56
«Malaga pendant la Semaine Sainte, belle synthèse de ferveur mystique», chronique illustrée de Morales Darias	58	Unser vielbegabter Mitarbeiter Araujo Costa veröffentlicht eine interessante Skizze über Eduardo Marquina auf	58	«Holy Week in Málaga: a beautiful symphony of mystic fervour». By Morales Darias. With photographic illustrations.	58
Etude critique de l'oeuvre du grand poète Eduardo Marquina, par notre collaborateur Araujo Costa	59	Wintersport in St. Moritz. Seite	59	Eduardo Marquina: a study from the learned pen of Araujo Costa	59
Les sports de la montagne à Saint-Moritz	66	Den Sport behandelt Eduardo Teus auf Seite	66	Aspects of Winter Sports in St. Moritz page	66
Informations sportives, par notre collaborateur Eduardo Teus	67	«Tres puntos rojos» ist der Name eines Romanes, von See Accome übersetzt und von Federico Ribas illustriert.	67	Sporting News, by Eduardo Teus	67
«Les trois points rouges», passionnant roman policier de See Accome; belles illustrations de Federico Ribas	71	Unser New-Yorker Correspondent Gustav Davidson hatte mit der berühmten amerikanischen Tänzerin Doris Niles ein interessantes Interview, worüber er uns berichtet auf Seite	71	«Three Red Spots». Thrilling detective story by See Accome, illustrated by Federico Ribas	71
Charmante interview de la célèbre danseuse américaine Doris Niles, par notre correspondant à New-York, Gustav Davidson	76	Die Schönheiten der Stadt Cuenca sind sehr fein beschrieben in dem Artikel José Simón Valdivielso «La bellísima cenicienta española» auf	76	A delightful interview enjoyed by Gustav Davidson, our New York correspondent, with the well-known American dancer Doris Niles	76
«La très belle Cendrillon espagnole», chronique de José Simón Valdivielso, sur les enchantements de Cuenca.	79	Eine kritische Abhandlung über die Werke Armando Palacio Valdés' veröffentlicht unser Mitarbeiter Melchor Fernández Almagro auf	79	«Spain's lovely Cinderella». A picturesque chronicle by José Simón Valdivielso, describing the charm and beauty of Cuenca page	79
Etude critique de l'oeuvre considérable du romancier Armando Palacio Valdés, par notre collaborateur Melchor Fernández Almagro	83	Die komische Erzählung «Dignidad profesional» von Mihura wird Ihnen Freude bereiten auf S. Die Fortsetzung unserer Novelle «Los Amores de Elena» befindet sich auf	83	Critical study of the extraordinary output of our famous novelist Armando Palacio Valdés, by Melchor Fernández Almagro page	83
«Dignité professionnelle», historiette comique par Mihura	86	«Agua y Civilización» heisst ein Artikel von Manuel Graña auf	86	«Professional Dignity»: a tale of piquant humour by Mihura	86
Suite du roman «Les amours d'Hélène», de M. Hungerford, traduction de Beatriz Galindo	87	Bitte, wenden Sie Ihr spezielles Interesse dem Brief «De Claudia a Leonor», der aus der Feder unserer Mitarbeiterin Isabel O. de Palencia stammt, zu. Seite	87	A further thrilling instalment of «The Loves of Elena», by Mrs. Hungerford, translated by Beatriz Galindo	87
«L'eau et la civilisation», chronique de notre illustre collaborateur Manuel Graña	92	Unser Londoner Brief ist mit interessanten Bildern ausgestattet. Seite	92	«Water and Civilisation»: article by our distinguished contributor Manuel Graña page	92
«Claude à Eléonore», lettre par notre illustre collaboratrice Isabel O. de Palencia	93	«El alma de las cosas» betitelt sich eine Erzählung der leider zu früh verstorbenen Ana Perier auf	93	«From Claudia to Leonor», a specially interesting letter by Isabel O. de Palencia page	93
«Lettre d'un Londonien», avec d'abondantes illustrations	95	Einige bibliographische Skizzen über die Werke des kürzlich verstorbenen Schriftstellers Francisco A. de Icaza finden Sie auf Seite	95	«A Londoner's Letter», illustrated by interesting photographs	95
«L'âme des choses», conte de l'infortunée et délicate écrivain Ana Perier	97	Antonio Prast berichtet, wie gewöhnlich, über «Turismo en la Sierra de Guadarrama» auf	97	The Soul of Things»: a delicate tale by the ill-fated authoress Ana Perier	97
Note bibliographiques sur l'oeuvre de Francisco A. de Icaza, l'illustre écrivain mort récemment	98	Interessante Arbeiten neuer Schriftsteller. Seite	98	Bibliographical Notes on the complete works of Francisco A. de Icaza, a well-known writer who died recently.	98
Le tourisme dans la Sierra de Guadarrama, chronique de notre rédacteur Antonio Prast	99	Rätsel mit den Lösungen des letzten Wettbewerbes.	99	Touring in the Sierra de Guadarrama, by Antonio Prast	99
Les écrivains nouveaux	105	Eineder Kgl. Hoheit Infantin Beatriz de Borbón gewidmete Kindererzählung unseres Mitarbeiters Baron de Mora.	105	Interesting works by new writers	105
Passe-temps et résultat du dernier concours	107	Für unsere Kinder.	107	Puzzle Section. Results of the last competition p	107
Un conte pour enfants, dédié à S. A. R. l'Infante Beatrix de Bourbon, par notre illustre collaborateur baron de Mora	109		109	A charming tale for children, dedicated to H. R. H. the Infanta Beatriz de Borbón, by the Baron de Mora	109
Pages pour la jeunesse, dédiées aux petits lecteurs de COSMOPOLIS	112		112	«The Children's Corners». Some pages eagerly awaited by the younger readers of «Cosmópolis»	112

Revista mensual ilustrada

Cosmópolis

AÑO 2 ABRIL 1928

NUM. 5

Fundador y Director: Enrique Meneses



FRANCISCO DE GOYA Y LUCIENTES

Retrato, por Vicente López

EL CENTENARIO DE UN ARTISTA GLORIOSO

GOYA

el pintor extraordinario
de los sueños tenebrosos,
y
de la gracia, el candor y
la puerilidad infantil

Los extranjeros frente a los
lienzos de Goya en
el Museo del

Prado

POR el camino del *Quijote* se llega a Goya. En el testamento del *Caballero de la Triste Figura* está la hijuela de este otro hidalgo español. Cervantes entierra con don Quijote la gloriosa exaltación espiritual de una raza, y la certera pupila de Goya recoge la herencia lamentable. ¡El mágico realismo de Goya! He aquí un pintor que retrata reyes, mendigos, plebeyos y rufianes. Y el ojo del español de esta época ve en los cuadros goyescos que la dignidad se cobija en la plebe y el vilipendio en la realeza. ¿No está aquí, en la figura de Fernando VII, la falsedad de su carácter, sus ideas tenebrosas, su crueldad, su pusilanimidad, su falta de grandeza? ¿No es grotesca y lamentable esta familia de Carlos IV? Goya fué un gran satírico. Dicen que a Fernando VII no le gustaba el retrato que le había hecho el autor de *La maja desnuda*. Tenía razón este rey. Porque la pupila del genio descubre los más hondos secretos de nuestra naturaleza. Y Goya dejó en sus cuadros la historia de aquella España de reyes y cortesanos viles y de plebes fanáticas y hambrientas. Al encararse con modelos tan miserables y mezquinos, ¿qué otra cosa podía hacer sino immortalizar la realidad circundante? El artista de genio no adula. Y Goya era tremendamente verídico. Ponerse frente a su paleta era un asunto peligroso y arriesgado. El pincel en manos del gran pintor era un finísimo

bisturí. Cuando trabajaba sobre carroña daba la familia de Carlos IV; si lo hundía en el fecundo manantial de la raza ibérica dejaba sobre almohadones *Las majas*.

No llegó a tiempo para pintar la España magnífica de Carlos V, con sus grandes capitanes y aventureros, cuyas espadas brillaban al sol en América, en Turquía, en Italia y Francia. No pudo llevar al lienzo al soldado español fanfarrón, bizarro, garboso, el «miles gloriosus», cuyo lenguaje tenía el temple de su acero y de su alma; Goya llegó tarde a la cita, y en vez de dar con Carlos V, un gran rey, tuvo que pintar a Fernando VII.

Goya y el arcipreste de Hita. El aire de familia. «Era implacable con el hombre y tierno y delicado con el niño».

Es fuerte y rudo este prodigioso aragonés. Tiene la garra poderosa de los grandes creadores. Goya, como el arcipreste de Hita, como Rojas, como Cervantes, como Hurtado de Mendoza, donde plantaba su mano, allí dejaba su huella indeleble. Él forma en la hilera de los poderosos y acérrimos creadores ibéricos. No tiene antecedentes. Sus tipos no están en ninguna parte; pero si que-



remos encontrarles algunos lejanos parientes abramos el *Libro del Buen Amor*, o *La Celestina* o el *Lazarillo*. Entre estas *Lavanderas* de Goya, ¿no está aquella serrana forzuda, cariancha, «de dyentes anchos e luengos»?...

.....
«En comedia del vallejo,
Encontrem' una serrana
Vestida de buen bermejo
E buena cinta de lana;
E díxelo yo luego:
¡Dios te ssalve, hermana!»

¿Y en esta *Riña en la Venta Nueva* no están los rufianes de la *Celestina*? Es verdad que todos los grandes tipos humanos tienen en sus obras «cierto aire de familia», y Goya es la continuidad de una gloriosa estirpe.

Es fuerte y rudo el autor de *La gallina ciega*. Su brocha aristofanesca arranca túrdigas a la misérrima realidad. Pero este pintor extraordinario y desmesurado de las teces diabólicas, de los sueños tenebrosos, de las trágicas pesadillas, tenía un alma candorosa e infantil. Si su paleta hacía revivir un mundo de aquellarre y su ceño era duro, y su mano creaba fantasmas luciferinos, también era tierno, amable, pueril y candoroso. Era implacable con los hombres y deliciosamente humano con los niños. Rezuman ternura, gracia, candor y puerilidad las criaturitas de Goya. Este genio viril amasaba sus chiquitines con suspiros maternos. Toda la saña que emplea con el hombre es blandura y perdón para el niño. Las caritas infantiles, con sus ojos apenas abiertos a la vida, son una amorosa alusión al regazo maternal, a brazos de mujer enamorada, a dulce y tranquilo sueño. Es una plegaria, el aire suave de la aurora, el despertar de un buen Dios. Antes que lo dijera el poeta, Goya sabía que «los niños son ángeles que al caer del cielo se rompieron las alas».

El pintor, en Burdeos. El cariño a su patria.
Las cartas de Moratín.

El 16 de este mes de abril celebra España el centenario de don Francisco de Goya y Lucientes. En un lado y en otro se amontonarán los haces de prosa en honor del genio. No debe empalagarnos. Es tan recia la figura de este español, que bien merece que altos, bajos y medianos le lleven su ofrenda.

Nosotros hemos vuelto a leer estos días las cartas de Moratín, y el viejo artista, un poco cascarrabias y gruñón, ha vuelto a vivir, como fantasma querido, a nuestros ojos.

En la ciudad de Burdeos, en una casa del Cours de l'Intendant, murió el pintor. Una lápida colocada en la fachada recuerda al transeúnte que en aquella casa finó un español extraordinario. La lápida dice:

«Francisco Goya y Lucientes. Né à Fuendetodos (Espagne) le 30 Mars 1746 est mort dans cette maison le 16 Avril 1828.»

En abril de 1825 escribía Moratín:

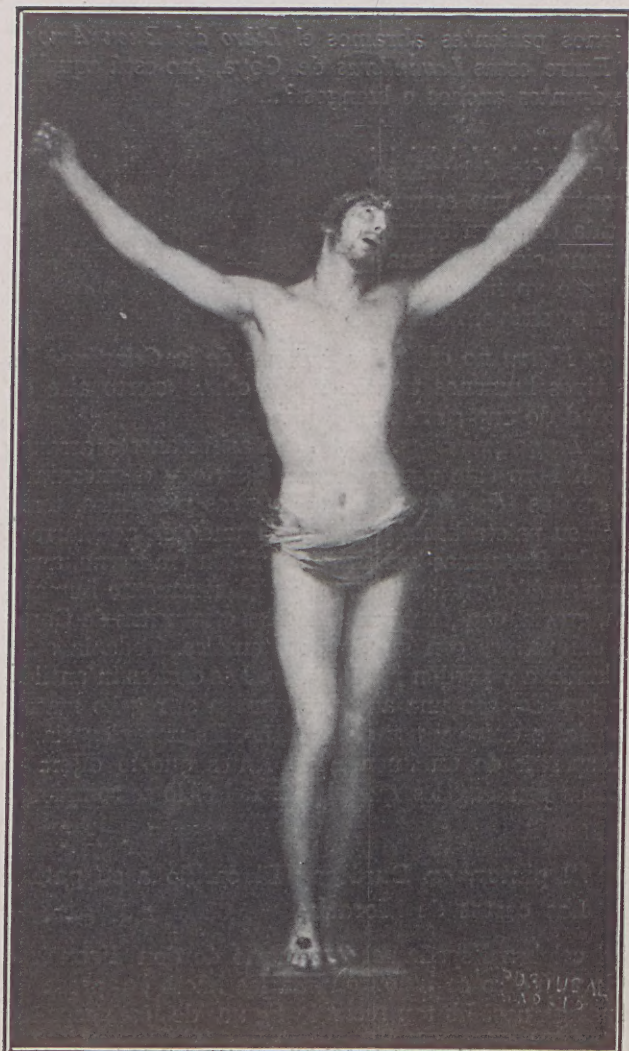
«Goya, con sus setenta y nueve pascuas floridas y sus alifanes, ni sabe lo que espera ni lo que quiere; yo le exhorto a que esté quieto hasta el cumplimiento de su licencia. Le gusta Burdeos, el campo, el clima, los comestibles, la independencia, la tranquilidad que disfruta. Desde que está aquí no ha tenido ninguno de los males que le incomodaban por allí, y, sin embargo, a veces se le pone en la cabeza que en Madrid tiene mucho que hacer; y si le dejaran se pondría en camino con una mula zahina, con su montera, su capote, sus estribos de nogal, su bota y sus alforjas.»

«... en Madrid tiene mucho que hacer.» ¡Con qué cariñoso afán leemos y releemos estas palabras de Moratín! Y es que ardía, como seca retama, en el pecho de Goya el cariño a su patria. Los años pasados en Madrid, tan cargados de alegría, de esperanzas y de tristezas, se erguían ante sus ojos, y los viejos fantasmas tiraban de él. Lo llamaba la tierra, estaba ya en los umbrales del sepulcro, presentía su próximo fin; pero no se atrevía a declarar a su amigo su recelo, ni a confesarse a sí mismo esta realidad inmediata. Y con pueril arranque achacaba a exigencias de su tarea la necesidad de volver a la corte.

Pocos meses después, en octubre de 1825, vuelve a escribir Moratín:

En el cuadro «La vendimia», Goya hizo un prodigioso alarde de sus grandes e indiscutibles conocimientos. La luz, la claridad y el color de este cuadro atraen y fascinan. Los extranjeros gustan de él extraordinariamente, y de esta escena bucólica salen para los Estados Unidos y para la América docenas de copias todos los años.





«Goya dice que él ha toreado en su tiempo, y que con la espada en la mano a nadie teme. Dentro de dos meses va a cumplir ochenta años.»

En el Cristo goyesco no se ve la ruta del Gólgota

En vísperas del centenario hemos visitado las salas de Goya en el Museo del Prado. Hemos visto sus admirables cartones para tapices: *La vendimia*, *Las gigantillas*, *La gallina ciega*, *La nevada*, *Los zancos*, *La boda*, *El pelele*, *Las lavanderas*, *Los jugadores*, *Muchachos trepando a un árbol*, *El quitasol*, *Riña en la Venta Nueva*... La plebe española, tan fecunda en tipos aristocráticos, está immortalizada en estos lienzos. En los frescos donados al Museo por el barón Emil d'Erlanger están los sueños trágicos de una raza, de raigambre tan fortísima, que ha sobrevivido al fuego, al hierro, al engaño y la traición.

En el Cristo de Goya hemos visto la pobreza de vuelo imaginativo del gran pintor. Goya no era un asceta ni un místico, sino un hombre pegado a su tierra, sensual y realista. El cielo para él era un tema propicio y necesario para el fondo de sus cuadros. Si Velázquez rebaja, hasta convertirlos en truhanes, a los dioses mitológicos, Goya retrae al hijo de Dios a su condición de criatura terrenal. No se ve en este Cristo goyesco la ruta del Gólgota.

En las *Majas* arde la carne, queman los ojos, y la voluptuosidad que irradian las dos figuras llenará por los siglos de los siglos la cabeza del espectador. Es el placer eternizado, la hora grata y magnífica en que los sentidos están de fiesta.

Ese muchacho que abre los brazos, en el cuadro de los *fusilamientos*, tiene en la hora trágica un aire tan terrible y humano, que parece un pelele grotesco.

Los copistas de Goya en el Museo Los pedidos de América del Sur. Lo que valen las copias. Los extranjeros y los españoles, frente a los cuadros del gran pintor.

Hemos hablado con los copistas de Goya. Una discípula de Sotomayor, la señorita López Cabrera, ha respondido galantemente a nuestras preguntas.

—¿Hace mucho tiempo que saca usted copias de los cuadros de Goya?

—Tres años.

—¿Le interesa a usted mucho este pintor?

—Muchísimo. Es el que más me gusta por el colorido, por la alegría de sus cuadros y por lo españolísimo que es.

—¿Piden del extranjero muchas copias del autor de las *Majas*?

—Sí, señor. Sobre todo, de América del Sur llueven los pedidos. Siempre está el caballete delante de sus cuadros. De los que se hacen más reproducciones es de *La gallina ciega* y de *La vendimia*. El Patronato del Museo va restringiendo cada vez más los permisos para sacar copias. Yo creo que debía haber una sala para los copistas, y un Jurado encargado de eliminar al que no reuniera las condiciones encasadas. Una copia infame desacredita el original a los ojos de los que no lo conocen.

—¿Visitan muchos extranjeros esta sala?

—Muchísimos. Y se pasan horas y horas frente a los cuadros, en actitud pensativa y de arrobamiento. Se aproximan a las figuras, se retiran, consultan los libros y están sin hablar, con los ojos pegados a los cuadros y a los cartones. Parece como si quisieran llevarse en las pupilas los tipos. Y, aunque hayan pasado mucho tiempo en la sala, cuando se marchan lo hacen con desgana. Dan unos pasos y vuelven atrás la cabeza, mirando una y otra vez, como si se despidieran de una persona querida.

—¿Se venden muy caras las copias?

—Yo pinto por placer, porque siento un deleite con esta tarea. Algunos copistas han empezado por afición y han acabado haciendo un negocio de su trabajo. Por algunas copias se han pagado hasta dos mil pesetas. Muchos extranjeros, al visitar el Museo, enamorados de los cuadros de Goya, quieren llevarse a su país una copia y la encargan aquí. Hay muchachas co-



Carlos IV.



La linda muchacha, dulce, pacífica y llena de ternura, gusta pintar la pavorosa escena de los fusilamientos de los heroicos defensores de la patria sojuzgada. Goya llevó a este lienzo toda la epopeya de un pueblo que prefiere la muerte a la pérdida de su libertad.

pistas, jóvenes pintores, «que se ayudan», viejos y algunos sacerdotes que acabada su misita colocan sus caballetes frente a los cuadros de Goya. Vea usted: ahí hay un señor sacerdote pintando el cuadro *de la eras*.

—Es verdad.

—¿Y por qué cuadros sienten predilección los extranjeros?

—Por los cuadros de luz y optimismo. No quieren nada tenebroso ni trágico. Hay un aspecto de Goya que no les gusta. En sus frescos tuercen la boca y avivan el paso.

—¿Y los visitantes del país?

—Los españoles son más inquietos. Quieren verlo todo en seguida, y van de acá para allá como mariposas. Entran en esta sala y salen de la otra aprisa, sin quedarse pegados a los lienzos, como los extranjeros.



Las copistas femeninas sienten una amorosa predilección por las majas de Goya. Frente a estos famosos cuadros arman sus caballetes las guapísimas muchachas y trabajan afanosamente copiando los tipos immortalizados por el glorioso sordo.

Claro es que el habitante de otro país tiene que hacer un hermosísimo viaje para ver estas cosas, mientras que el español las tiene en su propia casita y le es más fácil.

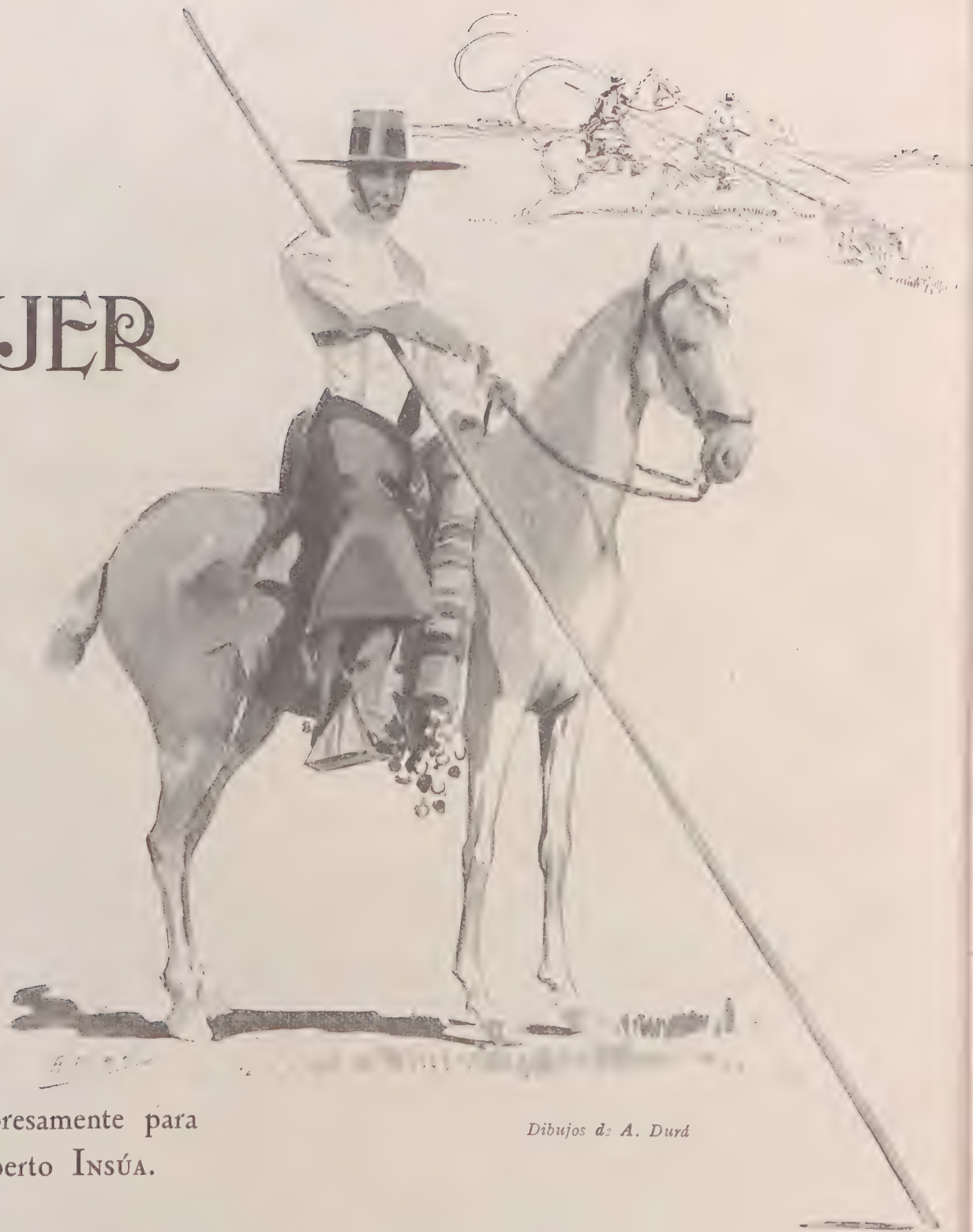
Un tipo largo y flaco entra a zancadas en la sala, saca del bolsillo un carnet, se arrima al cuadro *La vendimia* y se queda un rato sin mover pestaña.

—¿Ve usted? — me dice la joven—. Es un extranjero. Si vuelve usted dentro de dos horas lo verá ahí, frente al cuadro, como si hubiera perdido la noción del tiempo. Con el libro en la mano, parece que está en oración.

—Sí, señorita, sí. No es que lo parece. Lo está. Estas gentes se acercan a las obras maestras con respeto religioso, por que saben que en ellas se encuentra la divinidad.

JULIO ROMANO.

LA MUJER DEL ÍDOLO



Novela corta, escrita expresamente para
«Cosmópolis», de Alberto INSÚA.

Dibujos de A. Durá



I

¿Usted casado o soltero?

—Soltero. ¿Por qué me lo pregunta?

—Por un interés de clase. Sentiría mucha lástima de su esposa si la tuviese usted. ¿No está usted «casado» de ningún modo?

—De ningún modo, señorita. Yo la mano izquierda sólo la uso en la plaza.

—Más vale así. Ya empieza usted a serme algo simpático. Si es verdad lo que dice, si no está

usted unido como Dios manda, o como el diablo lo dispone a veces, con ninguna mujer, habrá que otorgarle el título de «buena persona».

—Muchísimas gracias. ¿Pero usted cree, de veras, que los toreros no deben casarse?

—Ni casarse, ni... lo otro. Yo estimo que ustedes los toreros deberían ser como los curas. Su profesión es incompatible con el matrimonio. No tienen ustedes el derecho de hacer sufrir a sus esposas, cada vez que toread, con el más terrible de los tormentos, que es la duda de si volverán ustedes vivos o muertos a su casa. No tienen ustedes el derecho de formar una familia que no puede contar con ustedes. Ustedes no son de sus hijos, sino de los toros.

—Si a eso vamos, señorita, los militares tampoco deberían casarse porque no son de su familia, sino de la Patria.

—La Patria, en nuestro caso, es la familia de todos los españoles.

—Pero matan más los moros que los toros.

—La guerra es una desgracia inevitable. En todas las naciones hay soldados. Sólo en España hay toreros. La comparación que usted hace es absurda.

—Está bien, señorita. Pero ¿cómo se llama usted? Le agradecería que me lo dijese. Me da no sé qué decirle «señorita», «señorita»...

—Me llamo Carmen.

—¿Y con ese nombre no le gustan a usted los toros?

—Ni los toreros.

—Mire que es mucho decir... Quitado el traje de luces, un torero es como los demás hombres.

—Para mí, no.

—¿Qué lástima!

—No empiece usted el *flirt*. Sería usted capaz de hacerme el amor por despecho y para vengarse con una ironía si yo cometiera la locura de hacerle caso. Aunque no voy nunca a los toros, ni leo nada que con ellos se relacione, la celebridad de usted es tan grande, que hasta yo



Entre los numerosos cultivadores de la novela corta—el género literario impuesto por el rápido e inquieto vivir moderno—, Alberto Insúa ha conseguido el título de maestro. Nadie, en efecto, tan ameno, vario, brillante y sugestivo como él en estas breves relaciones que suman escollos de difícil vencimiento y, en el que la concisión y el interés, la sobriedad y la emoción o la gracia deben aunarse en raro maridaje.

Como en la novela grande, Insúa ha triunfado en estos esquemas. Centenares de títulos—rápidamente agotados sus ejemplares—lo testimonian, y a miles ascienden sus lectores incondicionales; por eso, al insertar hoy *La mujer del ídolo* no podemos por menos de sentir legítimo orgullo de ofrecer al público una producción realmente extraordinaria del gran novelista.

Afirma Alberto Insúa que *La mujer del ídolo* es su mejor novela corta, por la originalidad de la forma y el interés del fondo; así lo juzgamos también todos los de esta casa, y esperamos que los lectores confirmen estas opiniones. El análisis psicológico, el dibujo de los tipos, la pintura del ambiente—ágil, firme, certero, colorido—, son suma esencia de aquellas que reflejó en su última novela, maravillosa y españolísima: *La mujer, el torero y el toro*.

que brillan como toreros, reúnen un capital y se retiran con más o menos cicatrices, pero en condiciones de seguir viviendo hasta el siglo.

—Eso no importa. Las mujeres o las enamoradas de esos toreros habrán sufrido mucho, los habrán llorado muchas veces... ¡Dios me libre de encontrarme en su caso!

—Pues pídaselo usted con toda el alma, porque nunca se sabe...

—No me asuste. Pero, no, no. Tendría yo que volverme loca para casarme con un torero.

—¿Y si se volviese usted loca... de amor?

—Por usted... ¿No es cierto?

—Por mí.

—No se ofenda, pero lo considero muy difícil. Como hombre no me gusta usted nada. Entendámonos... Es usted muy simpático, y con lo famoso que es y lo rico que está, usa usted un airecito despreocupado, una *bonhomie* que resultan muy agradables. Para conocido, para amigo con quien charlar, como ahora, en una reunión, me gusta. Pero ¡para casarme con usted! Aunque no fuese torero...

—¡Si yo como hombre, vamos, como tipo de hombre, no valgo un real! No parezco un *dandy* como Bombita. Ni tengo aquel aspecto de gladiador que tenía Vicente. A mí me tendrá usted que querer como torero. Lo que en

creído asistir a una pantomima. Confieso que usted me ha parecido elegante. Todos ustedes se han lucido, pero usted el que más.

—Muchas gracias. Me acaricia usted el corazón con sus palabras. Pero así, con el traje corto y teniendo delante becerros que no hacen pupa, no puede juzgárenos. Tiene usted que decidirse y venir a los toros. Yo quiero brindarle el primero que mate esta temporada en Madrid.

—No iré. Y ahora que le conozco, menos. No me gusta sufrir.

—¿Sufriría usted?

—Probablemente.

—¿Entonces?...

—Como sufro en el circo cuando me parece que un acróbata se va a caer.

—¿Nada más?

—Hombre... Conociéndole, después de esta charla, es lógico que usted me inspire más... simpatía que los otros. Y vamos a poner fin a este aparte. ¿No le parece? Todas me miran con celos. Les voy a devolver el ídolo... ¡Charito, hija, precisamente Córdoba me estaba hablando de ti!

II

Piensa Córdoba:

«¿Por qué ha de ser una lástima que no le gusten los toros? Tampoco a mí me gustan los toros. «Sofisma!», exclamaría mi gran amigo Hurtado. A mí no me gustan los toros... cuando no toreo. Pero a Carmen no le gustan nunca. Su sensibilidad los repele. Los repele... ¡Qué bien he aprendido a hablar! Bueno. ¿Y a mí qué me importa que no le gusten los toros? Debería alegrarme. ¡Soy yo tampoco torero



le conozco. Es usted el sol de la tauromaquia. Le pagan a usted cuatro o cinco mil duros — ¡qué inmoralidad! — por salir a matar dos toros. No hay nadie en España más popular que usted. Y usted, que es feo — supongo que estará enterado —, trae locas a las muchachas. Somos aquí, me parece, once. Sólo una no se casaría con usted: yo.

—Y yo sólo me casaría con esa...

—¡Magnífico! Veo que se propone permanecer soltero. Vamos a seguir la broma... Yo, por nada del mundo me casaría con un torero. Ni con un aviador. Ni con un radiólogo. En fin, para que lo sepa, ni con un militar. Con ningún héroe. Llámeme usted egoísta y burguesa...

—Yo no le llamo a usted más que encantadora. ¡Con lo maja que es, y que no la gustan los toros! Es una lástima.

—Yo quiero un marido para mí y un padre para mis hijos. Las dos cosas garantizadas. Si es radiólogo, se me puede quedar ciego y quemarse las manos. Si es aviador, un día u otro, la catástrofe. Y si es torero...

—Si es torero, no habrá toro que se permita dejarla a usted viuda.

—¿Que no? A un pariente mío muy aficionado, que no pierde corrida, le oí decir, hablando del célebre Joselito, que éste era invulnerable, que no había nacido ni podía nacer el toro que lo matase...

—¡Pobre José! Aquello fué una paradoja, un disparate, una ironía sangrienta del Destino. Pero para un José, un Espartero y un Granero que mueren en la plaza, le saco yo a usted un Lagartijo, un Frascuelo, un Guerrita, un Machaco, un Fuentes, un Mazzantini, un Vicente Pastor, un Bomba, y qué sé yo cuántos más

mí tendrá que enamorarla, que embrujarla... usted sabe que el amor es cosa de brujería... es mi aureola, mi fama, la atmósfera que me envuelve, el ser yo, precisamente, el de los cinco mil duros — ¡qué inmoralidad! — por matar dos toros...

—Despacio, despacio. Para eso haría falta, en primer término, que yo fuese a los toros, que a mí me gustasen los toros, y ya no sé cómo decirle que, si en mi mano estuviera, los suprimía... Y en segundo término... Déjeme, déjeme... Usted hablará luego... En segundo término, a mí sus millones no me deslumbran. No quiero un marido pobre, no, señor. Pero me basta con que gane lo suficiente. Y en mi casa algo hay...

—¡Bravo! Nos estamos diciendo unas cosas como si fuéramos a casarnos. Ahora, lo que yo no puedo admitir es que usted no haya ido nunca, lo que se dice nunca, a los toros.

—Lo que se dice nunca, no, señor. Habré ido dos o tres veces, invitada, por no desairar. Por lo mismo que he venido aquí esta tarde. Dolores me dijo que un tentadero venía a ser una *garden party*. Mi padre, que es muy amigo y abogado de don Octavio, me instó para que aceptase. Y ya tiene usted la explicación de mi presencia, de mi insignificante presencia, en una ganadería de reses bravas...

—¿Y qué? ¿Tampoco le ha gustado a usted el tentadero?

—Me ha distraído. Como no matan ustedes a los toros...

—¡Si no eran toros, sino vacas!

—Es cierto. Como no matan ustedes a las vacas, ni las vacas les matan a ustedes, he





LA MUJER DEL ÍDOLO

fuera de la plaza! Ni me acompaña el tipo. La gente, a pesar de mi sombrerito abollado a lo Grand-montagne, mi «raglán» color ceniza o color chocolate, y mis gafas negras, sabe que soy yo. Pero es... porque soy yo, Córdoba, el fenómeno, el «as». Cuando yo empecé, el público se reía de mí. ¡Ah, claro, yo no era, corporalmente, un Lagartijo! Ni siquiera un Bomba. Pero, a lo que vamos. Fuera de la plaza y de los tentaderos, a mí no me gusta hablar de toros. Mis amigos son pintores, escultores, literatos y hasta filósofos. A mí no se me ve en una juerga «castiza».

Ni se me ocurre hacer disecar las cabezas de los toros en que corto las dos orejas y el rabo. Serían demasiadas cabezas. Yo soy como esos grandes actores que no van nunca al teatro, como no sea para *hacer sus comedias*. A mí, en los toros, no me interesan mis compañeros, ¡allá cada cual!, ni el público, sino el toro que me va a salir por la puerta de los toriles y con el que voy a pasar un momento mío, de placer mío... A veces, en mi finca, yo solo, con una becerra que embiste bien, que «se come» el capote, gozo infinitamente más que en la plaza. Me entusiasmaría torear sin testigos; pero vive uno de los toros, y le pagan a uno por dejarse ver. En resumen: a mí me duele por un lado y por otro me encanta la actitud de Carmencita. Me duele, porque me gustaría que me viese torear. ¿No le dolería a Hurtado que su mujer no leyese sus novelas? ¿Y a Rivero que la suya no mirase sus cuadros? Es natural que el artista —mis amigos se han empeñado en que yo soy un artista: «el Miguel Ángel de la muleta» me llamaba hace poco, en una de sus revistas, «Aficiones»—, es natural que el artista busque el aplauso de su mujer. ¡No, ya a vivir con un enemigo! La esposa viene a ser como la *claque*, cuando se necesita. Y en un caso como el mío, en que me abundan las ovaciones y las «apoteosis», no debe de haber nada más dulce que la sonrisa medio llorosa de la mujer que nos quiere, al volver de la plaza con el «vestido» traspasado de sudor y salpicado de sangre, el cuerpo exhausto y la alegría honda en el alma de una faena magistral. Yo tengo que conseguir que Carmen venga a la plaza. Sólo por mí. Por «su marido». Aunque no sea más que una vez.

¿Luego? Lo que ella diga. Lo que ella quiera. Precisamente me dan horror las «aficionadas». Y no se hable de esas «niñas bien» que se prendan, según dicen, de mí. Y yo no las creo. Son las de siempre: las pobres cursis espirituales que se «enamoran» del divo a la moda, de los «ases» de la pantalla, del aviador que acaba de cruzar el Atlántico y del «torero-cumbre», como ahora dicen. Es necesario ser tonto para hacerlas casar. Son unas pobrecitas histéricas o unas frívolas alucinadas por el brillo de las primeras figu-

ras de la comedia humana, cuando estas primeras figuras son jóvenes y «espectaculares», pues a ninguna se le ocurre volverse loca por Ramón y Cajal. Yo, que un poco más de mala intención en el Altísimo, y salía hecho un mono, y no de Tovar, sino de Darwin, soy en la comedia humana española —y aun hispanoamericana— un galán resplandeciente. Y en la llama que de mí surge vendrían a abrasarse algunas falenas, si yo mismo, con la mano, no las apartase.

Carmen no es una falena. ¡Qué ha de ser Carmen una mariposilla atolondrada que se deja cegar!

Dios mío, Dios mío, ¡cómo me he enamorado de Carmen!

III

Piensa Carmen:

«¿Qué le respondo? Su carta es una declaración de amor terminante y con fines honestos. No faltaría más... Quiere casarse conmigo. ¡Carmen de Andrada, hija del gran abogado y ex ministro don Jacobo, esposa de Rafael Córdoba, el torero! Imposible. Material y moralmente imposible. De sobra sé yo que mi padre no se opondría. Los años y la atmósfera de su bufete, donde se pleitea sobre grandes fortunas y se cursan las más pingües testamentarias, le han metalizado el corazón y el cerebro. Papá sólo vería los millones de Córdoba, que pasan, lo oí decir en el tentadero de don Octavio, de doce. Más de dos millones de duros. Es demasiado. A mí me basta con un marido que trabaje, que traiga a casa tres o cuatro mil pesetas todos los meses, que unidas a los réditos de mi dote... ¡Nada, nada, que no me importan lo más mínimo los millones de Córdoba! Mamá, si viviese la pobre, ¿qué me diría? Seguramente que no. Y por dos razones: la primera, de orgullo; la segunda, dictada por el sentimiento maternal, en ella tan profundo y tan puro. Mamá tenía en gran aprecio nuestra sangre azul. Azul por los Andrades y los Arellanos de papá; azul por los Cisneros y los Mendoza de mamá. Se murió, la pobre, sin que papá le diese la alegría de lucir un título. «Tu padre —me decía— se ha vuelto tan demócrata desde que Canalejas lo nombró ministro.» No. Lo que ocurre es que papá no es vanidoso, sino ambicioso. Busca el poderío efectivo. Condes y marqueses le sobran en su antecámara. La segunda razón por que mamá se hubiese opuesto es, exactamente, la misma que a mí me obliga a rechazar a Córdoba. ¡Casarme con un hombre que expone su vida unas doscientas veces al año! Rafael mata dos toros en cada corrida, y en la temporada última, según he averiguado, porque, la verdad, ya me interesa un poquito, sumó hasta ciento dos corridas, entre España y Méjico, matando doscientos cuatro toros. ¡Qué bárbaro! «Matar es...» Sólo, en Zaragoza, al salir de dar la estocada, un miura le hizo un arañazo. Pero ya dicen los libros santos que quien ama el peligro en él perece... A Córdoba, un día, un toro lo mata.



LA MUJER DEL IDOLO

A mí Córdoba no me disgusta. Yo querría casarme. Voy a cumplir veinticuatro años. Me encantaría tener mi casa y tres hijos: primero, un varón; luego una niña, y después otro varón. Mi papel de hija sola me pesa; ¡vaya si me pesa! Si no se me hubiese muerto mamá... Córdoba es feo, pero inteligente y simpático. Si en lugar de matar toros curase personas, o fuera catedrático de la Universidad, como ese Federico Zorrilla, que está loco por mí, y que a mí me encorcora, yo me casaba con Rafael. En el acto. Pero, dado su «oficio», no. En manera alguna. Yo necesito un esposo *durable*. Y mis dos nenes y mi nena exigen un papá que se les muera cuando ellos ya sean mayores, muy mayores, y tengan hijos a su vez. ¡Qué lástima que Córdoba sea torero! Porque parece enamorado. ¡Ah, digamos las cosas como son! Yo no soy fea. Soy bonita. Algunos dicen que extraordinariamente. Y según el pintor Rivero, «una belleza». Yo no presumo. Lo que hago es comparar. Y francamente, habrá en Madrid cuatro o

cinco muchachas de mi tiempo y de mi mundo que puedan disputarme el premio en un certamen. Además, estoy sana. Mi línea no es, rigurosamente, la que ahora dicen que gusta a los de gusto estragado. No soy una *garçonne*, sino una mujer alta y bien formada, como las que pintó, cubiertas de simples gasas, Botticelli. No llego a Rubens. Sería un horror.

¿Para qué están el *tennis*, la marcha y la gimnasia sueca? Por el lado físico, cabe admitir que Rafael Córdoba se haya prendado de mí. ¿Por el otro? Ya es más discutible. Estudié en excelentes colegios, papá me ha paseado por toda Europa y me he leído media biblioteca de papá. Pero, no sé... Me asusta parecer pedante, bachillera, una *bas bleu*, como dicen en Francia. Sin embargo, digo lo que pienso y lo que siento, importándome poco parecer unas veces «atrasada» y otras «futurista». No me he cortado el pelo por seguir la moda, sino por higiene. Soy partidaria de la falda corta por comodidad. Conduzco mi automóvil yo misma por prudencia. No me ha dado la gana de aprender el «charles».

Y en materia de feminismo y matrimonio compacto las opiniones del doctor Marañón. En resumen: creo ser una mujer equilibrada. Y si me casase con un torero resultaría todo lo contrario: una loca.

Y, no obstante, me apena darle calabazas



a Rafael. Es tan simpático, tan artista... Me pasea la calle, como un cadete, muy embozado, para que no le conozcan. Pero le conocen. Y ya lo sabe todo Madrid. ¿Qué le contesto?

¡Ah! He encontrado la fórmula: Le contestaré que me demuestre «lo irremisible de su pasión», como él dice en su carta, retirándose de los toros.

Y que si se retira veremos...»

IV

—Tres de marzo. Carmen, hoy hace tres meses. Una luna de miel de noventa días. ¿Quieres que demos la vuelta? Te noto algo cansada...

—¿Yo cansada?

—Sí. De esta vida de hoteles, de grandes expresos, de automóviles... Y hasta de aeroplanos. ¡Mira que tú en aeroplano!

—Por darte gusto. Pero han concluido las locuras. A Madrid nos volveremos tranquilamente en el tren.

—¡A mí que me habría encantado entrenar el coche! Después de recorrer Italia en un automóvil cualquiera, ¿te asusta París-Madrid en el mejor que se ha fabricado en Francia?

—No es que me asuste. Es que... tienes razón... Me noto algo cansada. Anoche, en el Casino, tuve

como un mareo. Fué cuando me cogí de tu brazo y te dije: «tengo sed». La copa de champaña me reanimó.

—Un mareo. ¿No será?..

—¡Cómo se te alegran los ojos! Podría ser.

—Podría ser. ¿Tú crees que podría ser? ¡Ay, Virgen de la Macarena, qué alegrón más grande! Pero, ¿tú estás segura?

—Segura, segura... Me parece. Vamos, todos los síntomas son de que sí...

—Voy a telefonear ahora mismo a la Embajada, que nos recomienden un médico. Tiene que venir en seguida un médico.

—No seas loco. Lo único que tenemos que hacer es comenzar a ser formales. Concluimos las compras y dentro de ocho o diez días a Madrid.

—Está bien. Bueno, a mí me parece que ya de paso se puede comprar la canastilla. ¿Tú qué quieres que sea? Yo, un varón.

—Yo había deseado siempre lo primero una niña; pero si tú prefieres un varón...

—Lo malo es que no depende de nosotros. Ya ves... tantos progresos en la medicina y todavía no ha nacido el sabio capaz de revelar ese misterio. Niño o niña, lo que venga yo lo voy a adorar. Como a su madrecita. ¡Ay, Carmen, qué feliz me haces! Qué buena eres. De modo que, según tus cuentas...

—Déjame que las eche. Pues, si no fallan mis cálculos, allá para fines de setiembre... De modo que puedes terminar la temporada sin que faltes a tus compromisos.



LA MUJER DEL ÍDOLO

—Es cierto. Es decir, no. Para cumplir contigo tengo que quedar mal con la empresa de Zaragoza, con la que firmé tres corridas. Ya sabes que el Pilar cae a mediados de octubre.

—¡Quién sabe! A lo mejor es más tarde de lo que yo supongo y no tienes que faltar a tu contrato con la empresa de Zaragoza. No te precipites. Lo convenido entre tú y yo solemnemente...

—Es que yo me retire al nacer el primer hijo.

—Con esa condición me casé.

—Si no lo he olvidado, Carmen.

—Es que yo desearía que la perspectiva de tu retirada, ya próxima, no te afligiese.

—¡Qué me ha de afligir! Lo que ocurre es que, claro, yo acepté esa condición porque de otra manera tú no te casabas conmigo. Bastante generosa fuiste. Primero, tenía que retirarme antes de ser tu esposo. Después, a mis ruegos, accediste a que siguiese toreando hasta que empezáramos a tener familia. De modo que, si no me concedes un nuevo plazo, me retiro. Soy hombre de palabra.

—Bien sé todo lo que te cuesta cumplirla. Pero ya he cedido bastante, Rafael.

—No se hable más del asunto.

—Sí, al contrario. Hablemos para que te vayas acostumbrando a la idea. Yo sabía que, a pesar del gran amor que nos une, tú habrías de sufrir cuando te recordara tu promesa. ¡Retirarte en plena juventud y en plena gloria! Por eso tardé en decirte la novedad.

—Lo prometido es deuda. Y aunque me cueste mucho cumplirlo, lo cumpliré.

—Tengo confianza en ti.

—Ahora, que tu condición ha sido terrible. Seré yo el primer torero que se retire por esa causa. Y todo porqué tú te empeñas en que me tiene que matar un toro. A mí precisamente, que soy el que más sale. Si tú fueses aficionada, si te decidieras a venir a la plaza cada vez que yo toreo y te fijases cómo domino a los toros, cambiarías de parecer. Estoy seguro. Para mí, torear no es nada. Es jugar. ¡Más peligros hemos corrido tú y yo durante el viaje de novios, a ciento por hora por esas carreteras, y volando de París a Londres y de Nápoles a Sicilia, y comiendo las comidas de los palaces, que puedo correr yo en una temporada echándome nada más que miuras! ¿No te convenzo?...

—No me convencerás nunca. Lo tratado, tratado, Rafael.

—Perfectamente. Si no es que yo me vuelva atrás, pero...

—Ya sé: Tú querías que cediera de nuevo. Lo deploro, Rafaelito. No es posible.

—Es que estás obcecada. Por lo menos prométeme que vendrás a la plaza alguna vez...

—Recuerda lo que te dije: que yo no me casaba con el torero, sino con el hombre. Y lo que te exigí: que nada, en nuestra casa, me hablase de tu profesión.

—Y te he complacido. Guardo mi piso de soltero para «vestirme» y hablar con mi apoderado y la gente de mi cuadrilla. Cada vez que tenga que torear en Madrid, saldré de casa vestido de paisano y volveré igual. En casa, ya lo saben los amigos, no se hablará de toros, sino de música y de pintura, y hasta suprimiremos la manzanilla y el acento andaluz. Yo me pondré el *smoking* todas las noches. Cuando toree en provincias, el telefonema dirá sencillamente: «estoy bien». Habrá dos Rafaeles Córdoba: el tuyo y el del público. Dos personajes distintos interpretados por el mismo actor, como en el cine. Pero conste que me dolerá mucho, mucho, que tú alguna vez no vayas, de incógnito, a la plaza.

V

De Carmen a don Jacobo de Andrada y Arellano, su padre.

«Querido papá: Tu carta, que me llega hoy al cortijo, no me conven- ce. Desde la primera línea se nota que has hecho causa común con Rafael. Dos contra una. Yo me resigno. Pero tú, que eres un jurisconsulto famoso y además mi padre, debiste defender mi pleito, haciéndole comprender a mi marido que las promesas verbales, cuando se hacen entre personas de buena fe, valen como si estuviesen escritas y solemnizadas ante notario. Rafael ha faltado a su promesa, casi diría a su juramento. Me prometió, me juró retirarse de los toros en cuanto tuviéramos el primer hijo. Llegó éste, y el mismo día que llegaba tenía Rafael una «de sus grandes tardes» en Zaragoza y... «un puntazo» en un muslo: pequeño aviso providencial. Como concluía la temporada, al yo recordarle lo convenido sonrió con un «desde luego» equivoco y un «¿qué duda cabe?» que me dejó llena de incertidumbre. Pero noviembre en el cortijo era tan luminoso y la nena había nacido tan linda y tan robusta, y al cristianarla fueron tales las fiestas —media Sevilla en el cortijo, sin contar las amistades de Córdoba, de Madrid, de toda España; iluminaciones, bailes, *cante jondo*—, y fué tal el júbilo de Rafael, que yo, la verdad, me sentí durante varias semanas mecida por el más necio de los optimismos. Hasta que comenzaron las supercherías y los embustes de Rafael. Decíame al salir del cortijo con sus amigos que se iba de caza. Hacía el paripé de los pe-

rrros y las escopetas: toda la tramoya. Y luego la cacería se transformaba en acosos y tentaderos.

Tú conoces mi carácter. Le afeé su conducta, le recordé lo convenido enérgicamente. Y me respondió que lo que era eso de acosar y tentar no lo dejaría nunca, porque era un deporte, un juego sin consecuencias, y lo que él me había prometido era «quitarse» del toro bravo en la plaza. Le respondí: «eso es un sofisma». Me llamó «bachillera». Reñimos. Por la primera vez reñimos y se cruzaron palabras bastante duras. «Abusaste de mi ingenuidad —le dijo—; me engañaste con promesas que no pensabas cumplir y, si en España hubiera divorcio...» Me contestó: «Eres una orgullosa y una terca. Yo te prometí lo que te prometí para casarme contigo; pero ahora, que eres mi mujer, vete si quieres, que no dejarás de serlo. Yo mataré toros mientras me dé la gana y los toros no me matarán a mí...» Dos meses estuvimos sin hablarnos casi. Él se quitó la careta, y, terminadas las tientes en Andalucía, se marchó a las de Toledo y Salamanca. Al volver —tú sabes cuánto le quiero— me pidió que le permitiese torear «su última temporada»; me enseñó los periódicos en que se decía oficialmente, en un cúmulo de artículos e interviús, que Rafael Córdoba, el emperador de los toreros, se retiraba, y yo caí en la trampa otra vez. ¡Y de qué modo! Dándole otro hijo.

Ya se le ha bautizado. Y Rafael no hace sino firmar contratos. No se retira. Decididamente no se retira. Dice que vamos a tener «seis herederos y cada uno ha de heredar cuatro millones». El tiene el código de su parte, puesto que no hubo promesa escrita, ni se la admitiría, aunque la hubiese, como causa para el divorcio. También la opinión pública está por él y en contra mía. Mi situación es triste y hasta ridícula. Tú mismo me consideras «una romántica incurable y una intransigente» y me aconsejas «ceder». El público no permite que yo le arrebatase su ídolo. Tú piensas en los millones de Rafael. Y Rafael, aclimatado ya a la riqueza y seguro de mi amor y mi fidelidad, se deja embriagar por el triunfo y sigue arrebatado por su pasión, que no es otra que la de los toros. Porque, quiero decírtelo: yo he estudiado a este hombre, nadie le conoce como yo, que leo en su alma como en la mía —mejor acaso, porque la suya es la más simple—, y yo sé que su pasión profunda, que su amor esencial son los toros, que *está enamorado de su oficio*, pues yo no le llamaré nunca arte a esa cosa bárbara y sangrienta que hace Rafael, aunque escritores como Hurtado y pintores como Rivero, por si no bastasen sus libros y sus lienzos, me suelten a cada paso: «¿Cómo usted, tan artista, no comprende a Rafael?» ¡Qué necesidad más grande! Un gladiador, un soldado, un aviador, un torero, cualquiera de los hombres que desafían a la muerte, podrá ser un héroe, pero no un artista. Y, aunque lo fuese, ese arte trágico a mí me produce horror. Rafael, para mí, es mi marido, y el padre de mi Maruja y mi Rafael, y no quiero que me lo quiten, no quiero que me lo maten. Las razones de mi alma y de mis entrañas hacen refr. Rafael es del público, que lo idolatra y espera ansioso su inmolación. Porque es sabido que esa clase de ídolos dejan de serlo en cuanto rehuyen la atmósfera dramática en que sus adoradores les rinden culto. Rafael no puede ser prudente como otros toreros, porque ha alcanzado la cumbre de la torería precisamente por su valor temerario, unido al más profundo conocimiento de los toros. Yo soy la primera en preferir que Rafael siga toreando «a su manera», a que se transforme en un torerito pusilánime que se luce en un toro y se hace silbar y denostar en diez. Todo o nada. Retirarse o seguir siendo Córdoba. En resumen: ¿por qué no se retira Rafael? Gloria más grande que la suya no ha existido, no existe en el mundo de la tauro-maquía. Dinero, le sobra. Mujer joven, y guapa, e inteligente —¡qué caray! —no le falta. Su hija es una monada en miniatura y su chiquillo un querubín. Posee tierras. No es torpe y sabe gozar con un buen libro, un buen cuadro y una bella obra musical. Le gustan los viajes y tiene automóviles para hacerlos confortablemente. ¿Entonces? Pues no se retira, simplemente, porque «quitarlo» a él de los toros es como arrancar de la tierra un árbol y extraer de las aguas al pez. Los toros son su elemento. Mi imagen puede parecerle hiperbólica. No se muere un torero porque se retire de los toros. ¡Tantos se retiraron en plena juventud! Pero Rafael no es uno de tantos. Es el Torero. Y éste es mi dolor... Yo soy en su vida una cosa subalterna: el instante de placer y la hora de la calma. Pero «su amor absoluto» es el de los toros. «Yo —dice— he nacido para torear.» Y yo quiero redimirlo de ese amor que lo conduce a la muerte. La lucha es épica, papá. Pero tu hija, que es valerosa, seguirá sosteniéndola, sola. Pues hasta tú le faltas...

VI

El Doctor. —Mañana puedes levantarte, dar un paseillo por el jardín, pero corto, de cinco a seis minutos y del brazo de Carmen...

Rafael. —Los médicos se figuran saber más que los pacientes. Hace dos o tres días que siento ganas de saltar a la comba con Carmencita y Lili.

El Doctor. —Carmen, no le deje hacer imprudencias. No olvide que es un chiquillo.

Carmen. —Descuide, doctor. Si hace falta lo ataré con unas correas a la *chaise-longue*.

Rafael. —¡Que me iba yo a dejar!

«Aficiones». —Bueno, con permiso, ¿puedo yo ya decir en mi periódico que Rafael ha sido dado de alta?

LA MUJER

DEL
ÍDOLO

los? ¿Por qué no?

Rivero. — Me gustaría hacerte un retrato así, acostado en la *cheslon*. «El ídolo herido». Ahora que puedes posar sin impaciencia...

Rafael. — ¡Qué pillo eres, Riverín! Tú no quieres hacerme a mí un retrato, sino que todavía me esté quieto una semana. Te agradezco la buena intención; pero si quieres hacerme un retrato trae un kodak. De lo que yo tengo ganas es de estirar las piernas, de mover los brazos... Esto ha sido un fastidio.

El Doctor. — Y menos mal que lo cuentas, Rafael.

Rafael. — No es por quitarle méritos, doctor. Yo sé que le debo la vida, pero que conste que le ayudé... Porque yo había decidido no morirme. Lo decidí desde la enfermería de la plaza, en cuanto recobré el conocimiento. ¿No es verdad, Hurtado?

Hurtado. — Sí, me miraste de un modo que me inspiró confianza. Y hasta quisiste insinuar una sonrisa... Yo le dije a Rivero: «No creo que se muera Rafael.»

Rafael. — Morir, tiene uno que morirse. Y lo más propio de un torero es morir en la plaza...

Carmen. — ¡Jesús!

Rafael. — ... Yo creí que me había muerto, palabra. Al salir del sueño del cloroformo, pensé: «¡Vaya, Rafaelillo, todavía no!» Y no podéis figuraros mi satisfacción. Parece mentira... ¡Lo que le gusta a uno esta cosa tan sosa que es la vida!

«Aficiones». — Torero y filósofo. Pero si la vida no tiene para ti sal bastante, imagínate lo que será para nosotros.

Hurtado. — Debe de ser magnífico ese instante en que parece que se resucita.

Rafael. — Magnífico y... tonto. ¿A qué no adivináis lo primerito que pensé al sentirme vivo?

El Doctor. — Pensaría usted en Carmen.

Hurtado. — En tus nenes.

«Aficiones». — ¿En los apuros de Pascual para matar el toro que le dejaste?

Rivero. — ¿En tu cortijo de Sevilla?

Rafael. — Nada de eso. Tenía una sed terrible y pensé en un doble de cerveza.

Carmen. — Ya me lo figuraba yo.

Hurtado. — Es lógico que su primera idea, después de un trance tan atroz, no fuese intelectual o cordial, sino más bien instintiva.

El Doctor. — Muy bien.

«Aficiones». — Parece escrito. Si el insigne Hurtado me lo permite, reproduciré esas palabras en mi periódico.

Hurtado. — No merece la pena.

«Aficiones». — Yo las estimo geniales.

Rafael. — ¡Pelotillero!

«Aficiones». — ¿Ya me insultas? Me parece que podrías torear mañana.

Rafael. — Eso, ahora mismo.

Carmen. — Eso nunca más. ¿Lo oyes? ¡Nunca más! Puede usted decir en su periódico, «señor Aficiones», que Rafael Córdoba no volverá a torear, que se retira, y no por miedo, sino porque ya le ha pertenecido bastante al público y es hora de que le pertenezca a sus hijos y a su mujer. ¿Lo entiende? Publique, si le parece, un extraordinario para decirlo. ¿No es verdad, doctor? Y ustedes, Hurtado y Rivero, que aseguran quererlo como a un hermano, ¿qué dicen? ¿No tengo yo razón?

Hurtado. — Absoluta.

Rafael. — Traidor.

Carmen. — Gracias, Hurtado.

Hurtado. — Yo creo, sinceramente, Rafael, que llegó la hora de retirarte, de morir como torero — ya que hemos hablado de muertes y resurrecciones — y resucitar como *pater-familias*...

Rafael. — En latín. Me lo dices hasta en latín. Pareces un cura. Y tú, Riverín, ¿qué opinas?

Rivero. — Lo mismo.

Rafael. — ¿Y tú, «Aficiones»?

«Aficiones». — Con permiso de doña Carmen, que no. El día de tu retirada será de duelo para la afición. Y yo por algo adopté el seudónimo de «Aficiones».

Carmen. — Ya se sabe que es usted un servidor del público.

«Aficiones». — Absolutamente.

Carmen. — Su opinión no nos importa. Aquí estamos celebrando un consejo de familia.

«Aficiones». — Entonces me retiro.

Carmen. — Como guste.

Rafael. — No te vayas, hombre. Que yo no he hablado todavía. Quédate para levantar acta. Yo digo, yo digo... Bueno, Carmen, no me mires así. Yo digo seriamente que voy a probar mis facultades y que si no han disminuído, seguiré toreando. Pon eso en tu periódico... Y de estas pláticas familiares, ni una palabra.

«Aficiones». — Perfectamente. Me voy. Señora... Doctor... Rivero... ¡Inclito Hurtado... (Sale.)

Carmen. — Si ese «Aficiones» fuera toda la afición, creo que le pegaba un tiro.

Rafael. — Pégaselo, tonta. Ahora, al pasar por el jardín. Pero ¿estás llorando?

Carmen. — Iba a llorar, pero no lo mereces...

El Doctor. — Vamos, Carmen... Estas discusiones no son buenas para Rafael. Además, ya veremos.

Hurtado. — Eso es.

Rivero. — Claro. Y depende de cómo quede Rafael. No pierda usted la esperanza.

Rafael. — Lo malo está en que yo me siento mejor, mucho mejor que antes.

Carmen. — ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Solloza al fin.)

VII

Piensa Carmen:

«Muerto eres menos mío que nunca, Rafael. Pasó la hora absorbente del dolor. Ya puedo pensar y sufrir. Antes era sólo sufrir. Estoy a tus pies, fija la mirada en tu rostro lívido, que la muerte redujo y afinó. No puede separarse mi mirada de ti: sólo cuando el llanto la enturbia dejo de contemplar tu imagen inerte y clara, como de mármol, porque tu

cuerpo se hace entonces oscuro y vacilante y se diría una sombra que se va. ¡Oh, no quiero fantasmas, sino la realidad entera en mi corazón! Y en mi pensamiento. Es como si yo estuviera dos veces a tu lado: una, llorándote, en mi papel de viuda inconsolable y de madre afligidísima, en una situación sentimental y doliente. Y otra contemplándote friamente, con destellos de la luz de Némesis en las pupilas, como si la realidad de tu muerte me vengase de tanto engaño como me hiciste, de tanto dolor como me infligiste, de toda una vida matrimonial ensombrecida por la previsión y el temor de esta hora. En sueños, ¡cuántas veces te he visto así, me he visto así! Y despierta no me abandonaba nunca la idea de tu muerte: de esta muerte que pudiste rehuir, que te previno a tiempo, que se anunció generosa para que te apartases. Y no quisiste... Decías: «lo hermoso para un torero es morir en la plaza». Lo hermoso, lo sublime, lo que concluiría de dorar al ídolo de las muchedumbres y de convertirle en uno de los dioses del paganismo español. Ya tienes esa gloria, Rafael. En plena juventud, dueño de una gran fortuna, padre de tres hijos sanos y esposo de una mujer que te adoraba y te gustaba — ¡ah!, yo sólo «te gustaba», tú no podías adorarme; ¡yo era uno de los caprichos del ídolo! — ibas

a la plaza como un torerillo pobre y temerario, que sólo quiere triunfar o morir. Eras el primero, el único, y te jugabas la vida cada tarde. La perdiste. Y tu acto dirán que es bello, heroico. Lo cantarán los poetas y los ciegos en sus romances. Lo perpetuarán los pintores y los escultores... Ya Rivero y Vázquez Díaz han tomado apuntes... Ya Juan Cristóbal te hizo la mascarilla... Y Benlliure permaneció media hora «mirándote», como si ya pensara en tu mausoleo... Ya ha estado a «saludarte» el Rey... Y todos los hombres de tu cuadrilla no bastan para recibir coronas y llorar junto al ídolo... Pero yo, la viuda, encuentro tu acto bárbaro y estúpido. ¡Inhumano! Ya sé que no soy nadie, que no era nadie. Para ti, para vosotros, para esa gente que va y viene por la casa, que llega a la cámara mortuoria y gime, y hasta se desvanece, como cierta actriz, que era, por lo visto, una de tus adoradoras...

¡Qué gran tarde de entierro para Madrid! El cielo está azul. Hace un sol magnífico. Toda la guardia montada no bastará para impedir que el



LA MUJER DEL ÍDOLO

pueblo lleve en hombros tu féretro hasta la estación. Luego, en Sevilla, otra apoteosis macabra. ¿Y nuestros hijos? ¿Y yo? Nos dejas tus millones y unas chispillas de tu aureola. ¡Gracias! Yo, pasado el novenario, tomaré el tren, con mis hijos, para retirarme a un país extranjero donde no me siga tu nombre, donde yo no sea la viuda de Rafael Córdoba, sino una dama cualquiera, una viuda vulgar. Venderé el cortijo. Venderé esta casa. Y entregaré «tus reliquias» al Ayuntamiento de Sevilla, que las pidió para un museo. ¡Oh, que pase pronto, pronto este día! ¡Que el pueblo concluya de arrebatarme tus despojos! No puedo más. El llanto me acongoja. ¡Oh, no, que dure este día, que se eternice este dolor, que una lava celeste nos petrifique a ti y a mí!»

Y ya Carmen no piensa. Sólo sufre y solloza ante el cadáver de Rafael.

VIII

De Carmen a su padre.

Bruselas, 9 de enero de 1925

«... y me parece que nos quedaremos a vivir en Bruselas. He alquilado un espacioso hotel en la avenida de María Luisa, donde tienes una habitación reservada; pero imagínate que he sentido ganas de poseer «mi casa» y, mejor que comprarla hecha, a gusto ajeno, he decidido construirla. Adquirí el solar hace dos meses y ya he comenzado la construcción. Se encarga de ella un arquitecto llamado Jorge Van Essel, de Amberes, pero establecido aquí, que fué una de las primeras personas que me presentó nuestro ministro. Es, según dicen, el mejor entre los arquitectos jóvenes de Bélgica. Basta oírle decir que colocaría diez toneladas de dinamita en los sótanos del *Palacio de Justicia*, que hicieran saltar ese abrumador y ridículo monumento, para comprender que Van Essel es un artista. Cara tiene de ello. Se parece a Van Dick, pero a un Van Dick afeitado y de salud excelente. Habrás comprendido ya que «me interesa». Van Essel tiene treinta y cuatro años. No olvides que los míos son veintinueve. Van Essel me hace la corte desde el último octubre: una corte discreta. Es, te lo repito, un artista. De modo que nuestras conversaciones sobre pintura, música, literatura, etcétera, no tienen fin. Con él he visitado de nuevo Amberes, Lovaina, Gante y Brujas. Tú sabes que Bélgica es un pañuelo. Hacemos

nuestras excursiones en su automóvil o en el mío, y nos acompañan Rafaelín—que no se aburre—y mi *femme de chambre*. Nada de *flirt*, ¿comprendes? Van Essel sabe que yo soy rica, pero él está en camino de serlo más que yo. Lo más probable es que nuestros diálogos y paseos concluyan en matrimonio. Y desde ahora te lo anuncio para que vayas disponiendo los papeles y cuentas que tendrás que mandarme. Pronto habrá corrido el plazo que la ley señala a las viudas para volver a casarse. Voluntariamente pienso alargarlo y no contraer mis segundas nupcias antes del próximo otoño. Entonces Rafaelín, que habrá cumplido los ocho años, entrará en el Liceo (ya habla el francés y hasta su poquito de flamenco) y las niñas se quedarán con nosotros. Ya tienen su institutriz.

Ahora bien: será mejor que guardes el secreto de esta noticia. Temo que los idólatras de Rafael, que santa gloria haya, se indignen en tal forma que nombren una comisión para que venga a echarme en cara mi «sacrilega» conducta. Es preciso evitar el artículo de «Aficiones» y, en general, los comentarios de las peñas y círculos taurinos, que me dejarán sin piel. Lo mejor será que *tú no se lo digas a nadie*. Y esto no por mí, sino por la memoria de Rafael. No me importa, antes bien, deseo que sus idólatras se figuren que me he retirado a un castillo o monasterio a llorarle de por vida, como la Triste Condesa a su don Álvaro. La verdad es que mi edad y temperamento me inclinan a un segundo matrimonio juicioso, y no alocado y novelesco como el primero. Quise a Rafael locamente. A Van Essel lo quiero «razonablemente». Al fin se realizará mi sueño de tener un marido de *tout repos*: uno de esos hombres que han venido a la tierra para acrecentar los elementos de la civilización y no destruirlos o retardarlos. La torería es barbarie. He recibido la biografía y panegírico de Rafael por Hurtado y... no me convence. El estilo es maravilloso. El retrato de Rafael—páginas 19, 20 y 21—me ha hecho llorar. Pero la torería es barbarie. Rafael es para mí el pasado. Y lo vivido es como lo soñado. Van Essel es la realidad y la aurora de mi segunda vida... Mándame los papeles y disponte a ser el padrino. Tus nietos te nombran y desean verte. Yo, confiada, quedo esperando tu aprobación.»

IX

La viuda de Rafael Córdoba se casó en Santa Gudula de Bruselas, en el otoño de 1926, con Jorge Van Essel, arquitecto. No pudo evitarse el artículo de «Aficiones», lleno de indignación.

ALBERTO INSÚA.

BIBLIOGRAFÍA

«CAFÉ ROMÁNTICO Y OTROS POEMAS», *poesías por Fernando Villegas*.—Como Verlaine, Fernando Villegas es un poeta de la bohemia. Lo burdo y hosco del tráfico cotidiano, la miseria y el horror, el amor y el odio son sus fuentes inspiradoras, y en las breves poesías que integran este libro hay aciertos rotundos de expresión clara y calidad y de fondo sugeridor.

Avaloran el libro unas interesantes y bien entonadas ilustraciones—que recuerdan los clásicos grabados de madera—, obra del notable dibujante Manuel Redondo.

«ELLA TUVO LA CULPA», *novela por C. Martínez Riestra*.—Mezcla de novela sentimental y de aventuras es este nuevo volumen con que Martínez Riestra reafirma su prestigio literario. Sin excesivas preocupaciones de estilista, *Ella tuvo la culpa* está escrita con garbosa desenvoltura que la hace fácil y agradable de leer.

«CHOPIN», *estudio crítico, por Carlos Bosch*.—La personalidad del gran compositor romántico ha sido objeto de numerosas obras de crítica, en las que se le estudia y analiza, hasta haber dejado agotado el tema. Por eso es más meritoria la labor realizada por el competente crítico musical Carlos Bosch, que, aunando lo anecdótico con lo biográfico, las observaciones personales con el análisis de sus obras, ha compuesto un ameno folletín que, a la par que de obra de consulta, puede servir de grato solaz para los aficionados a conocer a fondo, en poco tiempo, a las grandes figuras mundiales.

MEMORIAS DEL CONDE DE BENALÚA, DUQUE DE SAN PEDRO DE GALATINO.—Sólo ha publicado el ilustre prócer el primer tomo de sus recuerdos, y ello ha servido para agudizar en todos el deseo de la pronta aparición de sucesivos volúmenes. Desde los diez años de su vida a los diez y ocho comprenden las doscientas páginas publicadas, y abarcan un interesantísimo período de la historia patria correspondiente a las fechas que encuadran 1867-1875.

Las anécdotas y las noticias, vividas o vistas vivir por el propio duque, de la Revolución y la Restauración dan variedad al relato, de un indiscutible valor documental.

Isabel II, Amadeo I, Alfonso XII, Cánovas, Prim, el duque de Sexto, el de Tamames, el padre Claret, el general Pavía, la guerra carlista con sus principales cabecillas, figuras todas de un ayer tan próximo que todos conocemos por haber oído hablar de él continuamente, *viven* en estas *Memorias* con poderoso vigor y raro verismo. Los comentarios que estas personalidades y los acontecimientos en que intervinieron sugerían, la descripción del ambiente y festivales del gran mundo cortesano, avaloran con su innegable autenticidad el volumen, que está, además, escrito en estilo fácil, correcto y sencillo, que no excluye la elegancia literaria.

«BOABDIL» (RESEÑA PARA EL TURISTA), *por el conde de Benalúa, duque de San Pedro de Galatino*.—Enamorado ferviente y propagandista infatigable de las bellezas de Granada, el duque de San Pedro de Galatino ha compuesto una documentada monografía en que—tras una breve reseña histórica—describe los principales monumentos, explicando el estado en que se hallan, la manera en que fueron descubiertos y la labor de restauración en ellos realizada, con sensatos e imparciales juicios críticos.

El viajero que desprecie las guías vulgares y busque una orientación artístico-histórica para recorrer Granada, hallará en este libro del conde de Benalúa un utilísimo auxiliar, de valor inapreciable.

«SENDEROS», *versos por Luis Álvarez Cruz*.—«Poemas de transición» denomina su autor a estos poemas, en que se revela un excelente y fácil versificador, con claro concepto de lo que la poesía representa. Composiciones breves todas ellas, un aliento romántico, en el fondo, informa el volumen, en el que los modernismos de forma—grito de independencia juvenil simpática—no son lo suficientemente exagerados para molestar.

TÁNGER, LA CODICIADA



Refugio cosmopolita



TÁNGER, siempre Tánger!... La palabra resuena sin cesar en los areópagos políticos. En torno a ella han sido siempre las intrigas y las conspiraciones que, iniciadas muchas veces en los aduares remotos que seestean bajo el sol implacable de África, se desarrollaban luego en la decoración fulgurante de los palacios de Estado y en los salones de las Cancillerías. Retenida la atención de Europa por los problemas absorbentes de la postguerra, a cada instante volvía sus ojos hacia la ciudad codiciada, contemplándola con el temor con que se admira el cráter que puede de pronto romper el fuego de su artillería volcánica. Inciso, indispensable en toda cuestión atlántica o mediterránea; paréntesis obligado en todo estudio de política africana; nudo, laberinto, incógnita...

¡Tánger, siempre Tánger!...

Y en tanto que Europa fraguaba sobre el futuro de la ciudad, ésta seguía su vida de indolencia y de placer, sin prisa, satisfecha; porque el reclamo que de ella hacía el estruendo de las Cancillerías atraía el oleaje del turismo, que acudía a rendir tributo de admiración a sus encantos.

Porque en todas las estaciones del año, Tánger es una canastilla de flores. Su montaña, la ascensión preferida por el viajero, es un pe-

betero que enerva con su aroma y una jaula prodigiosa que guarda cautivas a las aves de todas las latitudes, que llegaron fascinadas por la ilusión de su luz...

Este privilegio del clima convierte a la ciudad en un refugio cosmopolita: aquí coinciden los hombres de salud quebradiza que sólo aspiran a gozar el placer del sol; los ingleses que, con su pipa en la boca y los palos del *golf* a la espalda, escapan por no quedar aplastados bajo las nieblas del Támesis; las bellezas sensacionales, golondrinas emigratorias hacia las playas de lujo; el neurasténico haziado de civilización norteamericana; los buscadores de exotismo; todas estas gentes se dan cita en Tánger, la ciudad que no reconocía autoridad ni ley y a la que el propio Sultán abandonó por infiel, al verla tan entregada a la frivolidad europea.

Mezcladas a estas gentes existen otras no menos interesantes: bandadas de conspiradores y contrabandistas y una población con figuras de estampa bíblica o de cuentos de Arabia, en la que no faltan visires de gumías damasquinadas, faquires solemnes como profetas, beduínos de apariencia resignada y humilde hasta el sacrificio, hebreos de largas túnicas negras y perfiles de águilas, moros de chilaba de seda y espléndidas barbas patriarcales, negros del Senegal o de tribus egipcias, y como supremo encanto de sugestión,



TÁNGER, LA CODICIADA

Vista general de la población

los ojos misteriosos y obsesionantes de alguna favorita, seguida de sus esclavas y arropada en su jaique blanco, que pasa ante nosotros como un fulgor que se evapora en la noche de nuestros recuerdos.

La ciudad del color

Habíamos sido obsequiados por el caid del Zinad con una fiesta a la usanza mora. En aquel paraje están las ruinas de la casa solariega del Raisuni: aun se ven los mosaicos de los patios, los ladrillos cidriados de los salones donde, entre damascos y divanes amplios como lechos, consumían sus vidas las favoritas. Todo allí es evocador, con hechizos novelescos. Conocéis el lugar donde el dueño se entregaba a la caricia matinal de los baños perfumados de sándalo y ámbar, y el rincón, en otro tiempo embellecido de rosas, desde el cual el Raisuni soñaba a las cadencias del guembri y de la flauta, atormentado por la nostalgia de la ciudad, tan lejos para él, a pesar de su proximidad, o inquieto por el espolazo de



En el barrio moro

la ambición, que le hacía pensar en la conquista definitiva del territorio que contemplaba.

El caid quiso colmar nuestro asombro con una suprema atracción. Nos invitó a escalar la cumbre de la montaña de Zinad: no era corta ni agria la empresa, pero la realizamos.

Ya en la cima, y como si al conjuro de su palabra surgiera la visión, el caid extendió su brazo y señaló la lejanía:

—¡Tánger!

Los prismáticos nos ayudaron. Desde allí, entre la bruma y el azul del mar, Tánger era como un sueño de nieves perpetuas que se desvanece al sol. Blanca y maravillosa entonces, nos invitaba ya, prometedora de emociones inéditas.

Y así fué. Siempre recordaré mi primer despertar en el hotel. Entró el árabe con el desayuno en amplia bandeja de plata: un desayuno complicado, ofrenda obligada a la colonización británica. Le ordené abrir el balcón, y penetró gloriosamente una oleada de luz y perfume. Desde el mismo lecho se veía la agrupación apretada

TÁNGER, LA CODICIADA



Fortificaciones: (portuguesas, a la izquierda; inglesas, a la derecha)

de las casas multicolores. Era una visión mirífica, como si la ciudad estuviera enfocada por un resplandor de magia. La gracia de unas palmeras se asociaba al júbilo de la luz: dominaban las siluetas finas y estiradas de los minaretes con el chispeo de sus mosaicos y el aleteo de saludo de las banderas del Profeta.

Mis labios dijeron el elogio con emoción y dulzura de plegaria:

—¡Ave, Tánger!, ¡Paleta radiante, ciudad del color!...

El Zoco-Chico

El Zoco-Chico es el escaparate donde se exhibe a la curiosidad pública la vida de Tánger en su más vistosa apariencia.

Sentados en uno de los cafés que allí existen podéis cómodamente presenciar el singular desfile que la ciudad os ofrece. Primero es preciso ahuyentar a la banda de betuneros que como una nube de milanos cae sobre vuestros pies.

En seguida, ceremonioso y sonriente, se acerca un árabe, vendedor callejero. Comienza su labor desplegando ante vosotros un kimono recamado o un tapiz, y os muestra también alfombras y babuchas de gran lujo. Por lo que os pide cien duros podéis ofrecerle cinco, en la seguridad de que, aun aceptado vuestro precio, sospe-

charéis seriamente haber sido engañados. Pero no compráis nada: ante vuestra indiferencia suponéis razonadamente que el comerciante os abandonará aburrido. No es así. El vendedor continúa la exhibición: ahora son otros objetos.

Os ofrece armas propias para vitrinas, collares, pulseras, ajorcas, carteras, anillos, mil chucherías, ante las cuales se interroga uno dónde las podría ocultar. Habéis visto todo esto y otras mil cosas, y aun no ha concluido la oferta. El árabe os brinda polvos para suavizar la piel, esmalte para las uñas, colirios, pomos de esencia, aleña para los párpados, cajas con arabescos para el tocador... Todo un bazar.

Por fin se va. Muy confiados, respiráis tranquilos por haber concluido el acoso; pero os engañáis. Otro vendedor, que os espiaba no lejos, se acerca sumiso y extiende ya ante vuestros ojos unas telas de Siria, como las que los visires usan para adorno de sus harenes.

Entretanto, por las calles desfila el muestrario más extraño de tipos: rifeños con sus chilabas pardas, contrabandistas de Orán, moros arrogantes de apariencia distinguida, intelectuales de Fez, señores de Atlas, aristócratas de Rabat, hebreos meditativos, ingleses con sus máquinas fotográficas, francesitas de labios muy rojos y ojos estirados por el «rimel», saharianos de ardiente mirada de jaguar, mo-



Puerta de la Alcazaba

TÁNGER, LA CODICIADA

ras andrajosas cubiertas de harapos y moras de prestancia y de fantasía; andaluces achulados, oficiales de los tabores y, mezclados entre todos, beduínos con sus asnos, teorías inacabables de asnos...

la sinagoga, llena de lámparas de oro y plata, como un jardín colgante, y en donde una hebrea, escultura viviente, os dirá que aquel es el templo de sus cuitas y sus imploraciones.

Cosmópolis

Por todo lo dicho, fácilmente se comprende el cosmopolitismo de Tánger: El comercio de todo el mundo tiene allí su representación más o menos ostentosa, aunque predomine el español: desde los *magazines* parisinos, hasta la covacha, reducida como un nicho,

El privilegio de Tánger

Todos los encantos enumerados no son suficientes, sin embargo, para satisfacer la razón de que Europa viva en constante vigilia por el porvenir de Tánger. Es su significación en el futuro de nuestro continente lo que la presta actualidad perenne y la hace brillar con luz obsesionante en el firmamento en el que están escritos los



La Alcazaba (Palacio de Justicia)

donde se expenden las sedas de la India y el crespón de China; desde la sucursal yanqui al quincallero que vino de Fez para vender cofrecitos incrustados, objetos de cuero, tapices o collares de ámbar.

Este cosmopolitismo concede a Tánger una vida de aparente satisfacción y le presta su máximo encanto.

Las terrazas de los grandes hoteles traen a la memoria los *halls* londinenses, poblados de *smokings* y de mantones de Manila. En los casinos se oyen las tonadillas de moda en Montmartre y en Madrid. El paseo por la costa, entre aquellos jardines que han florecido a un impulso de imaginaciones desconcertantes por su ingeniosidad y por sus rarezas, hace vivir a nuestro espíritu la gracia de la primavera eterna; el barrio moro, con sus encrucijadas, celosías, emparrados y bóvedas, os inicia en los misterios de una civilización para el espíritu religioso al advertir la enseña del Crucificado frente a la media luna de las mezquitas, y que pasa indiferente por

destinos de Europa. Unas veces se alza Tánger como un castillo feudal que proyecta su sombra a lo largo del Estrecho y eclipsa el resplandor de los proyectores que parpadean en Gibraltar; otras es la Aduana entre el comercio de Oriente y de Occidente, o la base indispensable para irradiar desde ella la actividad de conquista sobre los pueblos nuevos del continente africano...

Un acuerdo acaba de firmarse para encauzar por nuevas normas la vida política de la ciudad.

Pero tal acuerdo afectará poco a la vida íntima de Tánger, la infiel, que se recuesta indolente a la orilla del mar, adormecida con voluptuosidad oriental, con la desgana del alucinado por el sueño del opio, entre jardines de primavera radiante, bajo la caricia del sol que mimaba a Tánger como a una novia...

JOAQUÍN ARRARÁS



Cartier

*13, rue de la Paix,
PARIS*

ROBERTO DOMINGO

OFICIO PARVO DE NUESTRA SRA DE LA AVIACIÓN

INTROITO

*En el nombre del Padre, que es el principio eterno,
ceño en la frente y barbas con nieve del invierno.
En el nombre del Hijo, que es la melancolía
de la piedad y es hombre y es Hijo de María.
En el nombre del Santo Espíritu, que es ciencia
del Padre y es del Verbo la divina elocuencia
y le pintan en varias figuras, y es paloma,
y es llama en los Apóstoles y es agri dulce poma
cuando en el paraíso terrenal
Adán quiso saber lo que es el bien y el mal.
La trinidad Beatísima me transfunda su ciencia
y bajen y me asistan en presencia y potencia
con la luz celestial, ya que he de traducir
y escribir y ofreceros en román paladino
una página inédita del libro del Destino,
estela del presente y voz del porvenir.*

ANTÍFONA

*Si me inspiráis vosotras, mujeres, el complot
tramado contra mí no logrará fortuna...
mirad los nuevos astros, yo miraré a la luna;
sed como Colombina, yo soy como Pierrot.
Para mirar el cielo dadme por antiparras
vuestro talle flexible con los brazos en jarras,
que para escudriñar los celestes caminos
no hay mejor catalejo que brazos femeninos.
Sed ansiosas igual que la mujer de Lot,
a quien Dios convirtió en estatua de sal
por mirar a su espalda... ¡fué como un bibelot
sabroso; ámbar los ojos, los labios de coral,
salpresadas las carnes...! El más hermoso «mot
de la fin» en la vida de una mujer sensual
que ha querido aprender el expresivo argot
del bardo misterioso de las flores del mal
y dejarse tentar del demonio asterot
en el umbral de un paraíso artificial.*

SALMO

*Para domar al mundo no me basta
sangrar las aguas y tundir los montes,
esclavizar la luz, cernir el rayo
y uncir a la voluta de la antena
la voz hertziana de los vientos, ¡todos
los ayes del pentágono del aire...!
Era preciso más... del propio barro
de la tierra sacar un organismo
como Jehová sacara el día sexto
al hombre de la nada... y darle vida*

*y pensamiento y corazón y carne...
Jehová sopló en la frente y creó el alma;
el hombre, más humano, más sencillo,
con más fe y más amor se pone dentro
del monstruo que creó: bruñe sus alas,
acaricia timones, mide alturas...
para que él pueda ver, le da sus ojos;
para que pueda andar, le da sus manos,
y... necesita víctimas su historia,
y se expone a gustar la dulce muerte
del que muere de un golpe y sin testigos,
que el morir es un tránsito tan suave
que si se llega a él enoja todo
lo que no es uno mismo y su consuelo.
El Hombre se hizo Dios, creó a su imagen
y semejanza el avión y dijo:
«Este es mi pensamiento, ésta mi hechura,
mi bandera, mi altar, mi sepultura.»*

JACULATORIA

*Reclinó Don Quijote la cabeza, en su sueño
repitió la aventura ducal del clavileño,
y a los espacios fué a volar,
y fuelles y braseros cambió por gasolina,
y en caballo con alas hacia aquí se encamina
a tomar tierra en su solar.
Cyrano de Bergerac construye su gran icosaedro
con madera volátil—la madera de cedro—
y aterriza ante el duque en el balcón
de Roxana, que espera con amor y fortuna
que su primo Cyrano retorne de la luna
trayéndole una flor y una canción.
¡Si el que escala la cumbre más ingente supiera
que el sol derretir puede los embragues de cera
de Ícaro torpe y soñador!
¡Si Leonardo de Vinci en su mano tuviera
ceñirse a las espaldas las alas de Quimera
con que vuela en el arte y el amor!
¡Qué dolor que tal monstruo sacado de la tierra
se afine y se mejore por obra de la guerra
para sufrir y padecer!
¡Quién pudiera emplearlo, sin bombas y sin balas,
en domar a Pegaso, desplumarle las alas
y uncirlo a una tartana de alquiler.
¡¡Madona de los vientos: bendice al que de nardo
tiene del alma grande, del alma de Leonardo,
plana del pasto sideral
donde paca Pegaso, de Minerva a la mano,
todos sois ya Quijote, todos seréis Cyrano,
una espada, una flor y una canción.*

ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN



Siempre fué la caza recreo de rancio y noble abolengo español. El coto de El Pardo está íntimamente ligado a los episodios históricos más trascendentales del pasado siglo, y puede considerarse el deporte cinegético como símbolo de una época, de una política: arma al brazo, descansando, se espera que pase la pieza, y se pierden, para siempre, una y otra.

(Dibujo de Marín)



La marquesa de Viana



La señorita Peretti de la Roca, hija del embajador de Francia en España.

Aristócratas comediantes

Una función de gala a beneficio de
la Ciudad Universitaria

Información fotográfica de nuestro redactor artístico, señor Legorgeu



Luis Calvo Sotelo en el «Mosquito» de
«El Lindo Don Diego»



Ramón López Montenegro en «El Lindo
Don Diego»



Carmen Laiseca en «El loco de la guardilla»
Marichu Saracho en «Una lección de Fray Luis»



Carmen Morenes en
la danza de «Españoleto y Paso y Medio»



Julia Maura («Doña
Inés») en «El Lindo
Don Diego»

Aristócratas

comediantes



María Teresa Santa Cruz,
en «Una lección de Fray Luis»



El marqués de Navarres,
en «El Lindo Don Diego»



María Benjumca y Josefina Topetz
en la danza de «Españoleto y Paso y Medio»

**LAS ENFERMEDADES DEL
ESTÓMAGO**


y de los INTESTINOS

DOLOR DE ESTÓMAGO,
DISPEPSIA, ACEDÍAS Y
VÓMITOS, INAPETENCIA,
DIARREAS EN NIÑOS Y
ADULTOS, DILATACIÓN Y
ÚLCERA DEL ESTÓMAGO.
DISENTERÍA, etc.

se curan positivamente con el

**ELIXIR ESTOMACAL
SAIZ DE CARLOS**

poderoso tónico digestivo que triunfa
siempre.



*Revista
de Historia y Genealogía
española*

Publicación bimestral que se ocupa de toda clase de estudios históricos, genealógicos y heráldicos de España y de la América Española.—En publicación la «Guía de la Nobleza española», que comprende el trabajo más completo y acabado de todos los Títulos del Reino actualmente en vigor.—Anexa a la citada Revista existe una «Sección de investigaciones genealógicas», que se ocupa de toda clase de asuntos referentes a tramitaciones de rehabilitaciones y sucesiones de Títulos del Reino, ingreso en corporaciones nobiliarias, etc., para lo cual cuenta con un archivo que abarca un número incalculable de familias, linajes y apellidos de todas las regiones y antiguos Reinos de la Corona de España.

Redacción y Administración:

Avenida de Pi y Margall (Gran Vía) N.º 11, entlo. izq.ª
Teléfono 14631



CORONA

La mejor máquina ligera de escribir para oficina.

Con todos los adelantos modernos « La más económica.

Adoptada en departamentos oficiales « Un millón de máquinas en uso.

Ventas al contado y a plazos.

GASTONORGE, C. A. SEVILLA, 16 - MADRID



El duque de Aliaga, en el «Don Tello» de «El Lindo Don Diego».



Amada Zaldo, en «Una lección de Fray Luis»



Carmen Moreno-Osorio, en «El Lindo Don Diego»



*Juan José de Madariaga,
en «El Lindo Don Diego»*

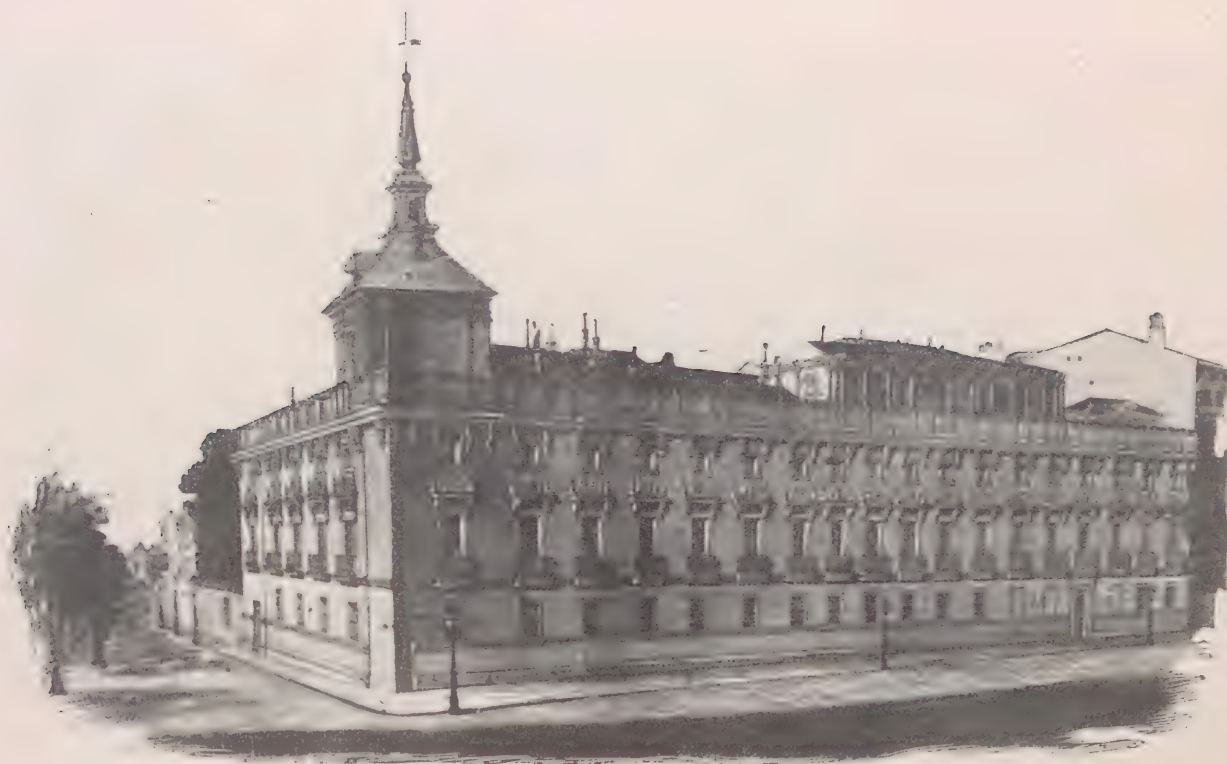
Aristócratas



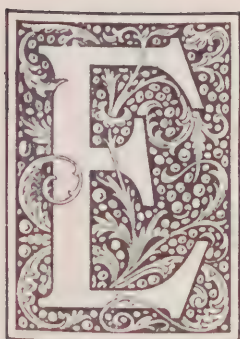
María Martín-Artajo, en «Una lección de Fray Luis»

comediantes

Fotos Legorreu (Alcalá, 22)



EL VIEJO PALACIO DE ALCANICES



N el vasto solar que ocupa el Banco de España alzóse hasta los postreros años del pacífico reinado del Alfonso XII el vetusto palacio que fué señorial mansión de los duques de Arión, Béjar y marqués de Alcañices.

Todavía le recuerda mucha gente, que si es cierto que ha pasado ya del medio siglo, aun no ha llegado a una edad muy avanzada.

Arquitectónicamente, es lo cierto que no vale la pena de recordarse la desaparecida fábrica. Debió ser construída—por lo menos reformada—hacia la mitad del siglo XVII, para servir de morada a don Luis de Haro, marqués del Carpio y sucesor de su tío, el conde-duque de Olivares, en la privanza de Felipe IV, aunque ya no con el omnímodo poder que disfrutó el poderoso valido, quien, después de haber sido el absoluto dueño y señor de España, feneció en la castellana ciudad de Toro, de la que a la sazón era regidor.

Madrid era por el entonces un lugarón grande y destartado; tampoco la fe, que tan profundas e imborrables huellas ha dejado en la arquitectura religiosa, dignóse prestar su concurso al mejor aderezo de la naciente capital del reino.

Exteriormente, nuestra villa no tiene ningún templo que a la vez que por casa de Dios pueda admirarse como maravilla artística, a la manera de tantos otros como están esparcidos, no ya por ciudades, sino por villas y lugares de España. Madrid—aunque le sea triste reconocerlo a un madrileño de tan arraigadas convicciones como el autor de estas líneas—siempre se ha preocupado poco de su ornamentación arquitectónica—fuera de las iglesias que tienen un estilo típico—, sobre todo en las cúpulas y en las torres.

La misma aristocracia que triunfaba en torno de la realeza no parecía estar aquí más que de paso, como si temiese que el día menos pensado se le antojase al soberano andar arreglando maletas y baúles y partirse con la corona a otra parte; y así, próceres y magnates tenían sus mansiones magníficas en el corazón de Castilla. Recuérdense las maravillas que han contribuído a que sean verdaderos museos de arquitectura Salamanca, Segovia, Ávila, Santillana, Santiago y otras ciudades.

Lerma, Medinaceli, Alba, Osuna y tantos otros aristócratas tienen los palacios, dignos de la solera antigua de sus timbres, en el corazón de España, y aquí, acaso por el respeto de no competir en nada con el monarca, habitaban casulariones inmensos, de des-



Salón de fiestas

(Acuarela de Zapater)



Tocador



Comedor

(Acuarela de Zapater)



Sala de billar



Escalera principal del palacio.

dichada apariencia por de fuera, aunque en el interior, que era adonde la curiosidad del pueblo no podía llegar y rarisimas veces recibían visitas de los reyes, fuesen verdaderos templos del arte y paraísos de la suntuosidad más aparatosa.

De esto era elocuentísimo ejemplo la desaparecida mansión del marqués de Alcañices y duque de Sexto, que si exteriormente bien podía competir con la de Medinaceli, que estaba en donde hoy se alza el «Hotel Palace», en cambio dentro era un verdadero museo, en el que los más insignes maestros de la pintura tenían una lucida representación.

El duque de Alburquerque, que a la alta prosapia de su linaje une un espíritu por todo extremo culto, posee una soberbia colección de acuarelas debidas a la maestría de Zapater, excelente artista —aunque no muy conocido en la presente generación— de los tiempos isabelinos y alfonsinos.

El anterior marqués de Alcañices—aquel que fué mayordomo, ayo y grande amigo de don Alfonso XII—, justamente encariñado con su opulenta casa, encargó al mencionado pintor que copiase fidelísimamente todas aquellas suntuosas estancias; y Zapater, como aquellos otros ilustres artífices de tiempos de los Austrias y de los Médicis, miró a perpetuar con sus maravillosos pinceles aquellos riquísimos aposentos, que aunque han desaparecido a la hora presente, bien puede decirse de ellos lo contrario que se dice de las criaturas cuando éstas dejan los caminos del mun-

do para entrar en el misterioso reino de la muerte, y es que su alma ha quedado en la tierra.

El albergue de Alcañices tenía el histórico recuerdo de aquel marqués del Carpio, su primer dueño, que acompañó al conde de Villamediana la tarde del 21 de agosto de 1622—la postrera del alcornado y maldiciente ingenio—, siendo testigo de su desdichado fin en la calle Mayor.

Cuando el poderoso conde-duque de Olivares perdió el favor del rey y fué a cumplir la pena de destierro a veinte leguas de la corte y sitios reales, a que fué condenado, y recogióse en la ciudad de Toro, su sobrino, don Luis de Haro, ocupó su lugar en la secretaría del despacho, como entonces se llamaba el empleo de primer ministro; pero no logró su antecesor y pariente la confianza absoluta del monarca, quien, deseando recogerse a buena vida como rey y como hombre, quería echarse toda entera sobre sus hombros la pesada carga del Gobierno; buen propósito que desde luego no pasó de la intención.

El palacio contiguo a éste, del que sólo nos ha quedado la fisonomía artística tan maravillosamente trasladada a unos cuantos cartones en el espacio de seis años (1873-1879), era el del marqués de Villamaina, que más tarde perteneció al conde de Campoalange y sirvió de albergue a la Embajada inglesa desde el siglo XVII hasta casi las postrimerías del XIX.

DIEGO SAN JOSÉ

CINCO REYES
 DOS REINAS
 OCHO PRÍNCIPES
 y
 MUCHAS DE LAS
 MÁS PREEMINENTES
 FIGURAS

*cuenta el Cadillac entre sus reales y nobles
 propietarios*

Sus esbeltas y bien proporcionadas líneas, la extensa variedad de colores, el exquisito guarnecido de su interior, su incomparable comodidad y la excelencia y seguridad en el funcionamiento de su motor, hacen que el Cadillac sea el elegido por las personas de mas alta alcurnia y distinción del mundo entero. Para las grandes ocasiones es el coche que mejor se acopla a su categoría.

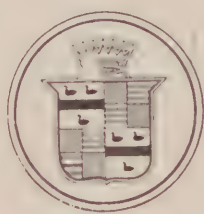
El Cadillac 1928 no solamente conserva aquellas cualidades por las cuales se ha hecho tan conocido durante su vida de más de un cuarto de siglo, sino que le han sido introducidos nuevos detalles de belleza, y refinamientos en su diseño, para aumentar su elegancia y gran distinción de estilo.

Su famoso motor de 8 cilindros tipo V de 90° ha llegado a una eficiencia imposible de sobrepasar. Las líneas de sus carrocerías tienen mayor belleza por su continuidad. El chasis está a 23 centímetros del suelo. La distancia entre los ejes del Cadillac con carrocería especial tiene la extraordinaria longitud de cerca de 4 metros.

La excepcional anchura de su asiento posterior, la suspensión de sus ballestas, su lujoso interior guarnecido de inmejorables materiales — todos estos detalles hacen de este coche la última palabra en cuanto a elegancia y perfección.

Fuerza, elasticidad y larga vida caracterizan al Cadillac como el mas lujoso coche del mundo.

C A D I L L A C



Gran Mundo

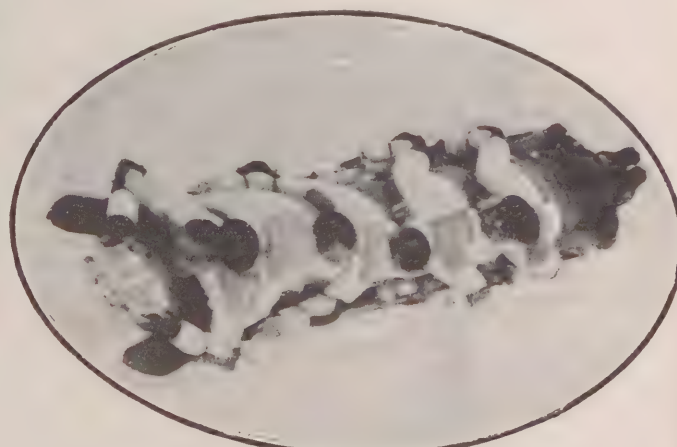
SAINT MORITZ



Grupo de distinguidos «sportsmen».
(En primer término, la señorita Mechita Dose.)



Mary Forbes, Nacho Landa y Mario Casasús.



El «team» de Lorenzo Elizaga, deslizándose por una pendiente.



De izquierda a derecha: Nacho Landa, Chita Anchorena, Pepe Landa, Pepe Sartorius y Leonor Anchorena. (Foto Neuhauser)

Gran Mundo



«Lugar Nuevos (Andújar)
Propiedad de los Marqueses de Cayo
del Rey



Pilar San Miguel y Martínez Campos,
ante un hermoso venado
cazado por ella.



María Rosa San Miguel
y Martínez Campos,
con sus perros favoritos.



Gran Mundo



Florida (E.E.UU.)
Miss
Florence Crozor.



El Príncipe de Gales, montando su
caballo «Begomme» en las carreras de
Gloucester.



En Leicester Steeplechase
Miss B. Fawcett y miss Helen Eaton durante un descanso.



En Gatwick Steeplechase
Mr. y miss Cornelious Vanderbilt estudiando concienzudamente una carrera.

Moda

ENTRE
NOSOTRAS

por CIL



«Rialto». Capa y traje de lana azul marino.
Modelo WORTH.



«Hot lipps». Traje de gasa rojo vivo, falda de tres volantes, mucho más larga por detrás. Borlas de perlas rojas y verdes en la cintura.
Modelo WORTH.



«On m'attends». Traje de noche de crespón-satén verde claro, borlas de perlas blancas y verdes.
Modelo WORTH.

WORTH, el rey de la moda, ha hecho desfilas hace pocos días ante nuestros ojos admirativos la más bonita y elegante colección de trajes que cabe imaginar. Todos los estilos estaban brillantemente representados: desde el sencillo traje de *sport* hasta el traje de corte de majestuoso manto, y todos nos maravillaron por ese *chic* y esa gracia especial que explican el éxito mundial de este gran modisto, que al mismo tiempo que gran artista sabe ser gran señor, y que, no gustando de las extravagancias fantásticas, da preferencia siempre, aun en

Moda



«Marine». Traje de lana azul marino, cuerpo de crespón de china marino con lunares azul pálido. Capa recta de lana marina forrada del mismo crespón del cuerpo.

Modelo WORTH.

sus más fastuosas creaciones, a la nota sobria y distinguida. Su paso por Madrid ha sido triunfal; su lista de encargos, interminable.

—Estoy encantado de mi viaje—me dijo, satisfecho—; he visto en estos días aumentar de un modo considerable nuestra ya numerosísima clientela española.

—Es lógico. ¡Ha traído usted tantas maravillas! Monsieur Worth, yo quisiera pedirle a usted un favor en nombre de las mujeres a quienes no les ha sido dado admirarlas, en nombre de aquellas también que nunca podrán tener un traje firmado por usted: hágame sacar dibujos de sus más lindos modelos, yo procuraré describirlos con la mayor cantidad de detalles, y así mis lectoras podrán hacerse la ilusión de que han presenciado el mágico desfile.

Monsieur Jean se inclinó sonriente, y gracias a su amabilidad van ilustrando estas páginas los «croquis» de sus mejores creaciones.

C'est un rien es el nombre de esta lana de azul marino. La falda—como en casi todos los trajes de esta colección—envuelve la figura, terminando por delante con unos pliegues «en forme». Un cinturón de falla blanca; una corbata con extremos de crespón de china blanco, sujeta en el escote por un broche de strass, y una chaqueta más corta delante y que forma onda en la espalda, completan este modelo.

Belle amie: traje de tarde, de crespón de china negro. La falda lleva cuatro *panneaux* plisados, que



«Don Pedro». Capa de paño negro, cuello de renard blanco.

Modelo WORTH.

terminan en puntas desiguales. El cinturón, con su gran hebilla de plata y strass, sube por delante, acortando el talle. Los altos puños «mosquetero» están formados por vueltas de cinta azul y rosa pastel. El biés que orla el escote termina en la espalda en dos caídas.

Sans façon: ensemble de túsor negro. La falda envolvente tiene todo el vuelo delante. El cuerpo y el forro de la chaqueta son de glase negro con lunares difusos blancos. El jersey amarillo en torno al escote, a la cintura y los puños pone una nota muy *chic* en este traje, que lleva, además, como complemento, una capa corta—del mismo túsor—guarnecida de renard beige.

El traje sastre vuelve a estar de gran moda. Las chaquetas son muy cortas. La falda, envolvente siempre y con todo el vuelo delante, está unida con la blusa en la cintura. El forro de la chaqueta es de la misma tela de la blusa: jersey delgado crespón de china. Fijémonos en los siguientes modelos. «Gavroche», muy sport, es la lana de fantasía gris y blanco. La blusa, muy trabajada estilo lencería, y el forro de la chaqueta son de crespón de china amarillo.

Sporting, de lana muy flexible negra, está también combinado con amarillo, pero con jersey esta vez. Un amplio cinturón de la tela del traje ciñe el talle y termina en una caída. El cuerpo y el forro de la chaqueta son de jersey amarillo vivo. Unos medallones de oro en los cinturones y en la estrecha corbata de lana negra de la blusa, son el único adorno de este precioso modelo.



«Coquette». «Ensemble» de lana azul marino. Blusa de jersey gris con rayas de colores. Chaqueta guarnecida de renard gris.

Modelo WORTH.

Moda

Très chic es efectivamente este *ensemble* de lana azul marino. La falda está montada a pliegues sobre un canesú bastante ancho y tiene un gran tablón delante. El *pull-over*, el forro y las vueltas de la capa son de jersey azul pálido y plata. El cinturón y las tiras azul marino de las mangas abrochan con hebillas de plata.

Belle es también esta *toilette*, de foulard gris y lunares blancos, con corbata, puños y cinturón negros. Un broche de *strass* sujeta la corbata en el escote.

Marine, *ensemble* de lana azul marino, está combinado con crespón de china marino con lunares azul pálido; el cuerpo del traje y el forro de la capa son de esta tela. Una tira ancha de lana marina forma el cuello-écharpe y anuda en la cintura con una gran lazada. La capa, recta y sin vuelo alguno, completa de manera extraordinariamente elegante este delicioso modelo.

Un *ensemble* más vestido es *Rialto*, de lana muy delgada azul marino. El traje cruzado está adornado en el cuerpo con un plisado de crespón de china blanco y con un broche de *strass* en la cintura; la capa, recta, con un magnífico renard blanco.

Notas muy nuevas son las colas de renard que cuelgan de unas tiras de la tela del traje o del abrigo de cada lado de los cuellos de zorro. Las vemos también en «Don Pedro», capa de paño negro con volante en forma, guarnecida de renard blanco.

Otros modelos:

Train bleu, *ensemble* de lana inglesa mezclilla azul fuerte y blanco. La blusa es de



«C'est un rien». «Ensemble» de lana azul marino. El traje está adornado con una corbata de crespón de china blanco y un cinturón de cinta de jalla blanco.

Modelo WORTH.



«Très chic». «Ensemble» de lana azul marino. Pull-over de jersey azul y plata. Capita forrada del mismo jersey.

Modelo WORTH.



«Train bleu». «Ensemble» de lana jaspeada azul fuerte y blanco. El cuerpo del traje es de jersey azul fuerte.

Modelo WORTH.

jersey azul fuerte y luce un bordado en blanco que representa un barco velero. El abrigo es recto.

Ciel de France, sin duda para hacer honor a su nombre, es uno de los más bonitos *ensembles* que vi. Todo de crespón romano azul pastel, llama la atención por su gran sencillez. Unos grupos de jaretitas son su único adorno.

Siguen desfilando un sinnúmero de modelos, a cual más elegantes y más *chic*, y en la imposibilidad de irlos describiendo uno a uno, me limitaré a tomar nota de sus rasgos más interesantes:

Los *ensembles* suelen estar completados por unas capas rectas y sin vuelo alguno; serán de un efecto muy bonito y

de mucho uso sobre los ligeros trajes veraniegos.

En los trajes enteros vemos mucha corbata sujeta por preciosos broches de *strass*, y puños muy altos de la misma tela que las corbatas; en los trajes de tarde, mucho plisado menudo. Las faldas suelen ser más largas por detrás. Los talles han subido considerablemente. La línea sigue siendo recta; los trajes ciñen las caderas y sólo delante se permiten el lujo de un poco de vuelo. Hay mucha falda envolvente de dos volantes lisos, cuyos extremos forman delante unas caídas. Al jersey no hay quien lo desbanque: se le combina con lanas, con raso, con crespón; es *ajouré*, *lamé*, liso o bordado con cuentas, y se le emplea para las blusas y los forros de las chaquetas de los *ensembles*. Sobre un traje de jersey gris *ajouré* recuerdo un cinturón de cuero rojo bordado con acero. El glase de lunares también está *en vogue* y sustituye al jersey en algunos modelos. Más telas que se usan: el crespón de china y la gasa es-

Moda

tampados, el velo de lana, el *asperit*—lana delgada y flexible—, el crepella, diversas lanas ligeras y esponjosa, las lanas mezclilla inglesas, el crespón romano y el de china. Los colores que dominan son el azul marino, el gris y los colores pastel. Las pieles a la moda son los *renard*, especialmente el *renard* blanco. Recuerdo también una magnífica capa de armiño teñido gris que nos arrancó a todas exclamaciones de admiración.

En cuanto a trajes de noche... ¡qué no nos habrá enseñado este gran Worth, acostumbrado a ser el árbitro de emperatrices y reinas! Imposible resulta dar idea de toda la suntuosidad y toda la riqueza de estas deslumbrantes creaciones, dignas de figurar en los cuentos de *Las mil y una noches*. Abre el desfile *encore une*, de raso brillante



blanco bordado en torno a la cintura con perlas, *strass* y esmeraldas, y siguen *Tania bal*, de crespón-satén azul *lavende* bordado con perlas, y que arrastra orgullosa sus dos largas colas; *Hot lips*, vaporosa y juvenil *toilette* del color del rojo de nuestros labios; *Sirène*, de gasas azules y cuerpo de brillantes; *Majestic*, de gasa rosa que apenas se adivina bajo el rico bordado de lentejuelas y brillantes; *Coraline*, con sus encajes rosados; *Riviéra*, de raso negro y *strass*; *Petit reine*, de raso azul *lavende* y perlas; *Rosaria*, de glasé estampado, con ajustado cuerpo y amplia falda terminada en picos... y mil otras igualmente maravillosas, igualmente bonitas... en un desfile fantástico de rasos y tules, de perlas y brillantes, de trajes de época de glasé, de vaporosos trajes de «debutante» y de trajes majestuosos de gran señora...

«*Sans façon*». «*Ensemble*» de tussor negro y glasé negro y blanco, adornado con jersey amarillo. La capota está guarnecida de *renard* beige.

Modelo WORTH.

Consejos útiles

UN GRAN ZAPATERO

es Blas Torrejón, Pasaje de la Montera, 9. Hace como nadie el calzado a medida, lo mismo para señoras como para caballeros. Últimos y elegantes modelos. Precios económicos.

PARA LA ADQUISICIÓN

de alhajas, escapularios, artísticas esculturas de marfil del Sagrado Corazón, Purísima, etc., y relojes, tengan presente los señores compradores la joyería de Pérez Molina, Carrera de San Jerónimo, 29. Madrid. Casa de gran confianza. Teléfono 12.646.

CADA DÍA ES MAYOR

la demanda de los conprimidos Dakin-Sotih, que tan brillantes resultados ofrecen para lavados de heridas, supuraciones, higiene, etc. Diríjanse por correo o personalmente al Laboratorio Hitos, Serrano, 44, y refiriéndose a este consejo obtendrán una muestra gratis.



«*Gavroche*». Traje sastre de lana inglesa gris a cuadros. Blusa de crespón amarillo.

Modelo WORTH.



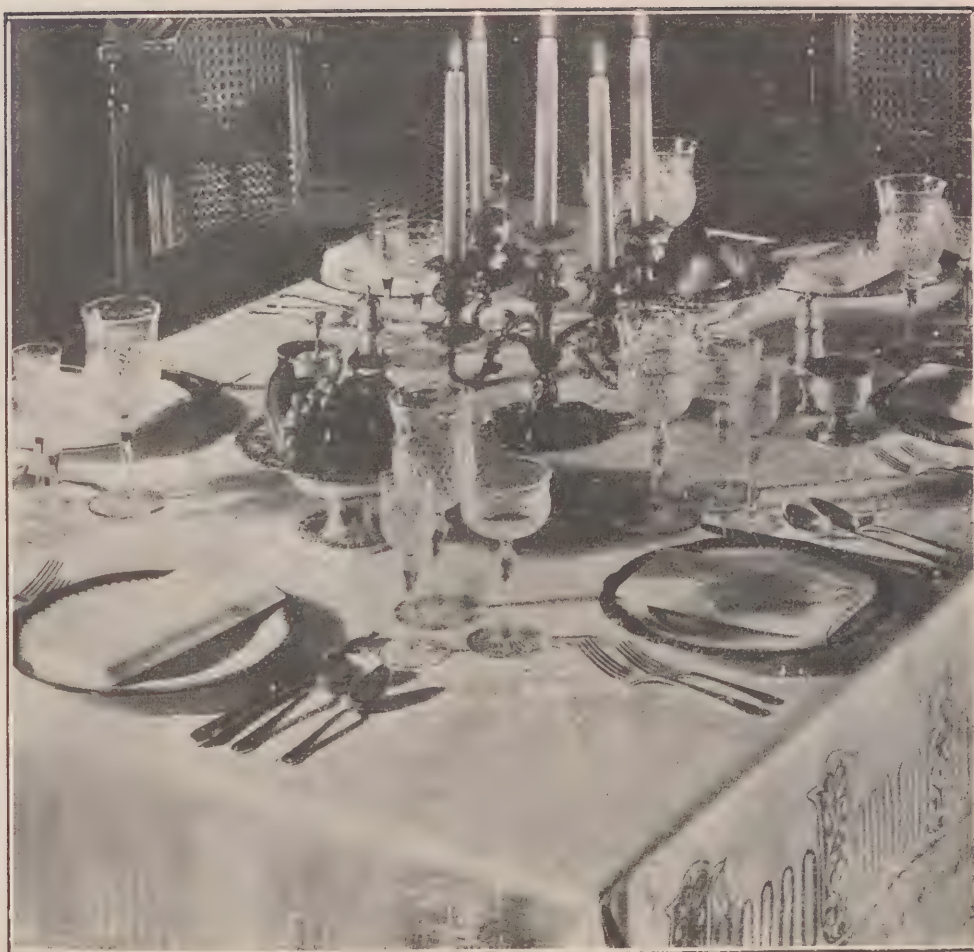
«*Tania Bal*». Traje de noche de crespón-satén azul *lavende*, bordado con perlas y *strass*.

Modelo WORTH.

Moda



NUESTRA CASA



EL ARTE DE PONER LA MESA



EL saber poner una mesa de manera apropiada y elegante es un verdadero arte; un arte poco complicado para las poseedoras de las ricas mantelerías, candelabros antiguos, porcelanas de Sevres, centros de plata... y algo menos sencillo para aquellas que no disponen de todos estos costosos y artísticos objetos y que tienen que sustituirlos con originalidad y buen gusto. La moda de la postguerra, práctica y económica, ha impuesto la sencillez de los redondeles de encaje sobre la madera pulida o cubierta de cristal de las mesas. Un centro de plata con flores, una fuente de cristal de color con pétalos de rosa o una cesta de mimbre negro muy plana, llena de frutas colocadas sobre una capa de musgo, bastan como adorno de una mesa sencilla. A mi modo de ver, sin embargo, el mantel es insustituible, y ya sólo con una buena mantelería tiene la mesa un incomparable aspecto de esmero y confortabilidad. Los candelabros o los candeleros encendidos, con sus pantallitas de papel apergaminado o de seda del color de las flores de la mesa, son, sin duda alguna, la nota más *chic* y más lujosa de una mesa bien puesta.

Tengo en lejanos países una amiga millonaria y fantástica que se complacía en «disfrazar» su mesa para las comidas y los tes que daba a diario. Tenía todo su orgullo cifrado en ese arte; y, joven y guapa, le halagaban mucho más las exclamaciones de admiración que arran-



caba a sus convidados la vista de su mesa, que los más lisonjeros pì-ropos que pudieran dirigirle a su persona. Como los grandes modistos, ponía nombre a sus creaciones, y así recuerdo, por ejemplo:

Fastuosa: redondeles de finísimo encaje de oro sobre la madera negra y brillante de la mesa. Vajilla de un morado muy oscuro, casi negro, con iniciales y corona en oro. Candelabros antiguos de bronce dorado—sin pantallas—y un parterre de pensamientos de un morado igual al de la vajilla. Añadiré que mi amiga vestía un traje de Worth de terciopelo chiffon de ese tono.

El lago: mantelería blanca. Un gran espejo finge en el centro un lago. Dos enormes cisnes de plata parecen nadar en él. Una guirnalda de violetas orla la «orilla». Los candelabros y la vajilla de plata y el traje de tisú de la dueña de la casa completan el conjunto.

Jira al campo: mantelería de hilo amarillo vivo con vainicas e iniciales azul pavo. Vajilla azul. Parterre de florecitas campestres, amapolas, azulejos y espigas doradas. El menú estaba compuesto por platos típicos del país, y una orquesta regional tocaba en el jardín las dulces melodías de aquella tierra.

Blancura de nieve: mantelería blanca. Vajilla blanca y oro. En el centro de la mesa un gran bloque de hielo, y sobre él, tiradas como al descuido, unas cuantas azucenas.

Frutas de oro: mantelería negra con iniciales naranja. Vajilla negra. Como centro de mesa una gran bandeja con naranjas de todos tamaños.

En cuanto a mesas de te:

Sevres: mantelería de hilo, azul muy pálido, calados e iniciales en blanco. En el centro baila un corro de figuritas de Sevres. La mesa está cubierta por pétalos de rosa.

Exotismo: mantelería de hilo lila. Servicio de te morado y oro. Candelabros de oro. En el centro, en una fuente plana de cristal lila, nadan tres soberbias orquídeas.

Del Japón: mesa cubierta por mantel de fino encaje crudo. Servicio de te de porcelana del Japón. Candelabros dorados—sin pantallas—. En los ángulos de la mesa, en cuatro cajas doradas con motivos japoneses, apretados manojos de rosas rojas.

No quiero seguir; como la fantasía de mi amiga es inagotable y su fortuna le secunda eficazmente, resultaría interminable la enumeración de sus mil modos de poner la mesa. Además, no se necesita tanto; como ya dije al principio, basta con un buen mantel y con un centro artísticamente arreglado. En esto, como en todo, lo que falta en esplendor y riqueza se puede sustituir fácilmente con *chic* y habilidad.

Modas

COCK-TAILS

Toda buena dueña de casa debe saber preparar ella misma la bebida de moda.

Aquí le van seis buenas y *experimentadas* recetas:

NAVAL-COCK-TAIL:

Prepárese en cocktelera:

Unos pedacitos de hielo.

Una cucharada de las de café, de crema de cacao.

Una cucharada de las de café, de Gran Marnier.

Media copita de dry gin.

Media copita de vermut italiano.

Agítese muy bien y sírvase en copa de *cock-tail*, añadiéndole una guinda.

MARTINI-COCK-TAIL:

Prepárese en un gran vaso de cristal:

Tres o cuatro pedacitos de hielo.

Cuatro gotas de Angostura.

Un cuarto de copita de vermut Noilly Prast.

Tres cuartos de copita de dry gin.

Agítese bien y sírvase en copa de *cocktail*.

SIDE-CAR COCK-TAIL.

Prepárese en cocktelera:

Unos pedacitos de hielo picado.

Dos cucharadas de las de café de jugo de limón.

Media copita de cointreau.

Media copita de coñac.

Agítese bien y sírvase en copa de *cock-tail*.



COCK-TAILS

75 COCK-TAIL.

Prepárese en cocktailera:
Cuatro o cinco pedacitos de hielo.
Ocho gotas de granadina.
Una cucharada de las de café de jugo de limón, y el resto, hasta llenar la copa, de dry gin.
Agítese bien y sírvase en copa de cocktail.

LAWS-COCK-TAIL.

Prepárese en cocktailera:
Un huevo fresco.
Una cucharada de las de café de azúcar en polvo.
Una copita de oporto rojo.
Una copita de coñac.
Agítese bien en la cocktailera y sírvase en copa de agua, añadiéndose un poquito de nuez moscada rallada.

La enorme importancia que tiene para la salud la refrigeración de todo aquello que respecta a la conservación de alimentos, bebidas, etc., me ha guiado a hacer un pequeño estudio, sobre el cual pienso basar varios de mis artículos referentes a la casa.

Como tengo especial interés en conocer la opinión de mis lectoras les ruego me dediquen unos pocos minutos, contestando al cuestionario sobre este asunto, que la mayoría de ellas han de haber recibido.



Cloche de «bakou» negro ribeteada de raso, velo de tul ribeteado de raso y anudado a un lado.

Modelo Ch. Barbier.



Capelina de «chanvre» azul pastel, trenza de cinta de terciopelo del mismo tono.

Modelo Camile Roger.

DE TODO UN POCO

LA ÚLTIMA MODA DE PARÍS en un te bien servido son las jarritas de jugo de limón, que han desbancado a las rajadas de limón. La dueña de la casa, una jarrita en cada mano, pregunta: «¿leche o limón?» Y sirve unas gotas de lo que se le pida.

PARA CONSERVAR EN BUEN ESTADO vuestros tapices recomiendo lo siguiente: Extiéndase el tapiz y cepílese bien. Límpiase después con un trapo empapado en petróleo. El tapiz volverá a estar limpio y brillante; además, el petróleo es un buen preventivo contra la polilla.

PARA TENER UN CUTIS LIMPIO Y PERFECTO es bueno tomar después de cada comida una taza de manzanilla muy caliente.

PARA QUITAR MANCHAS DE TINTA: Se empapa la mancha con un poco de leche cruda, o mejor con algo de nata, y se raspa la tela cuidadosamente con un cuchillo. Pronto veréis teñirse la leche de oscuro. Renovadla y raspad hasta que la mancha desaparezca.

EL «VIVOIR» O «LIVINGROOM». En vista de la loca carestía de los alquileres—en París se paga actualmente un piso según el número de habitaciones, y cada una de éstas a dos mil francos—, han decidido los arquitectos franceses implantar el «vivoir». Es una sola habitación, amplia, hermosa, con mucha luz y bien aireada, que sirve para todo: trabajar y comer, pensar y dormir. A un lado tiene dos cuartitos pequeños para guardar ropa, etc., y al otro la cocina—con su fogón de gas, su cámara frigorífica y su despensa—y el cuarto de baño, instalado con todo confort. Por ahora, este modo de vivir nos parece demasiado moderno o demasiado antediluviano, pues a este paso va a llegar un día en que la moda, impulsada por la carestía, declare que «lo más chic» es vivir en cuevas.

CON LOS TRAJES SASTRE vuelven por derecho propio las blusas. Son de crespón de china, de georgette, de organdí o de linón. Están muy trabajadas con vainicas y jaretas. Las más bonitas



Sombrero de paja de bengalia rosa con flores de manzano rosas y blancas.

Modelo Agnés.



Casco de picot negro y crosse rizada.

Modelo S. Talbot.

son las «chemisier». El próximo número traerá unos cuantos modelos fáciles de copiar.

LA ROPA INTERIOR también se ha ido reduciendo. Ya nadie lleva más que «todo en uno». Los trajes son tan rectos y tan ceñidos que hay que procurar abultar poco. Enaguas con volantes de encaje, ¡quién se acuerda de vosotras! La combinación camisa-pantalón de crespón rosa con encaje crudo se ha impuesto definitivamente... ¡hasta nueva orden!

Contestación a una lectora

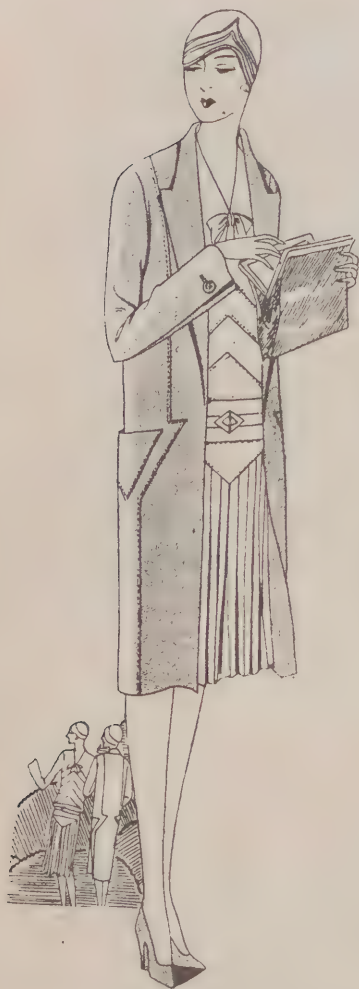
EL PINTARSE BIEN es más difícil de lo que parece. La mayoría de las mujeres abusan del polvo y del colorete. Ambas cosas envejecen. El polvo debe ser del idéntico color de nuestro cutis y resultar imperceptible. Se mezclan varios tonos, hasta conseguir el necesario, y se empolva muy ligeramente el rostro. Después se aplica el color en la menor cantidad posible. El «Cendres de roses» de Bourgeois da unas tonalidades muy bonitas y naturales. Como lápiz para los labios recomiendo el «Tangee». Las pestañas deben ser por parte de las mujeres objeto de cuidados especiales. Ellas son las que embellecen y agrandan los ojos con sus sombras favorecedoras. El «Indian Ciloil» las fortifica y las hace crecer mucho. No es nada difícil llegar a tener unas pestañas largas, tupidas y rizadas, así como un cutis limpio y claro. Las lectoras que deseen buenas y eficaces recetas no tienen más que dirigirse por escrito y dando su dirección a esta sección de COSMÓPOLIS. Tendré mucho gusto en aconsejarlas con mi experiencia.

Consejos útiles

NO DEJAR DE VER LOS

sombreros María Luisa. Últimas novedades. Castelló, 42, bajo. Teléfono 53.252.

RECOMENDAMOS A NUESTROS LECTORES hagan siempre sus compras en la gran perfumería de Álvarez Gómez, Sevilla, 2. Su Agua de Colonia Concentrada goza de fama mundial.



«Ensemble»: traje de crespón marroquí verde pálido. Abrigo de lana verde forrado del mismo crespón.
Modelo Dobb's.

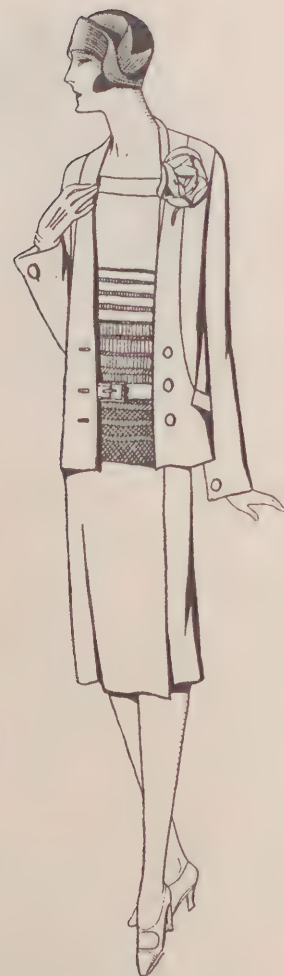


Abrigo de paño azul pastel, gorro del mismo paño, adornado con flores recortadas en paño de colores.

Abrigo de lana verde y blanco, fieltro verde.



Traje de niña de crespón georgette rosa pálido con cintas de terciopelo azul pastel.



«Ensemble» de lana azul marino. Jersey azul pálido con rayas «dégrades» azul más fuerte.
Modelo Lucien Lelong.

Unas cuantas buenas recetas de cocina

DELICIAS DE QUESO CON JAMÓN: En un perol se montan seis claras de huevo a punto de merengue y se le mezclan 200 gramos de queso de Gruyère rallado, 125 gramos de jamón o lengua cocido y cortado a cuadritos y pimienta blanca en polvo.

Se modelan encima bolas pequeñas de miga de pan blanco rallado, se pasan por huevo batido y pan y se fríen de momento como los demás fritos.

Sírvase en fuente con servilleta, adorno de perejil en rama frito y limón. Aparte se sirve salsa a la crema u otra.

RIÑONES SALTEADOS AL JEREZ: Escójanse riñones tiernos y se cortan a trocitos pequeños. En una sartén, puesta al fuego fuerte con un poco de manteca de cerdo, se saltean los riñones sazonados de sal, y una vez salteados, se escurren en un colador, a fin de que suelten toda su agua. En una cacerola aparte se reduce una copa de vino de Jerez; una vez reducido a la mitad, se le agrega un buen cucharón de salsa media glasa. Saltéanse bien los riñones, sazonándolos y espolvoreándolos de perejil. Al servirlos, se adorna la fuente con costrones de pan frito cortados a triángulos.

ENSALADA MANÓN: Partes iguales hechas de quisquillas cocidas, trufas en lamas muy finas y raíz de apio cocido. Sazónese todo con una mayonesa con un poco de nata, que esté fuertemente aromatizada. Se coloca en forma de cúpula en una ensaladera de cristal. Decórese con remolacha cocida—con detalles forma de media luna—bien sazonada.

FRESAS ZELMA KUNZ: Hora y media antes de servir las fresas se enfrían las fresas puestas en un recipiente entre hielo picado.

Se pasan cien gramos de frambuesas por un tamiz, y al puré resultante se le mezcla igual cantidad de nata fresca montada y azúcar glas, poniéndolo también a enfriar.

Téngase reservada una regular cantidad de nata montada azucarada con azúcar glas, perfumado de vainilla.

Al servir las se colocan las fresas en una compotera de cristal o en una timbala de metal blanco que hay expofeso para estas presentaciones; cúbrese las fresas con el puré de frambuesas y nata, alísase bien, y por encima se adorna con el chantilly natural puesto con la manga de pastelería y con boquilla rizada. Espolvorease por encima con el praliné de avellanas en polvo que explico a continuación.

PRALINÉ DE AVELLANAS: En un perol u otro recipiente se ponen 250 gramos de azúcar en polvo. Hágase cocer, moviéndolo continuamente con una espátula, hasta que tome punto de caramelo; se retira, mezclándole 225 gramos de avellanas mondadas de antemano y ligeramente tostadas. Se pone rápidamente esta combinación encima de mármol untado muy ligeramente de aceite, dejándolo enfriar. Una vez enfriado, se machaca en un mortero hasta que quede transformado en polvo. Se pasa por un tamiz de tela metálica. — Este praliné se hace con almendras, teniendo diferentes empleos para la confección de pastelería y helados.



Raso negro y raso rojo.
Modelo Hellstern.



Charol negro, borlas de plata.
Modelo Hellstern.



Zapato de noche, de tisú verde y plata y piel de plata, hebilla de brillantes.
Modelo Bunting.



Ante beige y cuero marrón.
Modelo Perugia.



SEVILLA

HASTA los primeros días del mes de marzo próximo ha sido aplazada la solemne inauguración de la Exposición Iberoamericana, que reunirá en Sevilla las más significadas representaciones de España y de las Repúblicas de habla española. Si el aplazamiento de la fecha inaugural no fuese impuesto, ya por las circunstancias, por el deseo lógico y legítimo de que todo esté perfectamente terminado, que nada quede a la improvisación ni al azar, a propósito de que la calma ayude a la perfección, el solo acierto de la época elegida para abrir el Certamen merecería los más sinceros elogios.

Sevilla en Primavera... Esas tres palabras encierran, en sí solas, todo un poema místico y humano, devoto y sensual. La Semana Santa, famosa en el mundo entero; la Feria, popular en el universo todo. Sumándose la inauguración de la Exposición Iberoamericana a estas otras solemnidades anuales, los meses de marzo y abril de 1929 serán inolvidables en Sevilla, y sus jornadas se recordarán eternamente, como aquellas en que el vuelo de águila de Franco, Ruíz de Alda, Durán y Rada se glorificó ante el símbolo racial de la Giralda.

Y mientras la inauguración se aleja, la actividad febril se hace más serena, más útil, permitiendo dar a la labor de propaganda un tono reposado, tranquilo, que intensifique su eficacia.

FIESTAS

EN LA

CIUDAD

DE LA

PRIMAVERA

SEVILLA



El Cachorro, de Triana, sobre el puente que une el popular barrio con Sevilla.



SEVILLA es todos los años por la primavera una actualidad fragante que revive con el esplendor de las fiestas creadas por un pueblo artista, habituado a soñar... sobre las realidades vivas.

Una vez más la Ciudad de la Primavera, la ciudad de la fe y la belleza—la ciudad que con toda propiedad pudiéramos llamar «Pasión»—, va a poner de manifiesto su espíritu imperecedero en los aspectos de la Semana Santa y la Feria, el

Dolor y el Gozo, términos que contienen entre sí el sentido divino de la vida, hallado felizmente y armonizado con suprema sutileza por el alma—mente y corazón—de un pueblo iluminado que conoce su designio de sembrar rosales de luz al borde del humano sendero.

Sevilla es de continuo, por la singularidad de su fe, de su historia, de su arte y de sus tradiciones, la mayor fiesta que puede apetecer la curiosidad del mundo; pero en la primavera, cuando al espíritu de la ciudad se le renuevan las alas para volar bajo el azul impecable y so-

bre los jardines floridos, proclamando sus fervientes anhelos religiosos y la gracia de sus espacimientos alegres, es mayor e irresistible el atractivo y soberanamente hechicero el espectáculo.

Se ha afirmado, con razón, que las fiestas de la Semana Santa y de la Feria son obra de todos y de cada uno de los sevillanos, sin que tuviesen otro organizador que la primavera, llena de gracia.

Han llegado a ser típicas por artísticas y... por humanas. Si así no fuesen, no serían sevillanas ni se diría de ellas que son los disantos del arte, del amor, del humor y de la poesía.

LA SEMANA SANTA

Las grandiosas fiestas religiosas de Sevilla, universalmente conocidas, comienzan, en realidad, el Domingo de Pasión, con una tan solemne como bella ceremonia en el admirable Patio de los Naranjos, de la Catedral. En este patio existe un histórico púlpito—donde hablaron, entre otros preclaros varones de la Iglesia, San Vicente Ferrer y San Francisco de Borja—, desde el cual predica al pueblo la Doctrina de Cristo un sacerdote, teniendo al cielo como techo azul del singular templo y a los naranjos, cuajados de flores de azahar, como incensario del hermoso acto.

Su significación es absolutamente religiosa; pero el ambiente hace ver que también Sevilla predica allí su doctrina, constituyendo por esto la ceremonia una llamada al mundo, hecha con solemnidad ritual bajo el cielo donde triunfa el azul y ante la primavera en flor: «¡Venid a Sevilla, creyentes artistas; que Sevilla va a mostrar una vez más su espíritu!...»

Y después de esta llamada, el otro domingo, cuando realiza la bendición de las palmas y las olivas, empieza el espléndido desfile de las Cofradías magníficas, compendio maravilloso de fe religiosa y de arte delicado.

No decae jamás el entusiasmo de los sevillanos por conservar el esplendor de sus fiestas religiosas. Cofradía quiere decir confraternidad; y los hombres del Sur, cuyas inclinaciones propenden a un fatal individualismo disociador, cuando se trata de fiestas religiosas y artísticas, sean como sean y piensen como piensen, se unen como hermanos para



Desfile de la Cofradía del Cristo de la Fundación, vulgo «de los negritos», por haberla fundado el Arzobispo Gonzalo de Mena para la protección de los esclavos negros.



Jesús del Gran Poder, a la Puerta de un templo. Saeta: «Yo no sé cómo he de amarte, mi Jesús del Gran Poder; yo no sé cómo adorarte; mas mis ojos, al mirarte, dejan el llanto caer.»

ejercitarse en el noble misterio de conservar una preciosa tradición, principalmente porque es bella, y hacen que se llene de elegancias—que se vista de fiestas—la ciudad querida.

Examinadas las Cofradías sevillanas, con sus magníficas exhibiciones procesionales, desde el punto de vista religioso, puede decirse, glorizando al apologista de ellas, Bermejo y Carballo, que esas Fraternidades o Hermandades constituyen una de las más eficaces armas o espirituales medios que la religión inspira para obtener fruto rememorando la Pasión de Jesús. San Agustín dijo que la consideración de la Pasión de Nuestro Señor era de más mérito que visitar la Tierra Santa; San Gregorio el Grande asegura que es señal de predestinación, y San Alberto Magno afirma que la simple memoria o meditación de los misterios de la Pasión era de mayor mérito que ayunar a pan y agua por espacio de un año todos los viernes, que aplicarse unas disciplinas de sangre y que rezar diariamente los ciento cincuenta salmos del Salterio de David.

La fundación de las Cofradías tuvo, por lo tanto, como objetivo promover la devoción, pues «siendo ésta—dice textualmente Bermejo—como freno en las demasías del hombre, una voz viva que le advierte sus defectos y un medio seguro que le conduce al camino de la perfección, conocieron los piadosos fundadores de dichas corporaciones que para reformar las costumbres y bien espiritual de los fieles era muy a propósito y eficaz el establecimiento de hermandades, cuyo objeto fué recordar al pueblo cristiano el beneficio grande de la Redención, como el portento más admirable y el misterio más digno de su creencia. Con éste fueron ins-

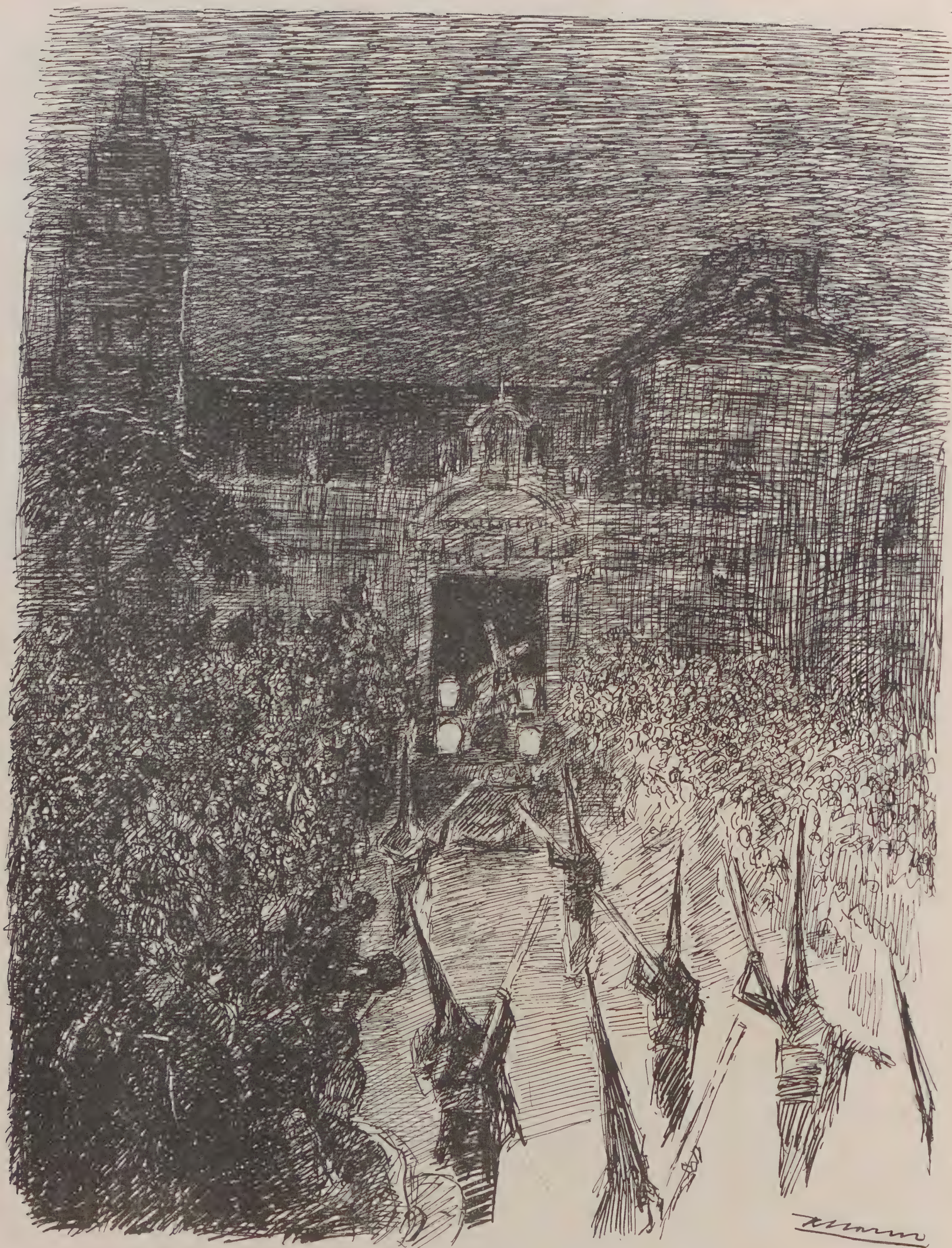
tituidas estas utilísimas confraternidades, dedicadas a la contemplación de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo; y para que su memoria se renovase con más eficacia en los corazones cristianos en los días que la Iglesia con especialidad la recuerda, dispusieron un culto público, cual es llevar procesionalmente y con la mayor devoción la Imagen de Nuestro Divino Salvador en algunos de los *pasos* de su pasión cruenta.»

Desde tiempos muy remotos de la cristiandad existieron en Sevilla corporaciones piadosas que realizaban sus funciones devotas en los templos y aun en casas particulares; pero las Cofradías propiamente dichas, o sea con el carácter de culto público renovador de la fe, datan del siglo XVI. Generalmente se componían en su principio las procesiones de la siguiente manera: un estandarte o insignia con algunos faroles; después, los hermanos y las personas que por su religiosidad querían tomar parte en la devoción, formando dos filas paralelas, y al final, un Crucifijo, llevado por un sacerdote o un noble rodeado de cofrades con hachones de cera virgen encendidos. Sucesivamente fueron ampliando sus elementos hasta llegar a la riqueza y esplendor actuales.

Establecida en las Cofradías la disciplina, los cofrades dedicados a este ejercicio eran designados con el título de hermanos de *penitencia* o *sangre*, y los demás, hermanos de *luz*. Los primeros iban azotándose o haciendo otra penitencia, y los segundos llevaban cirios para alumbrar las sagradas imágenes, colocados entre aquéllos a proporcionadas distancias, para evitar también las tinieblas de la noche.



La Virgen de la Macarena.



EL VIERNES SANTO EN SEVILLA. Es el momento más emocionante y profundamente cristiano de la Semana Santa sevillana. En el reloj de la torre de San Lorenzo resonaron las dos solemnes campanadas, y la teoría de encapuchados comenzó su acompasado desfile entre el silencio obsesionado de la aglomerada multitud, que estalla en un rebullir de «saetas» cuando la venerada imagen de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder es besada por el rayo plateado de la luna. (Dibujo de Ricardo Marín, tomado del natural)

Gran Mundo



*Excmo. Sr. Don Miguel de los Santos Sánchezdalp Calonge de Guzmán y Fernández de Granados,
primer conde de las Torres de Sánchezdalp.*



PALACIOS DE SEVILLA

Las mansiones próceres de
los condes de
las Torres de Sánchezdalp

RECREO de los ojos y admiración del espíritu es el sobrio y españolísimo palacio que el conde de las Torres de Sánchezdalp ha erigido en Sevilla. Cuanto los artífices sevillanos han producido en catorce años puede afirmarse que ha sido recogido y encerrado en el castillo del noble artista, que ha sabido resucitar las tradiciones legendarias de los antiguos señores que se honraban en el generoso mecenaje de las artes bellas.

Así se ha alzado el suntuoso edificio, cuya construcción fué escuela práctica de vidrieros, talladores, forjadores y azulejeros, y que constituyó el primer paso para el renacimiento del arte arquitectónico netamente español, ya que bajo su dirección se logró la difícil y admirable fusión del estilo clásico con las necesidades de la vida moderna. Y entre las obras portentosas que hacen de sus mansiones un verdadero museo, descuellan la verja del presbiterio del templo en el castillo de Aracena, ejecutada por Julio Pascual, que mandó hacer en conmemoración de haberle concedido el rey el condado que ostenta; las vidrieras, realizadas por los hermanos Mau-



El Rdo. P. Enrique Ramírez Paguillo, después de su primera misa, en que le apadrinaron los condes de las Torres de Sánchezdalp, quienes le han costeado la carrera eclesiástica por ser hijo de antiguos empleados de la casa. (Foto Serrano.)

mejean inspirándose en tablas de los siglos XIV y XV, y los zócalos, de azulejos sevillanos, donde se reproducen—en bajorrelieves vidriados—estaciones de un *via crucis*, verdadera obra maestra de la sin rival industria trianera.

Monárquico ferviente y convencido, quiso celebrar de modo perenne las bodas de plata de D. Alfonso XIII con el trono de España, y para ello levantó la fábrica maravillosa del Panteón de Serranos Ilustres, donde descuella un soberbio retablo del siglo XV. Y en el Colegio de las Esclavas Concepcionistas de Aracena—donde se está construyendo a sus expensas una clase de párvulos—dotó a la iglesia de solería de mármol y mandó hacer expofeso las vidrieras, bellísimas.

Muestras de su desprendimiento son la terminación de la iglesia y Academia de Los Luises, en Sevilla; los modelos de las Escuelas de Bellas Artes y Artes e Industrias; la vitrina que—entre otros objetos de gran valor arqueológico—encierra, en el Museo Provincial, un juego de pesos de contraste ibérico, con letras incrustadas en plata, por el que el Museo del Louvre ofreció fuerte suma, y el Hospital de la Cruz Roja, que costó en su mayor parte.

El conde de las Torres de Sánchezdalp—honra legítima de España—consagra también gran atención a la agricultura, una de las principales fuentes de nuestra riqueza. Inventor de las máquinas para trillar habas y de la primera de gran rendimiento (6.000 kilos por hora) para despollicar y desgranar el maíz, en sus posesiones se emplearon los más modernos procedimientos para cultivar la tierra.



Artístico detalle de uno de los patios.



Patio principal del palacio.

(Fots Serran').



EL MILAGRO DEL AMOR Y LA FE

Es en Sevilla. Es en la madrugada del Viernes Santo. Todo Sevilla, como un templo, ofrece el misterioso encanto de la piedad que públicamente se manifiesta en un esplendoroso alarde de fe.

Todo Sevilla lleva ya varios días—desde el Domingo de Ramos—viendo llenas sus calles por los hábitos de los nazarenos, cuyos altísimos capirote alargan las figuras hasta hacerlas gigantes.

Por las plazas han desfilado los *pasos*, brillantes de luz, en los cuales un Cristo angustiado o una Virgen con manto de piedras preciosas escuchan las *saetas*, esas coplas típicas, ingenuas y nobles, como el pueblo que las canta.

Por toda la ciudad, las músicas de trompetas y tambores han resonado sin cesar.

Y toda esa manifestación de fe tiene su plenitud, su desbordamiento, en el instante de la salida del Señor del Gran Poder.

* * *

Es en Sevilla. Es en la madrugada del Viernes Santo.

La gran plaza en la cual está situada la iglesia de San Lorenzo la ha invadido el público en forma tal, que no cabe en ella ni un alfiler.

Las dos de la madrugada dan en el reloj de la torre.

Se apaga toda la iluminación eléctrica. La plaza queda en sombras. De pronto se abren las dos hojas claveteadas de la puerta de la iglesia, y por ellas sale una cruz.

Luego dos *nazarenos*: dos hombres cubiertos por una burda tela morada, con un capirote inmenso, sandalias de cuero, cinturón de esparto, manos desnudas, sin una sortija.

Llevar los dos hombres unas grandes hachas que inclinan hacia el centro.

Tres metros detrás de ellos salen otros dos *nazarenos*, y luego otros y otros, hasta doscientas parejas, van desfilando, sin música, sin ruido, iluminados sólo por el resplandor misterioso de sus cirios, que semejan como un túnel de luz en la oscuridad de la noche.

De pronto, un *paso*: el Cristo, con un tosco madero en los hombros: es el Señor del Gran Poder, es el Cristo amoroso y bueno, a quien los sevillanos llaman «Nuestro Padre Jesús».

Detrás de él marcha un penitente: viste el mismo hábito, pero su capirote cae doblado hacia tierra. Lleva los pies desnudos, y sobre sus hombros una cruz del mismo tamaño que la que conduce el Señor.

Luego más *nazarenos*; después, el *paso* de la Virgen, que reluce como una llamarada.

El silencio de la plaza lo rompe una voz de mujer cantando la *saeta*:

«Madre que sufriste tanto,
dale a mi hija tu perdón.
Por tu pena y por tu llanto,
¡dame a mí resignación!»

La voz vibra en el aire y crece en armonías prodigiosas. Tras ella, un «ole» prolongado resuena en la plaza. Luego vuelve el silencio otra vez.

* * *

Muy cerca de la iglesia, un chiquillo, lloroso y abatido, se ha abierto paso entre la gente, ha esperado anhelante el cruce del *nazareno* de los pies desnudos y la cruz a cuestras, y le ha dicho al pasar:

—Madre se muere. Venga usted conmigo.

El penitente ha cerrado los ojos—lo único que se ve de su rostro a través del antifaz—, han vacilado sus pasos como si fuese a caer a tierra, y ha continuado la marcha detrás del Señor del Gran Poder, mientras sus pies desnudos empiezan a sangrar y su alma se desgarr por la brutal noticia.

Otra copla vuelve a herir los aires:

«Mírale por donde viene
el mejor de los nacidos:
trae el alma destrozada
y los pies doloridos.»

* * *

Fué promesa. Hacía diez días, cuando el médico dijo que su mujer se moría, él hizo la promesa: «Señor: si vive en la noche del Jueves Santo saldré detrás de Ti.»

Y llegó la noche del Jueves Santo y vivía. A media noche, el médico aseguró: «Está en la agonía, no dura más que cuatro horas.»

Se estaba muriendo, pero vivía; y el hombre vistió su hábito, cogió su cruz y se fué tras el Cristo.

—Las promesas se cumplen—le dijo al médico—, aunque cuesten la vida, aunque me cueste no acompañarla a ella en sus últimos momentos, que es aún más triste que perder la vida.

* * *

Amanecía. Empezaba la claridad a hacer visible los contornos de las casas, y lucían menos las hachas de los nazarenos.

El hombre de la cruz a cuestras había caído tres veces en la carrera—como el Señor camino del Gólgota—, y tres veces había vuelto a coger su cruz y a seguir al Maestro sin pronunciar una sola palabra.

Poco faltaba para volver al templo: las primeras parejas de *nazarenos* habían llegado ya.

Por una de las callejuelas, el chiquillo de antes, ahora alegre y feliz, viene corriendo:

—Padre, padre—grita detrás del *nazareno*—. Madre está mejor, está mucho mejor.

El penitente, en tensión loca sus nervios, deja caer al suelo el madero, alza los ojos al Cristo, y la alegría que inunda su alma le obliga a lo que no le obligó la desgracia: a romper el silencio con un grito:

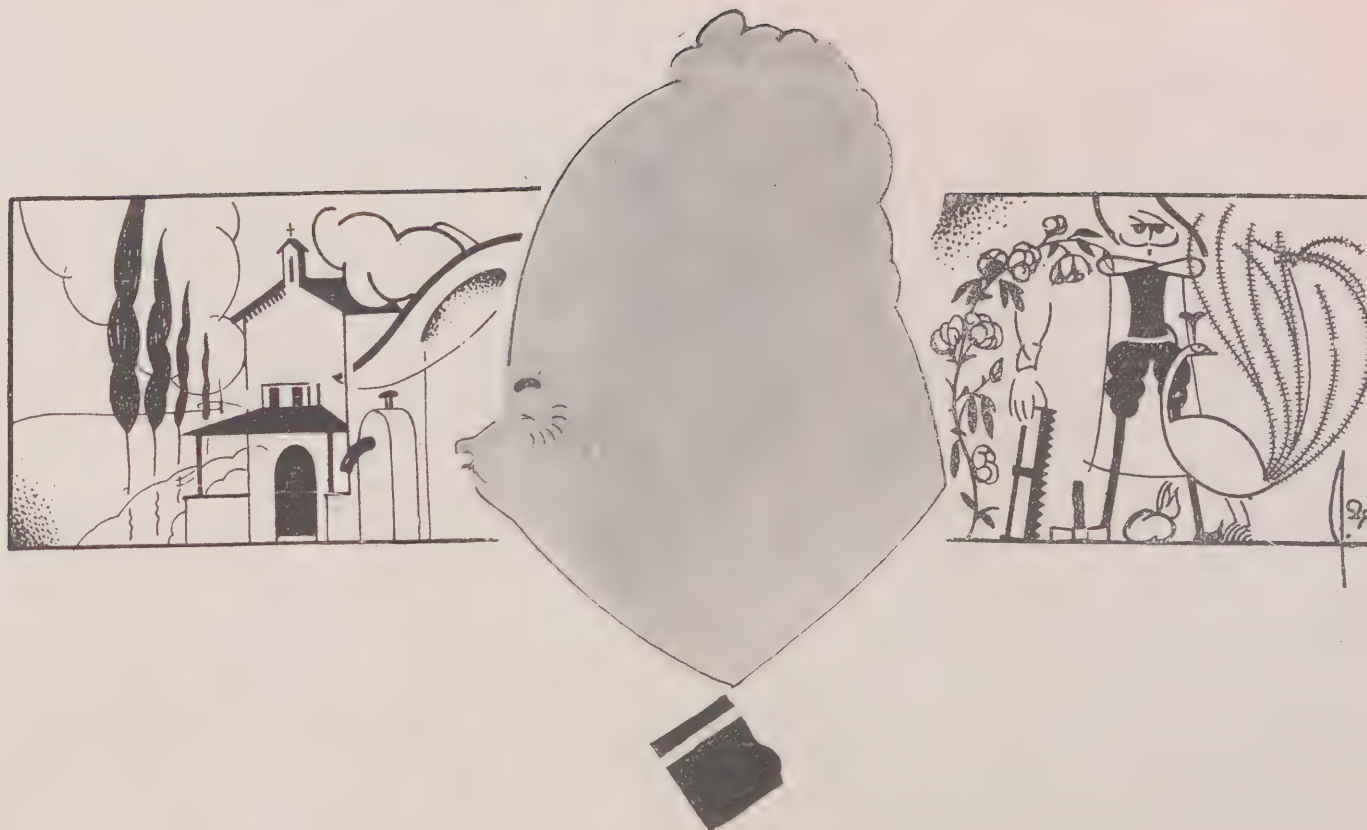
—Jesús del Gran Poder, ¡bendito seas!

Luego vuelve a poner sobre sus hombros la cruz, cuyo peso no siente ahora, y sigue tras el Cristo sin advertir la sangre de sus pies. Y mientras, lloran sus ojos de gratitud y llora su corazón de felicidad.

El milagro del amor y la fe está hecho.

Se hizo en Sevilla y en la madrugada del Viernes Santo.

José MARTÍNEZ AGULLÓ



EL TEATRO DE EDUARDO MARQUINA

El naturalismo llegó al teatro en España tarde, pero seguro. Los dramas históricos y en verso que nutrían la escena española desde los años románticos hasta 1885, aproximadamente, se vieron de pronto sustituidos por otras comedias y otros dramas en prosa con asuntos de la época actual, de tono menos elevado, menos lírico, más adentro de la vida diaria, que no suele prestarse a exaltaciones de poesía. Las grandilocuencias de mejor o de peor ley, las estrofas rotundas, las sublimidades de otros tiempos, cedieron el paso al consabido trozo de vida, a la reproducción exacta de la realidad, a los grandes dolores y a las grandes miserias que nos ofrece el mundo. Consecuencia del romanticismo y de la libertad de inspiración proclamada por Víctor Hugo, fué que se abriera el teatro a todas las clases sociales y a toda suerte de argumentos. La historia, las bellas fábulas que consagró el buen gusto de las generaciones y las intrigas selectas con personajes bien vestidos perdieron su monopolio como fuentes inspiradoras del teatro. Se renegó de la cota de malla y de la capa y espada en beneficio de la blusa, y el «camarín dorado» del conde de Argeles en la tragedia de Echegaray que lleva por título *En el seno de la muerte* se transformó en la vulgar taberna madrileña de Juan José y en las moradas populares que sirven de fondo a *Tierra baja* y a *María Rosa*.

La mayoría de aquellos dramas románticos no lograba sostenerse en pie. Todo era en ellos efectismo, palabrería hueca, ripio, y falsedad en la acción, en los episodios y en los caracteres. Los versos resultaban demasiado fáciles, y si en las tragedias y dramas era frecuente que pecasen de cursis, en las comedias venían las más veces a ser colmo de vulgaridad. Camprodón había formado escuela, y el propio Bretón de los Herreros se descolgaba de vez en cuando con redondillas del tenor siguiente:

— Señora doña Nemesia,
buenas tardes. ¿Cómo va?
— Me encuentro aliviada ya.
Me prueba bien la magnesia.

Por eso la crítica y el público se entregaron a las piezas de corte naturalista, y en pocos años se impuso la moda del realismo y de la prosa en escena. Es difícil sustraerse a las corrientes y tendencias generales, más todavía cuando las abona la corrupción literaria de la etapa anterior. Pero la tradición española del teatro en verso, con temas de legítima poesía y exaltando los heroísmos raciales y nacionales, no podía perderse ni arrumbarse ahogada por un realismo espeso contrario a la belleza y a la educación. Francia, que da el tono en literatura, en arte, en modas y en costumbres, rompe en 1896 con las procacidades del naturalismo y del Teatro libre. El *Cyrano* de Rostand señala una fecha venturosa para el teatro de todos los países.

¿Qué hará España al aparecer en el mundo de las letras la generación del 98? ¿Cómo ha de salvar nuestra escena el espíritu español y tradicional? ¿De qué modo se coordina lo nuevo con lo viejo, las ideas que por entonces imponen su dominio con los valores consagrados y perennes?

Ha de surgir un nuevo teatro poético diferente del de Zorrilla, Ayala, Echegaray y Gaspar. Le dan nombre Villaespesa, Marquina, los Machado, los autores de *La tizona*, Valle Inclán en su *Marquesa Rosalinda* y sus *Voces de gesta*, Fernández Ardavin, García Lorca... Pero entre todos estos representantes del teatro poético español del siglo XX, el más significado, el más flexible, el más amplio en la elección de temas y la disposición de argumentos, el más austero, el de mayor riqueza prosódica, es Eduardo Marquina.

* * *

Marquina es, ante todo y sobre todo, poeta. Su talento de dramaturgo viene a ser resultado de su inspiración. Sus piezas se fraguan en el ardor patriótico de su pecho y se templan en las corrientes más puras y cristallinas de la poesía y el alma nacionales.

Prescindiendo de *El pastor*, estrenado por Thuillier en el Español en 1902, y de alguna otra comedia que no recuerdo ahora, puede decirse que la carrera dramática de Eduardo Marquina comienza en 1909, con el estreno de *Las hijas del Cid*. La compañía Guerrero-Mendoza abrió aquella noche las puertas del teatro nacional a uno de los ingenios que más habían de enaltecerlo y contribuir a su grandeza. No hay en *Las hijas del Cid* trazos muy acusados y como sangrientos a la manera realista; ni férreos caracteres; ni combinaciones fáciles; ni efectos que aseguren el aplauso; ni versos dulzones, estrofas grandilocuentes y recitados aprovechables para el latiguillo. La obra de Marquina es un reflejo del *Poema* y del *Romancero*, la interpretación moderna de una fábula heroica que conmueve todavía las fibras de los corazones españoles, a pesar de los nueve siglos transcurridos desde que sucedió. Rodrigo Díaz de Vivar; doña Jimena; las hijas del caudillo, doña Elvira y doña Sol, y los infantes de Carrión, que se casan con ellas y después las azotan y las abandonan, viven en las escenas de Marquina con tal pujanza y conciencia de los destinos de la Patria, que nuestro pecho de españoles se pone al unísono del poeta y la sangre bulle en nuestras venas con el brío y el entusiasmo que el dramaturgo supo despertar en nosotros. El alma noble de Castilla; la luz de los campos castellanos, dorada en las mieses y embarrina en los racimos; el temple de acero de los hombres de guerra; la fe del religioso y del soldado; la exquisita feminidad de doña Sol; el valor heroico de doña Elvira; el espíritu de sacrificio del Cid, ya viejo, que jura

no cortarse las barbas ni comer pan a manteles hasta haber conseguido para la traición de sus yernos la venganza que la justicia pide; el acontecimiento de la primera misa en un lugar reconquistado a los infieles; el triunfo postrero que colma legítimas ansias y corona un acto enérgico de la voluntad; la gesta sublime que va dando vida y razón de ser a los personajes, a las situaciones, a los episodios; todos los elementos históricos, legendarios, de la literatura y de la fantasía que el poeta maneja como factores constitutivos de su obra, forman en *Las hijas del Cid* un magno poema que debiera convertirse en ópera, y en el que su autor ha puesto desde el primer día los motivos de los *crescendos*, de los *andantes*, de los *trémolos* y de los pasajes a gran orquesta. Gustan, además, en *Las hijas del Cid* la uniformidad de ritmo en versos blancos de los que llaman «de gaita gallega»; la plasticidad teatral que les da valor en la escena y se lo quita en la lectura; el sano españolismo y la conciencia de la evocación histórica, nunca en el sentido de la letra y el documento, sino en el que atañe a la amplitud de la concepción, al atisbo y a la propia seguridad en la marcha, donde faltan los andadores del papelote viejo y el lastre del polvo y la tela de araña con que obsequian a sus visitantes los archivos. Marquina no es un erudito; es un poeta. Sus evocaciones del pasado nacional son populares, no arqueológicas. Pero el poeta llega al alma de sus espectadores y logra que sus alientos, sus lágrimas y la emoción que en ellas despierta le acompañen en su idea y en su entusiasmo por las glorias pretéritas de España.

Hay en la obra literaria de Marquina varios aspectos que contribuyen a definirla y clasificarla de manera precisa y con bastante seguridad. Por referirme en este sitio únicamente a su teatro debo pasar en silencio su cualidad de poeta cívico en la estela de Quintana, aunque muy diferente al autor de la *Imprenta* y la *Vacuna*.

Como poeta en el teatro, Marquina es un evocador de las grandezas patrias, un mago de la fantasía, un vate popular que acierta a poner en el alma del pueblo español los nobles sentimientos y las virtudes cívicas y domésticas que en el fondo le animan, y, por último, un adaptador admirable de espíritus, tendencias y númenes ajenos.

En *Las hijas del Cid* aparece ya maduro y robusto en su vigor y en sus facultades. Pero el episodio medieval del *Romancero* se resuelve en un canto de victoria, y España ha sufrido y ha visto cómo se arrancaba del corazón aquello mismo que era su orgullo y su grandeza. ¡Qué soberbio retrato de la España del siglo XVI es *En Flandes se ha puesto el sol*! Como todas las obras de Marquina, los personajes, las situaciones, los lamentos, la recia visualidad de sus baladas, los desenlaces y los dolores que sufre el protagonista como padre, como caballero y como español, vienen a ser vehículo de honda poesía. No viven aquí hombres y mujeres del propio aliento; no se les comprende fuera del lugar, de las empresas y de las nobles ambiciones a que el autor les lleva destinados. Son a modo de cariátides y telamones. Sirven para sostener, para realzar, para dar cuerpo, perspectiva y razón dramática a los sentires del poeta y del patriota. En las obras de Marquina, la vida interior, la corriente de ideas, juicios y sensaciones, con profunda raigambre en la historia patria, viene con anterioridad a la forma externa de las figuras y a la construcción arquitectónica de las piezas teatrales. Por eso algunas de ellas, como *El retablo de Agrellano*, pecan de vagas y poco accesibles al gran público. Las formás plásticas, los relieves, el tímpano catedralicio, las esculturas que se tocan y se ven no han logrado asimilarse del todo y de manera perfecta los ideales, las capas de la conciencia nacional, el tesoro de alta poesía a que responden y son motivo de su origen y de su creación en la mente del poeta. La vida interna, inmaterial, unificada, en bloque, densa y profunda, en que el autor se inspira, logra diferenciarse y ofrecerse en las figuras con armonía perfecta, y Marquina obtiene los éxitos indiscutibles de *Las hijas del Cid*, *En Flandes se ha puesto el sol*, *Doña María la Brava*, *La alcaidesa de Pastrana*. Pero a veces esta labor de taracea, de espiritualización, de símbolo; esta versión a lo material de los valores espirituales, no aparece tan clara ni tan bien hecha, porque el espíritu y la idea se resisten a un signo que no puede contener la inmensidad de la mente y del alma. Surgen entonces los poemas teatrales de éxito discreto que se llaman *Las flores de Aragón*, *Por los pecados del rey*, *El retablo de Agrellano*, *El gran Capitán*, *Évora*. Acaso estas últimas obras respondan a un pensamiento más profundo, extenso y rico en consecuencias psicológicas y literarias que las antes nombradas. Pero lo que vale en el teatro es la realización, no la concepción, y aquel primer grupo de comedias y dramas en verso aparece como superior al segundo. La literatura triunfa aquí de una cosa que Marquina siente y penetra como pocos españoles: la psicología de la historia, y dicha cualidad se aprecia mejor en estas comedias del segundo grupo que en las del primero, aunque la pompa, el brío, la magnificencia y la brillantez no se encuentren tan acusadas para atraer al público ni se desborde el aplauso con la misma facilidad.

¡La psicología de la historia! Toda la obra de Eduardo Marquina como evocador de las grandezas patrias es una antología de esta ciencia, que el poeta siente y expresa con deliciosas sonoridades, pero que en su oficio de vate, de inspirado, no tiene obligación de razonar. Una flor del siglo XI son *Las hijas del Cid*. El espíritu de Clemencia Isaura y del aragonés Juan I, el Armador de la Gentileza, anima los serventesios y las escenas del *Rey trovador*. Las asperezas de Castilla por los años en que Juan II hubiese renunciado con placer a su corona para ser fraile del Abrojo, toman plasticidad y verbo en *Doña María la Brava* y *Las flores de Aragón*. El carácter heroico y ascético del siglo XVI tienen comentario en *La alcaidesa de Pastrana*—episodio admirable de la vida de Santa Teresa—y en el magno poema *En Flandes se ha puesto el sol*. La decadencia española de los últimos Austrias, con sus pujos de hechicerías y su evocación de cultos demoníacos, hallan eco en la corte del rey poeta entre bufones y enanos (*Por los pecados del rey*) y en un proceso de la Inquisición a que dan motivo ciertos pactos con el demonio (*El retablo de Agrellano*). Aun acude Marquina a los tiempos en que España lucha contra Roma, no sin abrir su espíritu a las enseñanzas de la señora del mundo, fundamento de nuestra civilización. El drama de estas vicisitudes y de estos tiempos se intitula *Évora*. En él se combinan de manera feliz las exquisiteces de la vida romana—¡qué bellas anacreónticas las del pretor!—con el temple indomable y hosco de cántabros y astures.

* * *

El poeta tiene necesidad de vivir en un mundo de ensueño, en horizontes ideales, en el campo de la fantasía, vueltas las espaldas a toda realidad y a toda exigencia de la razón que se atempera a los seres y a las cosas tal y como se ofrecen al común sentido. El poeta que traduce la vida interior, la corriente de la conciencia nacional, por medio de imágenes y de símbolos, con más valor estético que lógico, debía elevarse unos cuantos peldaños más arriba en la escala de las bellas imaginaciones y de los sueños que la poesía realza y pone al nivel de los espíritus más levantados. Comedias de pura fantasía, sin otro fin que una manifestación de belleza, ajenas a la prosa cotidiana y sin que el autor, al componerlas, parase mientes en la verosimilitud de tejas abajo, son *El pavo real* y *Una noche en Venecia*. En estas dos obras todo es sutil, alado, impalpable... El poeta y el comediógrafo ha querido salirse de los colores y matices del espectro para invadir una serie de *ultras* a que no llegan los ojos, ni la inteligencia discursiva, ni la intuición meramente racional. Marquina nos pasea por aquellos campos de la poesía donde se confunden lo abstracto y lo concreto, la idea y la cosa sensible, la simple percepción con la imaginación desbordada. Los temas alegóricos, tan en auge por los finales de la Edad Media, cobran en estas dos comedias de Marquina modernidad y plasticidad sorprendentes. Los sentimientos que *El pavo real* y *Una noche en Venecia* avivan en el alma de los espectadores se distinguen por la dulzura, el encanto, la riqueza emotiva, el abandono inconsciente a la superior belleza. En la obra total de Marquina, lo que se halla más cerca de la poesía pura y más desligado de otros elementos psicológicos individuales y nacionales debe buscarse en esas dos comedias en verso que estrenó en Madrid hace unas cuantas temporadas la compañía de Martínez Sierra.

Pero el alma de España no se ha de encerrar siempre en fórmulas históricas más o menos claras, en episodios que Tallá y Melpómene le piden prestados a su hermana Clío. La psicología, como toda la realidad, se hace objetiva y alcanza existencia propia en los individuos. Marquina no podía olvidar este aspecto de la naturaleza inteligible y sensible. Además de la comedia en prosa *Cuando florezcan los rosales* hay en la obra del autor otras dos piezas que vienen del pueblo y son para el pueblo: *El pobre-cito carpintero* y *La ermita, la fuente y el río*. La poesía que fué en las anteriores producciones majestad, entusiasmo, heroísmo, fe, grandeza, símbolo de pretéritas glorias y aliento de una España inmortal, es ahora compasión, respeto a los humildes, exaltación de sentimientos poéticos y acciones de interés en las vidas ocultas y silenciosas.

El teatro de Marquina tiene a la poesía por común denominador. Ella es su vida, su medula, su centro, su diapasón, su motivo determinante, su sustancia y su causa final. Estudiando al Marquina poeta se estudia al Marquina hombre de teatro. Sus personajes, sus argumentos, sus escenas son como paños de una colección de tapices. Hay en *La ermita, la fuente y el río* el colorismo de Goya; en *La alcaidesa de Pastrana* y *En Flandes se ha puesto el sol*, el sello especial de los Pannemaker; *Las hijas del Cid* vienen a ser un paño gótico con fondo de oro, y en todas ellas se advierte esa rudeza primitiva, llena de encanto, de atractivo y de verdadero arte que nos enamora en el tapiz medieval de Bayeux donde se reproduce la conquista de Inglaterra por los normandos.

LUIS ARAUJO COSTA.



Málaga en su Semana Santa

Bella síntesis del fervor místico



lo que anualmente se verificaba por cumplimiento de la tradición, carente de relieve y sin propia fisonomía, surgió un buen año en esplendorosa plástica, al conjuro de una voluntad poderosa. Y la ciudad, aquella gran parte de la ciudad que apartada vivía en sus peculiares actividades, mostró alborozada su sorpresa: ¡Málaga puede enseñar a España sus fiestas de Semana Santa!

—¿Hubo milagro? Ni mucho menos; bien se acople tal potestad del poder divino. Sólo la potencialidad volitiva de un hombre generó el suceso, y todo él en un desarrollo expositivo y lógico sin aspectos de taumaturgia. Ahora sí, con el aliento formidable de una fiebre de múltiples grados que en lenguaje llano se titula «patriotismo», mejor aún, «intenso amor a la tierra chica». Cualidad ésta sin posible ponderación cuando, como ahora, deja de ser tópico, la ostenta en plena justicia D. Antonio Baena Gómez, predilecto hijo de Málaga. En cantidad y calidad podrá ser igualada; pero no, rotundamente no, superada.

Aquel primer año brindóse el triunfo a los malagueños. Éstos, apreciando el esfuerzo en toda su amplitud, con la unanimidad que sólo concede el bien común, se sumaron a la cruzada, y todos y cada uno aportaron su esfuerzo; y al año siguiente fué España quien apreció que Málaga, en primavera, no sólo disfrutaba de un espléndido clima, servido por el constante progreso urbano de capital de primer orden, sino que además ofrecía al visitante la magna conmemoración del martirio del Hijo de Dios, estableciendo sin disputa una competencia enaltecedora con las de más renombre.

Al considerarlo así, los nacionales convini-mos todos que el magnífico espectáculo era de tal volumen, de tal forma desbordante, que precisaba también que los de fuera llegaran a Málaga en Semana Santa y regresaran a su origen sabiendo: que había en la tierra un lugar que ofrecía tanto al espíritu y a los sentidos que las molestias y preocupaciones de un traslado sólo proporcionaban una modesta compensación.



Nuestra Señora de la Soledad, inspirada escultura de Pedro de Mena, que en la noche del Viernes Santo desfila procesionalmente ante la absorta muchedumbre que la aclama y venera.

Y a la consecución del propósito se fué, apartando el necio aforismo: «el buen paño en el arca se vende». La propaganda se inició sistemáticamente en una intensificación gradual: Haciendo circular por el mundo primorosos folletos en los idiomas de mayor difusión, con el panegirico de los místicos festejos. Lanzando por el espacio las antenas de radio, las excelsitudes de las procesiones. Exornando los lugares visibles de los grandes hoteles de Europa y América con artísticos *affiches* policromados en propias alegorías y otros aspectos más de propaganda.

El resultado no se hizo esperar. Así, por esta fecha, ofrece la deliciosa ciudad mediterránea el punto de mira del orbe católico, y en ella se encuentran albergados por sus magníficos hoteles miles y miles de extranjeros, que al marchar pregonan que la Semana Santa de Málaga, aparte de la suntuosidad de los *pasos*, del lujo estrepitoso de sus ornamentos y de la maravilla de las santas esculturas, posee característica que la distingue sin posible confusión:

La religiosidad y recogimiento acusados en todo momento, la máxima organización y orden en el desfile de los *pasos* y, sobre todo, la perspectiva, sin igual en el mundo, de la recta impecable de su calle de Larios du-

rante el curso de las comitivas procesionales. Espectáculo éste, por lo grandioso y emotivo, que al más escéptico le rinde el ánimo, considerando en el más propio ambiente; ¡tal síntesis del fervor místico!

Bien han ganado los malagueños y sus Cofradías, constituidas en agrupación, bajo la égida de su presidente, el Sr. Baena, el galardón de proclamar en muy alta voz, rectificando en parte la primera impresión:

¡Málaga puede y debe enseñar al mundo sus fiestas de Semana Santa!

J. MORALES DARIAS

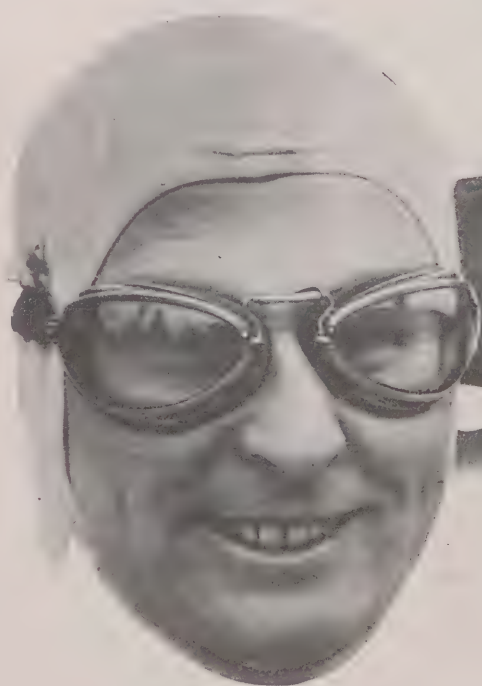


Excmo. Sr. D. Antonio Baena Gómez, presidente de la Agrupación de Cofradías.



Santísimo Cristo de la Buena Muerte, obra cumbre del inmortal imaginero Pedro de Mena, que hace su salida procesional en la noche del Jueves Santo.

AUTOMOVILISMO



*La lucha por el record mundial de velocidad
en la playa de Daytona*

El inglés Malcolm Campbell, vencedor con una marca de 332 km. 958 m. por hora.



VELOCIDADES fantásticas, difícilmente imaginables, representan las marcas establecidas últimamente, en la inmensa playa de Daytona (Florida), por los conductores Malcolm Campbell y Frank Lockart. Aquél consiguió ajustarse por completo a lo que determinaba el reglamento, y la velocidad que llegó a realizar homologada. Éste, por causas que todavía exactamente se desconocen, se cree que un golpe de viento lateral lo desvió algo, sufriendo un despiste y la pérdida del mando a una marcha de 362 kilómetros por hora. El *Halcón Negro*, como se denomina el coche de Lockart, sin dirección, después de dar varias vueltas de campana, quedó empotrado en la arena, dentro del mar. El desgraciado conductor americano tardó diez minutos en ser extraído del coche, y hubo necesidad de practicarle la respiración artificial. Transportado al hospital, se le apreció una fuerte conmoción cerebral, megullamientos y erosiones.

Descartado Lockart, desechado oficialmente el coche de White, la marca establecida por el inglés Campbell el 20 de febrero último, con su *Pájaro Azul*, ha quedado homologada como el *record* mundial de velocidad por este año, con la fantástica marcha de 332 kilómetros 958 metros por hora.

Creemos interesante consignar el historial de las marcas mundiales de velocidad.

1898.—El conductor Chasseloup, con un Jeantaud, recorre un kilómetro a la media de 63 kilómetros 140 metros por hora.

1902.—Angiers, con un Mors, llega a los 124 kilómetros 120 metros por hora.

1903.—Duray, con un Gobron-Brillie, a 149 kilómetros 980 metros por hora.

1904.—Baras, con un Darracq, a 168 kilómetros 220 metros por hora.

El trio de conductores Campbell, Lockart y Withe, que evolucionaron en la playa de Daytona. (Foto Ortiz)



1905.—Hemery, con un Darracq, a 176 kilómetros 450 metros por hora.

1906.—Marriot, con un Stanley, a 195 kilómetros 650 metros por hora.

Durante tres años, esta marca no puede ser superada. Por fin, en 1909, se sobrepasa la cifra de los 200 kilómetros por hora, y después de un largo intervalo de varios años, al normalizarse la industria automovilista, pasada la gran guerra, se inicia la serie de los magníficos conductores ingleses, *record-men* de velocidad, que dedican todos sus esfuerzos a la superación de la marca mundial últimamente establecida.

1909.—Hemery, con un Benz, a 202 kilómetros 650 metros por hora.

1922.—Guinnes, con un Sunbeam, a 215 kilómetros 110 metros por hora.

1923.—Campbell, con un Sunbeam, a 235 kilómetros 120 metros por hora.

1924.—Campbell, con un Sunbeam, a 242 kilómetros 770 metros por hora.

1926.—Parry Thomas, con un Higham-Thomas, a 275 kilómetros 330 metros por hora.

1927.—Campbell, con un Napier, a 218 kilómetros 430 metros por hora.



El «Halcón Negro», de Lockart.

(Foto Ortiz)



El Triplex, de White, de 1.500 HP., que no fué oficialmente admitido.

(Foto Ortiz)

Y en ese mismo año, Segrave, en Daytona, logra, con un Sunbeam, dejar el *record* mundial en 327 kilómetros 940 metros por hora, batiendo el anterior por bastantes kilómetros.

Esta velocidad fantástica, que parecía difícil de superar en algunos años, es la que ha sido batida recientemente por el inglés Malcolm Campbell, que en su *Pájaro Azul* ha realizado en Daytona, de acuerdo con lo dispuesto en el reglamento, el promedio de 332 kilómetros 998 metros por hora al cubrir una milla en los dos sentidos.

Difícil es predecir la duración de esta marca mundial. Se ha entablado un pugilato entre Inglaterra y Norteamérica para sobrepasarla. La poderosa industria automovilista de ambos países se esmera en la construcción de los bólidos que han de superar esta velocidad de los 333 kilómetros, verdaderamente fantástica y peligrosamente vertiginosa para la seguridad física de los arriesgados conductores que desafían con tan audaz intrepidez a la muerte.



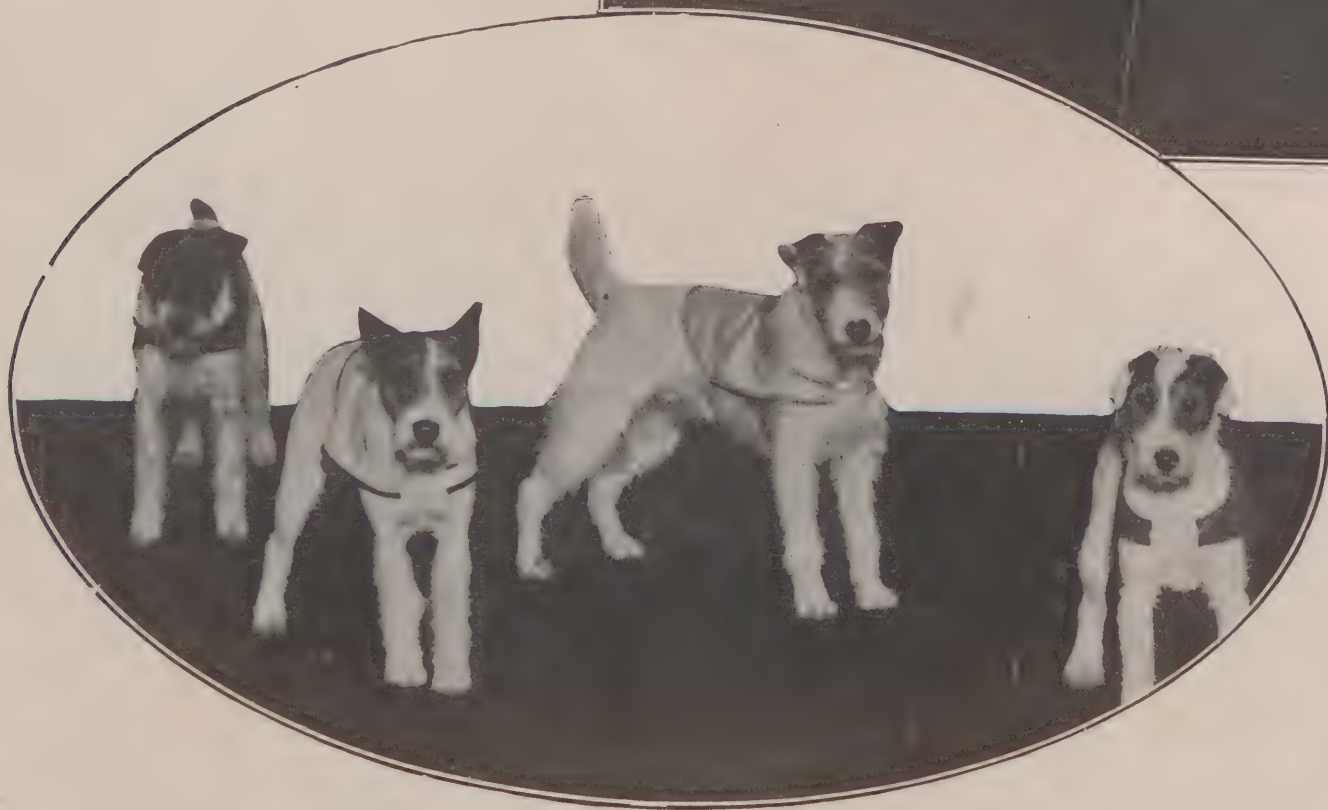
El «Pájaro Azul», de Campbell, visto de frente.

(Foto Ortiz)

Un perródromo aristocrático en Londres

La pasión del pueblo inglés por las apuestas en complicidad con el deporte.

Prohibido en Inglaterra el juego en los grandes Casinos, se le complica con el deporte para soslayar la prohibición. En las carreras de caballos, las apuestas representan al cabo del año cantidades crecidas, y aun queda margen para idear las pruebas de galgos—a base de apuestas, claro está—, y en las que los ágiles galgos persiguen velozmente a una liebre mecánica que sustituye a la auténtica. Así el amplio estadio de Wembley queda convertido circunstancialmente en perródromo, y para locales más reducidos se inventa la modalidad de la rata mecánica perseguida por *fox-terriers*. El caso es encontrar un motivo que justifique la pasión de las apuestas.



El aristocrático público presencia el paso de los perros momentos antes de una carrera. (Foto Ortiz)

Cuatro de los más afamados «fox-terriers» dispuestos para una carrera. (Foto Ortiz)

UN SELLO
DE DISTINCION
INCONFUNDIBLE



S. A. E. DE AUTOMÓVILES

RENAULT

SEVILLA (Sucursal):
Martín Villa, número 8
(En la Campana)

MADRID:
Dirección, Oficinas y Depósito: Avda. Plaza Toros, 7 y 9
Salón Exposición: Avenida de Pí y Margall, 16

AGENCIAS
EN TODAS LAS
PROVINCIAS



La americana miss Loughran en una figura de la prueba de patinaje artístico. (Foto Vidal)

LOS II JUEGOS OLÍMPICOS DE SAINT MORITZ

En St. Moritz, la bella población suiza, se han celebrado los II Juegos Olímpicos de deportes de invierno.

Durante quince días, los atletas, que representaban a 22 naciones, lucharon con nobleza y deportividad para conseguir el triunfo. La prensa diaria de todo el mundo ha reflejado en sus columnas la marcha de los torneos. Su información queda completa con este cuadro de honor, no publicado en los diarios españoles:

Patinaje.—500 metros: 1.º, el noruego Evensen; 1.500 metros: 1.º, el finlandés Thunberg; 5.000 metros: 1.º, el noruego Ballangrud.

Patinaje artístico.—Damas: 1.º, la noruega Hennie; caballeros: 1.º, el sueco Grafstrom; parejas: 1.º, los franceses Mlle. Joly y monsieur Brunet.

Pruebas de esquí.—Carrera de 50 kilómetros: 1.º, el sueco Heldung; carrera de 18 kilómetros: 1.º, el noruego Grottnumsbraaten; Saltos: 1.º, el noruego Andersen; Skeleton: 1.º, el americano Heaton.

Hockey sobre hielo.—1.º, Canadá; 2.º, Suecia.

Bobsleighs.—1.º, Estados Unidos.

La clasificación por naciones quedó establecida como sigue: 1.º, Noruega, con 98 puntos; 2.º, Estados Unidos, 48 puntos; 3.º, Finlandia, 39 puntos; 4.º, Suecia; 5.º, Australia; 6.º, Canadá; 7.º, Francia; 8.º, Inglaterra; 9.º, Suiza.

El resto de las naciones participantes no llegaron a clasificarse.



Vista general de la magnífica pista de saltos de St. Moritz, inaugurada en los II Juegos Olímpicos de deportes de invierno.



LA VIEJA RIVALIDAD RENOVADA AÑO TRAS AÑO ENTRE EL REAL MADRID Y EL ATHLETIC

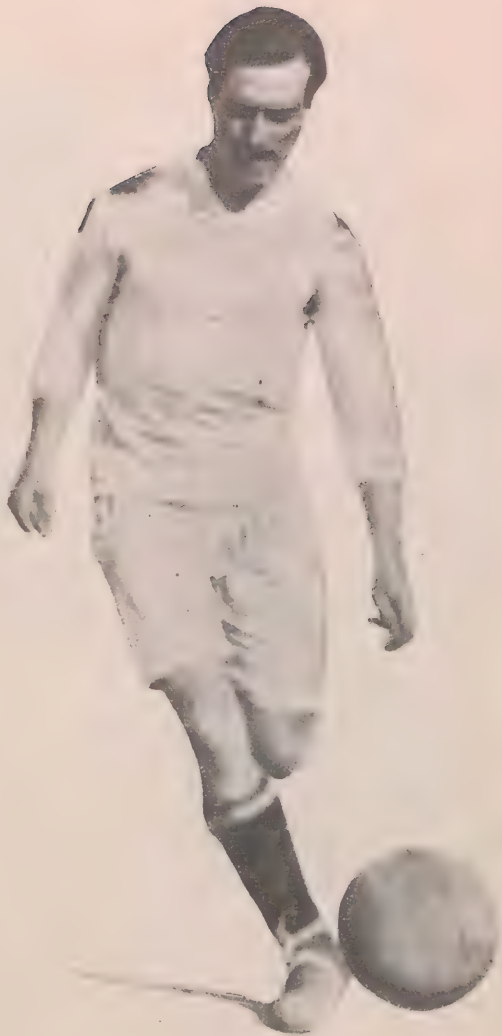
Sus figuras representativas y el historial de las pugnas de los dos famosos Clubs madrileños

PERTENECIMOS a la segunda época del fútbol español. No alcanzamos la primera, la heroica, la de los iniciadores, que arrostraban con estoicismo las burlas de los rutinarios que no podían comprender cómo unos muchachos con las piernas al aire, en terrenos sin vallar, perseguían con entusiasmo un balón, tratando de introducirlo en un marco, que otros defendían con ardor, rivalizado todos en la práctica de un sano ejercicio.

Nos corresponde esa segunda época, que inicia la creación de los campos vallados, en cuya obra intervinimos activamente, como todos las componentes de las Sociedades de aquellos tiempos. Clavando tablas, pintando vallas y arreglando el terreno de juego, laborábamos por el deporte. La modestia y escasez de medios económicos de los Clubs requería el esfuerzo personal de sus socios, y éstos no lo regateaban. Alcanzamos, por lo tanto, aquellos tiempos en que, desprovistos de todas las comodidades que hoy disfrutaban los profesionales del fútbol,

teníamos que desvestirnos en míseros locales cercanos al campo vallado, para causar luego con nuestra ida al terreno de juego el asombro de las viejas timoratas, escandaliza con nuestra tenue de futbolistas.

Como una disidencia del Madrid F. C. se fundó el



Sotero Aranguren

Athletic-madrileño, con el carácter de sucursal del de Bilbao. Desde 1904 arranca la rivalidad, sostenida después año tras año por los dos más populares Clubs de la capital de España. A partir de 1912, esta vieja pugna toma su verdadero carácter de lucha entre Clubs madrileños.

Desligado el grupo de la corte del Athletic bilbaíno, adquiere personalidad propia, cada vez más acentuada. Confusos los datos que poseemos de los años 1912 y 1913, únicamente a partir de la temporada 1914-15 consignaremos el interesante historial, no publicado aún, de esta empeñada y en algunos momentos enconada rivalidad entre los Clubs Real Madrid y Athletic madrileño.

ENCUENTROS DE CAMPEONATO

1914-15	3 a 2	Vencedor, Madrid.
	1 a 1	Empate.
1915-16	2 a 0	Vencedor, Madrid.
	3 a 2	Vencedor, Madrid.
1916-17	3 a 2	Vencedor, Madrid.
	3 a 0	Vencedor, Madrid.
1917-18	4 a 1	Vencedor, Athletic.
	3 a 1	Vencedor, Madrid.
1918-19	2 a 0	Vencedor, Madrid.
	5 a 0	Vencedor, Madrid.
1919-20	3 a 1	Vencedor, Madrid.
	3 a 2	Vencedor, Athletic.
1920-21	2 a 0	Vencedor, Athletic.
	2 a 1	Vencedor, Athletic.



El monumento que perpetúa el recuerdo de los fallecidos jugadores del Madrid, Sotero Aranguren y Alberto Machimbarrena.



Luis Olaso (Foto Alvaro)



El equipo del Athletic que jugó la famosa final de Valencia contra el Barcelona en el campo de Mestalla.

1921-22	1 a 1	Empate.
	4 a 2	Vencedor, Madrid.
1922-23	2 a 1	Vencedor, Madrid.
	2 a 1	Vencedor, Athletic.
1923-24	2 a 1	Vencedor, Madrid.
	1 a 0	Vencedor, Madrid.
1924-25	1 a 1	Empate.
	1 a 1	Empate.
1925-26	2 a 0	Vencedor, Madrid.
	1 a 0	Vencedor, Madrid.
1926-27	1 a 0	Vencedor, Athletic.
	2 a 1	Vencedor, Madrid.
	1 a 1	Empate.
	2 a 1	Vencedor, Athletic.
Temporada	3 a 2	Vencedor, Madrid.
actual	2 a 1	Vencedor, Athletic.
	3 a 1	Vencedor, Athletic.
	1 a 0	Vencedor, Madrid.
	3 a 0	Vencedor, Madrid.

Total: Real Madrid: 19 victorias
Athletic: 9 victorias
5 Empates.

COPA ESPUÑES		
1915-16	4 a 1	Vencedor, Athletic.
	3 a 2	Vencedor, Athletic.
1916-17	1 a 0	Vencedor, Madrid.

COPA FEDERACIÓN CENTRO		
1922-23	6 a 2	Vencedor, Madrid.
AMISTOSOS		
1914-15	3 a 3	Empate.
1915-16	2 a 1	Vencedor, Madrid.
1916-17	2 a 1	Vencedor, Madrid.
1919-20	3 a 2	Vencedor, Madrid.
	1 a 1	Empate.
	9 a 2	Vencedor, Madrid.
	3 a 1	Vencedor, Athletic.
	2 a 2	Empate.
	3 a 2	Vencedor, Athletic.
	1 a 0	Vencedor, Athletic.

1923-24 (Homenaje a Arrate)	3 a 3	Empate.
1925-26 (Homenaje a Sicilia)	4 a 2	Vencedor, Madrid.
Total: Real Madrid:	5 victorias.	
Athletic:	3 victorias.	
	4 empates.	



El equipo del Madrid que jugó las semifinales en 1917 triunfando sobre el España F. C. Este equipo sufrió algunas variaciones en la final contra el Arenas, en la que no jugaron Castell, Laserna y Juan Petit, componiéndose el bando que logró el título de campeón de España de los jugadores De Miguel, Sansinenea, René Petit, Muguero, Sotero Aranguren, Eulogio Aranguren, Machimbarrena, Ricardo Alvarez, Erice, Múgica y Teus.



Juanito Monjardin (Foto Alvaro)

NÚMERO TOTAL

DE ENCUENTROS: 49.

Real Madrid: 26 victorias.

Athletic: 14 victorias.

9 empates.

El Madrid ha conseguido el título de campeón regional 16 veces, y el Athletic lo ha ostentado 3 temporadas. El Madrid ha sido campeón nacional los años 1905, 1906, 1907, 1908 y 1917, y finalista nueve veces. El Athletic ha llegado a la final del campeonato de España en dos ocasiones, sin lograr alcanzar el título de campeón.

* * *

Los nombres más representativos de los jugadores de la primera época del Madrid y el Athletic van consignados en los dos grabados que reproducimos en estas páginas. De la segunda época, el Madrid de 1917 representa su momento más brillante, y en ese equipo, Alberto Machimbarrena, Sotero Aranguren y René Petit, las figuras más destacadas. En el Athletic, Pagaza, el formidable extremo derecha, era su jugador sobresaliente y la obsesión del Club rival en todos los encuentros. Y llegamos a la tercera época, la actual, la de los amplios campos con terreno de hierba, la del profesionalismo declarado, con masajistas y entrenadores al cuidado de



Uno de los mejores equipos del Athletic de los primeros tiempos, integrado en el año 1911 por Arzuaga, Astorquia, Ruele, Belausteguigoitia, Mandiola, Allende, Smith, Iza, Arbaiza, Suazo, Iceta.

profesionalismo declarado, con miles de pesetas para los jugadores. Y siempre y en todo momento masas más o menos nutridas de aficionados, de partidistas del Madrid y el Athletic, que sostienen con el calor de sus discusiones y la vehemencia de sus actitudes en los campos de fútbol la antigua pugna año tras año renovada entre los viejos Clubs Madrid y Athletic.

* * *

Señalemos en estos últimos tiempos, en que el fútbol se impone como espectáculo capaz de atraer a miles de personas, dos momentos

los jugadores y miles de pesetas como remuneración al trabajo de los ases. En esta época, Luis Olaso en el Athletic, y Juanito Monjardín, en su calidad de *amateur*—aunque ahora circunstancialmente retirado—, en el Madrid, son los nombres que más han acaparado y acaparan la atención.

Mudanzas de los tiempos. De los campos sin vallar, duros y pedregosos, a los amplios estadios con capacidad para miles de espectadores y terrenos de mullida hierba. Del puro y desinteresado *amateurismo* al



El espléndido terreno de Chamartín, del que es propietario el Real Madrid.

culminantes de la vida de uno y otro Club. Dejemos a un lado la rivalidad regional, y recordemos las dos finales de mayor relieve en la historia de estas Sociedades.

Año 1927. El Real Madrid vence todos los obstáculos que se le presentan en su camino y llega a la final contra el Arenas. Ruda y competitiva lucha. Nunca mejor empleadas las palabras. Fué preciso que se jugaran dos encuentros. El primer día quedaron empatados a cero los equipos en el campo neutral del Deportivo

Español de Barcelona. Se jugó sin resultado una prolongación de treinta minutos. A las cuarenta y ocho horas se repetía la final. El Madrid finalizó la primera parte con un tanto en contra. Sus jugadores, durante el descanso, se juramentaron para alcanzar el triunfo, exigiendo a sus cuerpos el máximo de energías. Transcurría el partido, y el Arenas seguía delante en el tanteador con su 1 a 0. Reforzada su línea media y en franca defensiva todo el equipo, su meta era infranqueable... hasta que René Petit, en una espléndida jugada personal, consiguió el tanto del empate. Necesitó aún el encuentro cuatro prolongaciones de diez minutos para que el Madrid lograra el triunfo con un tanto marcado por Ricardo Álvarez al rematar un centro de Sotero Aranguren. De esta forma, después de tres horas y cincuenta minutos de agotadora porfía, el Madrid venció al Arenas en las finales de 1917.



El Madrid F. C., campeón de España en 1905

Barraondo	Alcalde	Yarza J.
Parages	Alonso	Giralt P.
Yarza M.	Normand	Giralt A.
Prast	Revuelto	

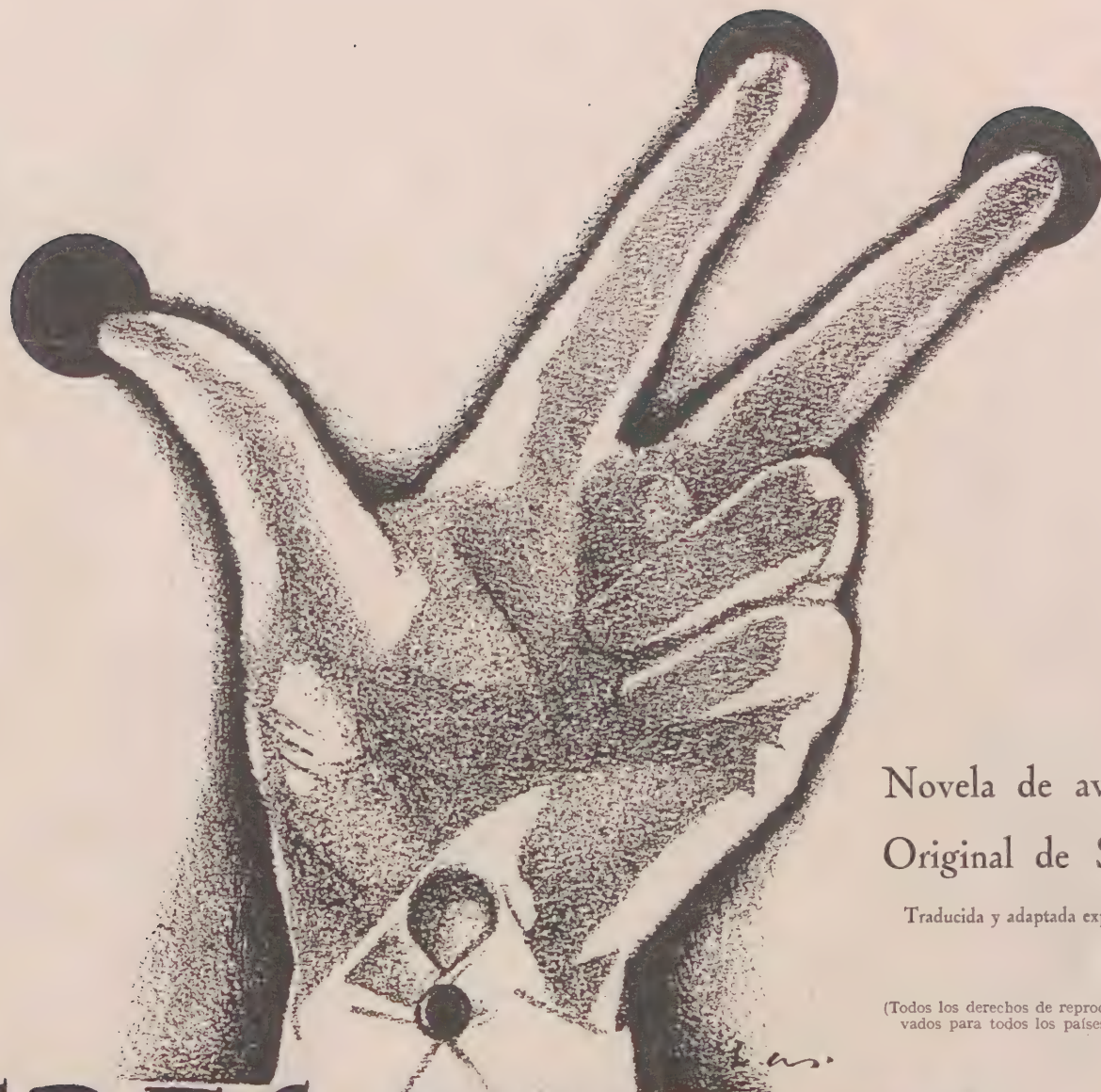
tesano realizó una magnífica actuación y fué preciso que se prolongara el tiempo reglamentario, siendo entonces vencido por un tanto afortunado, marcado por Alcántara. Esta final de Mestalla representa la página más brillante del historial del Athletic madrileño.

Y así, año tras año, siempre renovada la rivalidad Athletic-Madrid, tiene por escenario los amplios estadios repletos de vibrantes multitudes, en las que son legión fanáticos partidistas de uno y otro bando.

EDUARDO TEUS



El campo actual del Athletic madrileño, el magnífico Estadio Metropolitano.



Novela de aventuras

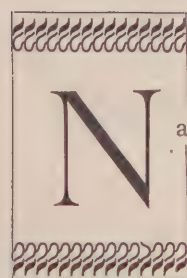
Original de SEE ADCOME,

Traducida y adaptada expresamente para COSMÓPOLIS

(Todos los derechos de reproducción, adaptación y traducción, reservados para todos los países.)

TRES PUNTOS ROJOS

Ilustraciones de FEDERICO RIBAS.



Nada todavía?

—Nada. Por lo menos, yo no he notado nada.

—¿Y Amadeo?

—Tampoco.

—Bien. Pues mucho cuidado, que la hora se acerca.

El mozo de comedor continuó su camino hacia el *office*, mientras el mayordomo—impenetrable el rostro enigmático, rígido el cuerpo, automático el andar—siguió en dirección al comedor, portando la esbelta jarra en que amarilleaba el turbio *cup*.

La estancia—amplia, elegante, severa—correspondía en todo al rancio aspecto antañón del secular palacio. Macizos muebles de caoba, espejeante vajilla de plata, talladas copas de cristal de Bohemia que coloreaban los vinos, tapices de los Gobelinos. Tras de los invitados, como muñecos, los criados de manos enguantadas, con sus libreas policromas, cruzados los pechos por dorados cordones.

Con el pretexto de llenar la copa, apenas mediada, del marqués, el mayordomo se inclinó sobre el prócer. Fué un bisbiseo imperceptible, que nadie pudo notar:

—¿Qué...?

—Todo tranquilo, señor marqués. Ni un solo síntoma para sospechar nada extraño.

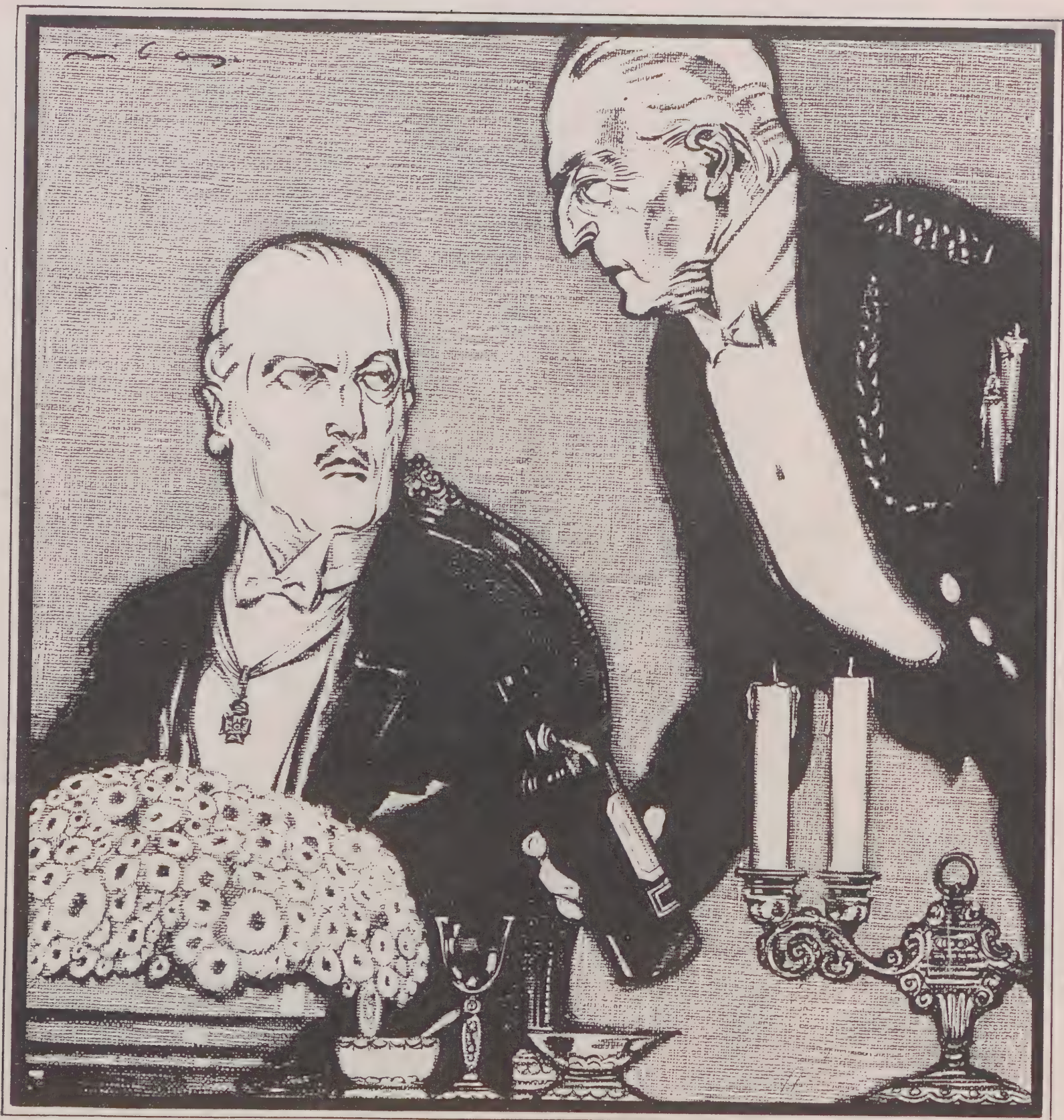
—Sin embargo, no descuidarse. ¡La hora se acerca!...

Irguióse, hierático, el fiel servidor. Y el marqués, sonriente, continuó atendiendo a sus invitados.

* * *

Eran éstos seis. De regreso de una expedición científica por el África del Sur el naturalista inglés Arthur Roadfer, había querido el marqués de los Almagávares obsequiarlo con una fiesta española en su palacio, precedida de una cena íntima; con los dueños de la casa y el invitado de honor se habían sentado a la mesa los duques del Valle y Soledad Hontoria, la joven y bella viuda de Horacio Gorván, que fuera en vida uno de los magnates de la alta banca americana. Luego, al festival—donde bailarían Aurora Rivero, la Venus gitana, y *el Niño de las Penas* y Moya cantarían y tocarían lo más puro del puro flamenco—y al baile se abriría un poco más la mano. Pero no mucho: apenas dos docenas de buenos amigos.

Gustaban poco los marqueses de la excesiva gente. Acogedores, simpáticos, apenas si habían traspuesto la treintena, y su juventud, su abolengo y su fortuna les permitían e impedían abrir con fre-



cuencia los salones del palacio a las amistades más íntimas. Fiestas fastuosas las suyas, célebres por su magnificencia y por las ricas toaletas que en ellas lucían las más bellas damas, contadísimas eran las personas que podían enorgullecerse de haberlas presenciado; y estas trabas, espoleando el deseo de grandes y chicos, daban caracteres de leyenda a sus reuniones y hacían que aristócratas y pueblo comentasen, ávidos, su solo anuncio y las rimbombantes reseñas que de ellas trazaba la pluma de *Esplandisto*; el veterano cronista de sociedad, único que a la casa tenía acceso.

Pero, en la ocasión presente, razones más que sobradas tenía Almogávares para extremar la restricción de invitaciones. Razones tales y tan poderosas que horas antes, aquella misma mañana, estuvo dispuesto a fingir una dolencia cualquiera, a pretextar una desgracia familiar, muerte o enfermedad grave de algún pariente lejano, para poder suspender cena y festival.

Si Trinidad Hernández, duquesa del Valle, no le hubiese dado la solución...

Almorzaban en el *golf* los dos matrimonios. Y como, reiteradamente, le observasen todos abstraído, lejano de cuanto le rodeaba, llegó un momento en que la curiosidad puso en fuga a la discreción.

—¿Quieres decirnos qué te ocurre, Bernardo?... Porque es indiscutible que te sucede algo—inquirió el duque del Valle.

Sin responder, el interpelado extrajo del bolsillo de la americana un sobre que tendió a su amigo. Había tal expresión de abatimiento en su semblante, temblando de tal forma su mano al entregárselo, que Ricardo Hernández se estremeció también, a pesar suyo. Su mujer y la de Bernardo—a su izquierda y derecha—avanzaron los bustos para mejor oírle, mientras anhelaban:

—Lee, lee...

Al centro del sobre—cuadrado, blanco, impenetrable—estaba la dirección, correctamente escrita a máquina. Dentro, un sobrio tarjetón en que, con el mismo tipo de letra, rezaba:

«Durante la cena del próximo lunes en honor del audaz explorador sir Arthur Roadfer, a las diez de la noche, desaparecerá el magnífico brillante que en las fiestas de los marqueses de los Almogávares ostenta siempre Soledad Hontoria.»

Y bajo las breves líneas, tres puntos rojos suscribían el aviso.

—¿Cuándo y cómo has recibido esto?—preguntó el del Valle, haciendo girar entre sus dedos la extraña misiva.

—Hace ocho días... Precisamente la última velada que pasasteis en casa vosotros. ¿Cómo?... No sé decírtelo. Al retirarnos a descansar, fui a coger un cigarrillo a la caja que tengo sobre la mesa del despacho. Dentro, y tal cual lo ves, estaba el anónimo...

—¿Por qué no me dijiste?—susurró la marquesa.

—¿Para qué alarmarte en vano, Enriqueta?...—

—En vano, no—corrigió su amigo—; estos audaces ladrones que firman sus avisos con los tres puntos rojos cumplen siempre lo prometido. Traen en jaque desde hace ocho meses a la policía española.

—Entonces, ¿qué hacer?... Conozco a Soledad. Adora lo extraño, las emociones fuertes, y por nada ni por nadie accederá a dejar de llevar su espléndida joya...

La pausa, larga y reflexiva, fué rota por Trinidad del Valle.

—¿Por qué no vais a verla esta tarde?... Explicadla lo que pasa y que se ponga el *doble*, la reproducción falsa del verdadero brillante. Corre la misma emoción melodramática y no arriesga medio millón de pesetas.

Cerca de dos horas de conversación les costó a Enriqueta y Bernardo convencer a la viuda de Gerván para que dejase el soberbio brillante oculto en el *secreto* de su tocador.

* * *

Y, sin embargo, aun conocedor de que lo que pendía del cuello de Soledad sólo era un grueso trozo de vidrio hábilmente tallado; sabiendo que el mayordomo y los mozos de comedor—no obstante ser antiguos y fieles servidores, de lealtad probada—habían sido sustituidos por expertos policías; no ignorando que el hotel se hallaba cercado por los más significados sabuesos de la *secreta*, Bernardo del Valle no podía apartar la vista del solemne péndulo del reloj, y una extraña opresión le ganaba a cada nuevo avance del minuterio.

Las diez menos cuarto... ¡Las diez menos diez!... ¡Las diez menos cinco!! Un sudor frío le bañaba la frente; bajo la almidonada pechera, el corazón acompasaba el latir al isócrono tic-tac del reloj. En su cerebro, en sus nervios, en su ser entero, una pregunta atormentadora:

—¿Por qué no he suspendido la cena?... ¿Por qué he hecho caso a Trinidad?...

* * *

Una... Dos... Tres...

Caían, lentas, las monótonas campanadas. Desde unos segundos an-



tes, todas las respiraciones se habían contenido, anhelosas. Los fingidos criados, el simulado mayordomo, estratégicamente repartidos, guardaban las dos amplias puertas de acceso al comedor, el balcón de recia balaustrada de mármol, abierto sobre el jardín; en pleno florecer primaveral; sus figuras habían perdido el forzado hieratismo, y alguna mano, en el fondo del bolsillo del pantalón, acariciaba la culata de un revólver.

Ajeno a todo, ignorante de lo que todos sabían, sólo Arthur Roadfer narraba, en correcto francés, cómo escapó en cierta ocasión de ser devorado por unos antropófagos, gracias a sus conocimientos médicos y a su botiquín de urgencia, que le permitieron curar de unas palúdicas al hijo, moribundo, del virrey.

Cuatro... Cinco... Seis...

Ya nadie escuchaba al valeroso explorador. Su relato, digno de la pluma de un Maine Rey o de un Salgari, se pierde en el silencio atormentador, hondo. Cada uno, atento al propio ritmo interior, tiene puesta el alma, las potencias todas, en el oído. Una carcoma que iniciara su obra destructora en aquel instante—largo y atormentador como una vida—detonaría igual que un pistoletazo.

Siete... Ocho... Nueve...

Va pasada la terrible amenaza. La confianza comienza a renacer débilmente. Todos la desean y ninguno se atreve a creer en ella, tal cual ocurre en la súbita mejoría de un moribundo querido. Y, sin embargo, debe de ser así. El lujo de precauciones adoptadas—toda la policía madrileña pendiente de esas diez campanadas; hasta los altos jefes escrutando la posible vibración de los timbres telefónicos en sus despachos oficiales—, la audacia de los ladrones motivándolas, habían de dar este resultado. ¿Cómo iban a poder llegar?... Se dibuja una sonrisa en todos los labios. Quizás la de Soledad Hontoria oculta un mohín de desilusión...

¡¡Y diez!!!!

Va a brotar de todos los labios un suspiro de liberación. Pero he aquí que, súbitamente, *se han apagado las luces del comedor*.

II

Hubo unos segundos de estupor. De un estupor violento, casi doloroso, que paralizó la voz y la acción y el cerebro. ¿Cuál era el enemigo?... ¿Dónde estaba?... Todos pensaron lo mismo, cuando pudieron pensar algo. Pero ni los agentes se atrevían a disparar sus revólveres, temerosos de herir a los comensales, ni éstos acertaban a saber qué actitud adoptar.

El rayo luminoso de una linterna rasgó la espesa sombra. Al mismo tiempo, cual si sólo esperase esa señal para retornar, la luz volvió a iluminar la escena; en pie ante sus sillas los aristócratas, en sus rostros pálidos el terror había impreso su huella. Sólo Roadfer permanecía impasible, cual si aquel accidente fuese la cosa más natural del mundo.

—¿Qué ha sido?—preguntó Almogávares.

—No puedo explicárselo, señor marqués—respondió el fingido mayordomo, apagando su lámpara eléctrica—. En todo el palacio ha sido idéntico el corte de luz...

—Una simple avería en la fábrica, a la que nuestros nervios, excitados, concedieron excesiva importancia—sonrió Soledad Hontoria. Y agregó—: Ya veis que el brillante aun pende de mi cuello.

Todos asintieron, realmente convencidos. Pero al retornar a su asiento y levantar la servilleta—que había dejado sobre la mesa—, la bella viuda apenas si pudo contener un grito: sobre la albura del mantel, bajo unas breves líneas escritas a máquina, destacaban, en un cuadrado tarjetón, tres puntos rojos.

* * *

Más decidido, fué Ricardo Hernández el primero en apoderarse de él. Terminada la ficción, libertados del suplicio del rígido disfraz, los policías se agruparon tras de los invitados. Con voz trémula, entrecortada, el duque del Valle leyó:

«Su legítimo brillante, señora, acaba de caer en nuestras manos. Concentrada la atención policial en el palacio de los Almogávares, su hotel, abandonado y falto de vigilancia, ha sido cómodo campo de operaciones. Suponemos que no se apenará demasiado: en fin de cuentas, le queda el *doble*, ese magnífico *doble* que tan celosamente ha sido vigilado.»

* * *

—¡Burlados, marqués, hemos sido miserablemente burlados!...

El bueno del inspector, las manos sepultadas en los bolsillos del pantalón, recorría a grandes trancos el despacho del marqués de los Almogávares. Había desaparecido su automatismo de mayordomo y era un violento contraste sus nerviosos ademanes y el uniforme severo que ostentaba. Sumido en una butaca, los codos sobre las rodillas, Bernardo observaba aquel ir y venir de fiera en celo.

—Y burlados—prosiguió—de una manera ridícula, pueril: ¡como se puede engañar a un niño!... Sabiendo que querían el brillante que se habían prometido hacerlo suyo, se lo hemos dejado libre, abandonado, al alcance de sus garras. Debimos ponerle vigilancia, depositarlo en un Banco cualquiera. ¡Pero hemos sido tan idiotas que mordimos en el anzuelo, acudimos al reclamo estúpidamente!...

Su excitación crecía por momentos. Era aquella la tercera vez que, en su larga carrera policiaca, se enfrentaba con los enigmáticos «Tres puntos rojos» y obtendría en ella el tercer fracaso de su vida activa. La justa fama de que gozaba entre sus compañeros, los cuantiosos premios obtenidos en España y América por el descubrimiento de los más intrincados problemas, le colocaban en situación privilegiada; sólo los asuntos grandes, aquellos en que no había pista posible, se le encomendaban, y por eso fué puesto ante «Tres puntos rojos» dos meses antes.

—Quien descubrió el paradero del greco desaparecido de la pinacoteca de los barones de la Roca y los restos de aquella anciana usurera de la calle del Salitre, nos daría la clave de este problema—había manifestado a los periodistas un alto jefe, al dar la noticia de su nombramiento.

Una vez más el aura de la popularidad. Entreviús, retratos, artículos a él consagrados, los más cálidos elogios y mejores esperanzas, rodaron en su honor por diarios y revistas durante varios días. Pero, cual si quisieran cortar la apoteosis; una hazaña de «Tres puntos rojos» vino a requerir las columnas íntegras de los periódicos: a la hora en punto anunciada—¡siempre el aviso, el reto previo!—, sin que nadie pudiese impedirlo ni supiera cómo se realizó la sustracción, desaparecía de la biblioteca del académico Salinas un ejemplar valiosísimo, un incunable cuya única pareja tenía asegurada en un millón de libras la Universidad de Oxford; y dos semanas después, en idénticas condiciones, del camarino de Luisita Riquer, la *estrella* de moda, eran robadas tres perlas negras, soberbio regalo de un fabuloso rajá.

Las cañas se tornaron lanzas. En artículos y caricaturas se comentaba el fracaso del *as* del detectivismo; el ridículo le acechaba, se cernía sobre su cabeza. Emilio Roldán se irritaba contra su maldita imprevisión, contra la nueva derrota, previendo cómo, a la divulgación del suceso, arreciarían los embates, las diatribas.

* * *

Trinidad Hernández—arreboladas las mejillas, cárdenos los profundos surcos de las ojeras—penetró en el despacho. Antes de que Bernardo pudiese preguntarla, se adelantó a tranquilizarle:

—¡Cálmate!... No la ha ocurrido nada. Los nervios, el disgusto,

sobrecogiéndola en plena cena... Pero ya se ha recobrado, gracias a los consejos de Roadfer, que hemos seguido minuciosamente. Sobre todo, Soledad. ¡Es una enfermera admirable y posee un temple maravilloso!... Después de decir, cuando Ricardo concluyó la lectura: «Lo siento... Fué el primer regalo de Horacio», no ha vuelto a ocuparse del robo y sólo se ha consagrado a atender a Enriqueta. ¡Cuando la que todos creíamos que se desmayaría era ella!

Y, volviéndose a Roldán, le interrogó:

—¿Qué?... ¿Se sabe algo?...

El inspector contuvo, a costa de un violento esfuerzo, sus iras y aun tuvo la heroicidad de intentar una sonrisa:

—¡En absoluto, duquesa!... En el hotel de la señora viuda de Gorván no había más que la servidumbre, reunida íntegramente en la cocina, a la hora en que se supone acaeció el suceso. La inspección ocular que he realizado no deja lugar a dudas: el ladrón saltó por una ventana abierta del primer piso, y, una vez en el *boudoir*, abrió con ganzúa el tocador y luego el *secreto*, que le era conocido. De regreso, siguió el mismo camino.

—Dice usted—insistió Trinidad—que conocía el *secreto*... Pero ése sólo lo conocemos las personas de su más estricta intimidad...

—Precisamente, duquesa, *eso es lo que más me preocupa de este asunto*.

* * *

Del brazo del duque del Valle, sonriente, tranquila, Soledad Hontoria se unió a los conversadores.

—Sir Arthur nos ha rogado que le despidiéramos de vosotros... Enriqueta duerme tranquila, y él no ha querido importunaros.

—Ni nosotros tampoco, y también nos vamos—concluyó Rafael—. Pero antes queríamos saber noticias del *divo* de nuestra policía.

—Sin ironías, duque; se lo ruego—interrumpió éste.

—Hablabas en serio.

—Perdón, entonces. Creo tan firmemente que las merezco todas, que no me extraña ninguna. Sin embargo, espero que pronto me devuelvan mi fama. Yo les empeño formalmente mi palabra de honor de que he de resolver este misterio.

Bruscamente—¿tal vez porque vió una sonrisa irónica en los labios del duque?—les volvió la espalda. Mientras los aristócratas se despedían, aprovechó un instante para inquirir aparte de la viuda de Gorván:

—¿Hay alguien más que sepa que no traía usted esta noche el verdadero brillante?

—Nadie; ni siquiera mi doncella... Sólo los que hemos cenado aquí esta noche.

Emilio Roldán acentuó el pliegue perpendicular de su frente. Tan abstraído estaba, que no estrechó la mano que Soledad Hontoria le tendía.

* * *

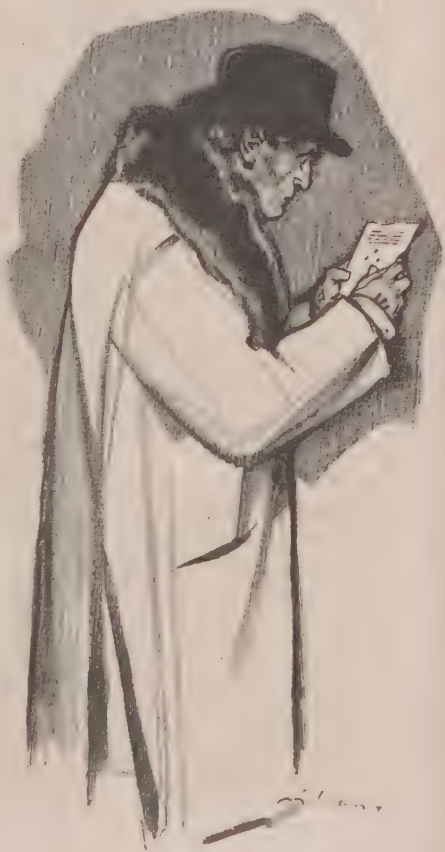
Un criado—un verdadero criado—le ayudó a embutirse en su abrigo. Apuntaban, lejanos, los primeros resplandores del día, y una luz rosada recortaba los perfiles de los tejados ciudadanos. La brisa sutil de la madrugada obligó a Roldán a sumergir las manos en los bolsillos del gabán. En uno de ellos notó algo extraño, *algo que él no había guardado*.

Nervioso, lo extrajo y rasgó el sobre. Apagados los faroles, tuvo que requerir el auxilio de su linterna para leer en la fina cartulina del tarjetón:

«¿Para qué anuncias tu insistencia en este asunto?... ¿No te basta con tres fracasos?...»

Subrayando las irónicas preguntas, tres puntos rojos semejaban otras tantas sonoras carcajadas.

(Continuad en el próximo número).





CONCESIONARIO EXCLUSIVO

TRUST MECANOGRAFICO (S. A.)

Avenida Conde Peñalver, 16-MADRID

Teléfono 16.010.-Apartado 349

Dirección telegráfica y telefónica: TRUMEGRAF

BARCELONA, Rambla de Cataluña, 13	BILBAO, Gran Vía, número 14	BADAJOS, Ecl egara, número 11	CORUNA, calle Real, número 48
GIJÓN, San Antonio, 23 y 25	MALAGA, Duque de la Victoria, 3	VALLADOLID, Macías Picavea, 23	ZARAGOZA, Don Jaime I, núm. 42
SEVILLA, calle de la Rioja, 4	VALENCIA, calle de la Paz, núm. 17	LUGO, calle de San Pedro, núm. 10.	LEON, calle de Ordoño II, núm. 33

SUCUR-
SALES:

NIKOLA

*el papel de fumar que merece su preferencia
ofrece*

4

*presentaciones, para que usted elija la de su
agrado, en*

1

SOLA CALIDAD INSUPERABLE



Del Mundo de la danza

UN CUARTO DE HORA DE CONVERSACIÓN

CON
Doris Niles



SIEMPRE que me dispongo a entrevistarme con una gran bailarina, con una «estrella» mundial de la danza, sobre la que la popularidad derramó sus dones, mi experiencia de reportero me hace estremecer ante el temor de encontrarme con una doncellita clorótica, afectada, en los puros huesos, o—¡y esto es lo más lamentable!—con una voluminosa matrona, de edad discutible y siempre

superior al medio siglo, que alardea de una ingenuidad tan infantil como deplorable. Por eso, cuando por una de esas casualidades raras que ocurren en la vida, la «estrella» es joven y guapa, y graciosa y simpática y elegante, mi alegría no tiene límites.

Contempla, lector, estas fotografías y—conocidos los antecedentes—imagínate mi regocijo al estrechar la mano de Doris Niles, que me había concedido quince minutos de conversación para COSMÓPOLIS.

—Tengo mucho gusto en saludarle—me dijo la admirable bailarina y bellísima mujer, en un correcto español, con cadenciosos dejos de acento andaluz.

—El gusto es todo de mi parte, señorita—repuse, echando mano del mejor anglo-Berlitz-español que poseo, y sudando desesperadamente.

—Si le parece seguiremos hablando en inglés, ¿verdad?—propuso ella, desesperando, sin duda, de mi lamentable español.

—Como guste—concedí, magnánimo y más tranquilo.

Nos hundimos en dos cómodos sillones del amplio salón, y, sin esperar mis preguntas, continuó Doris, rápida:

—Creo que debo empezar por el principio: Yo nací en California, de padres americanos. En el colegio, la mayor parte de mis compañeras eran muchachas que hablaban español, y fui creciendo en un

DECEPCIÓN GRATA. — LA INFANCIA

DE UNA "ESTRELLA" QUE CASI NO

HA SALIDO DE ELLA. — TODAS LAS

DANZAS CON PROFESORES AUTÉN-

TICOS. — ¡ESPAÑA!... ¡SEVILLA!... —

"EL PUEBLO ESPAÑOL ES EL MÁS

HOSPITALARIO DEL MUNDO."

ambiente de vida hispánica. Pronto, muy pronto supe lo que era llorar, gritar, pedir, hacer rabiar, reñir y excusarse ante mis profesoras en la rica lengua de Cervantes. A los ocho años me consagré seriamente al estudio del baile, tomando al mismo tiempo lecciones de violín y de piano. Estas últimas materias sólo recibían de mi parte una atención relativa; pero la manía de la danza obtenía las más ricas vitaminas que yo podía ofrecerle. De ahí que las cuerdas de mi violín llegaran a saltar y el piano acabase por permanecer mudo, mientras que eran crecientes mis progresos en la danza. Cuando aun no había cumplido diez años...

—¡Compasión para mí!— suplico, abrumado por la lluvia de datos—. Más despacio, señorita, que no me es posible seguirla...

—¡Ah, amigo mío! Yo conozco bien el «Manual de la perfecta entrevistada». A mí no hay que preguntarme. De modo que oído atento y lápiz rápido, que continúo.

—¡Seal...

—Cuando aun no había cumplido diez años, desengañada del amor, me uní a la compañía Morgan, dirigida por Marion Morgan, compañía famosa por la interpretación de las danzas griegas. En este ramo, mi instrucción me daba, no solamente una educación de primer orden en la estética del arte, sino que me servía de base para lo fundamental en la expresión plástica. Todo esto me sirvió de mucho cuando, después de temblar por muchos meses, desnuda como modelo de un artista, volví a las formas de baile más modernas y vestí de nuevo mis ropas. Era entonces diciembre.

—¿No considera usted la ropa como un estorbo para la expresión artística perfecta?—me aventuré a decir.

—De ninguna manera. A mí la ropa no me estorba más que en los meses de julio y agosto, en que constituye un verdadero tormento. Por lo demás, creo que los trajes son lo más elocuente en el mundo. Lo expresan todo: alegría, lujo, gracia, esplendor, belleza, pobreza, desesperación, esperanza, ignorancia, buen gusto, malo. Yo sueño con los trajes y creo que podría hacer

más con unos simples retales que otras con un surtido guardarropa firmado por los ases de la costurería. Después de estar un año en la compañía Morgan, vine a Nueva York con mi hermana Cornelia (que padece, como yo, la enfermedad de la danza) y con mi madre. Ambas son todavía mis inseparables compañeras. Casi inmediatamente acepté un contrato en el Capitol, el teatro más grande del mundo. Tenía entonces catorce años.

—¿Y continúa usted desengañada del amor?

—Sí, porque estaba desesperadamente enamorada de mi trabajo. En poco tiempo me elevaron al rango de primera bailarina, continuando en ese puesto por espacio de siete años. Durante ese período tuve el privilegio de trabajar con Michel Fokine, Roshanara, Aurora Arriaza, Hichic Ito y otros muchos. También me entrené en el sistema Checetti, o sea la Escuela Francesa de Baile, y continué mis estudios de las danzas de los diversos países con maestros indígenas de Rusia, España, India y Japón. Quise practicar hasta el *tomahawk* y el *scalp*, estudiando con Big Chief Dan Eagle, de la tribu Iriquee, de indios americanos. Después anduve buscando un natural del continente negro que quisiera enseñarme el *hoola-hoola*; pero ni por dinero ni por afición conseguí encontrar a mi caníbal. Dejé el Capitolio para ir a pasar unas breves vacaciones en Europa, durante el año último. ¡Qué días más deliciosos!...

Sin intentarlo, dí en Sevilla y en París algunas representaciones, a petición, y cuando volví a los Estados Unidos me animaron para trabajar aislada, por mi propia cuenta. Dí tres en la Sala Carnegie, todas con mucho éxito. Tan favorables, en verdad, fueron todos los comentarios de la Prensa y el público, que me decidí a hacer una *tourné*. Entrené a algunas jóvenes, que prometían

mucho, por tener gran talento, y formé una compañía, repitiéndose los triunfos de Nueva York en otros sitios. A mi vuelta actué en Carnegie. Usted me ha visto bailar allí; así ya sabe la acogida tan cordial que me han dispensado.



—Sí; he visto a usted bailar en tres ocasiones diferentes. Su interpretación de las danzas francesas me encantó; me emocionó la de las rusas, y me fascinaron sus danzas indias; pero las españolas llegaron a intrigarme...

—El tipo español es mi tipo favorito; el español y el oriental. Los adoro. Son más expresivos, a mi parecer; los más ardientes, los más exuberantes y los que más color tienen, para hablar en el mismo lenguaje de usted. En España es donde he encontrado mi más entusiasta recibimiento, porque es el verdadero país de la danza. Por eso tiene toda mi simpatía y todo mi amor el país del rey Alfonso, y por eso es por lo que siempre me ha parecido ser mi pueblo ese pue-

blo. Pronto iré a Madrid; pero no a bailar en público, sino a gozar de nuevo de la hospitalidad de los muchos amigos que allí tengo. El pueblo español es el más hospitalario del mundo. Cuando escriba no olvide usted enviarle mi amor entero. Sea

para ellos un embajador de lo que mi alma siente.

—Con alegría, con orgullo de serlo—exclamé, levantándome, porque ya había pasado el cuarto de hora concedido—. Ninguna misión podía complacerme más. Encantado con nuestra entrevista. Considéreme siempre como otro de sus ya innumerables admiradores, se lo ruego. Beso su mano.

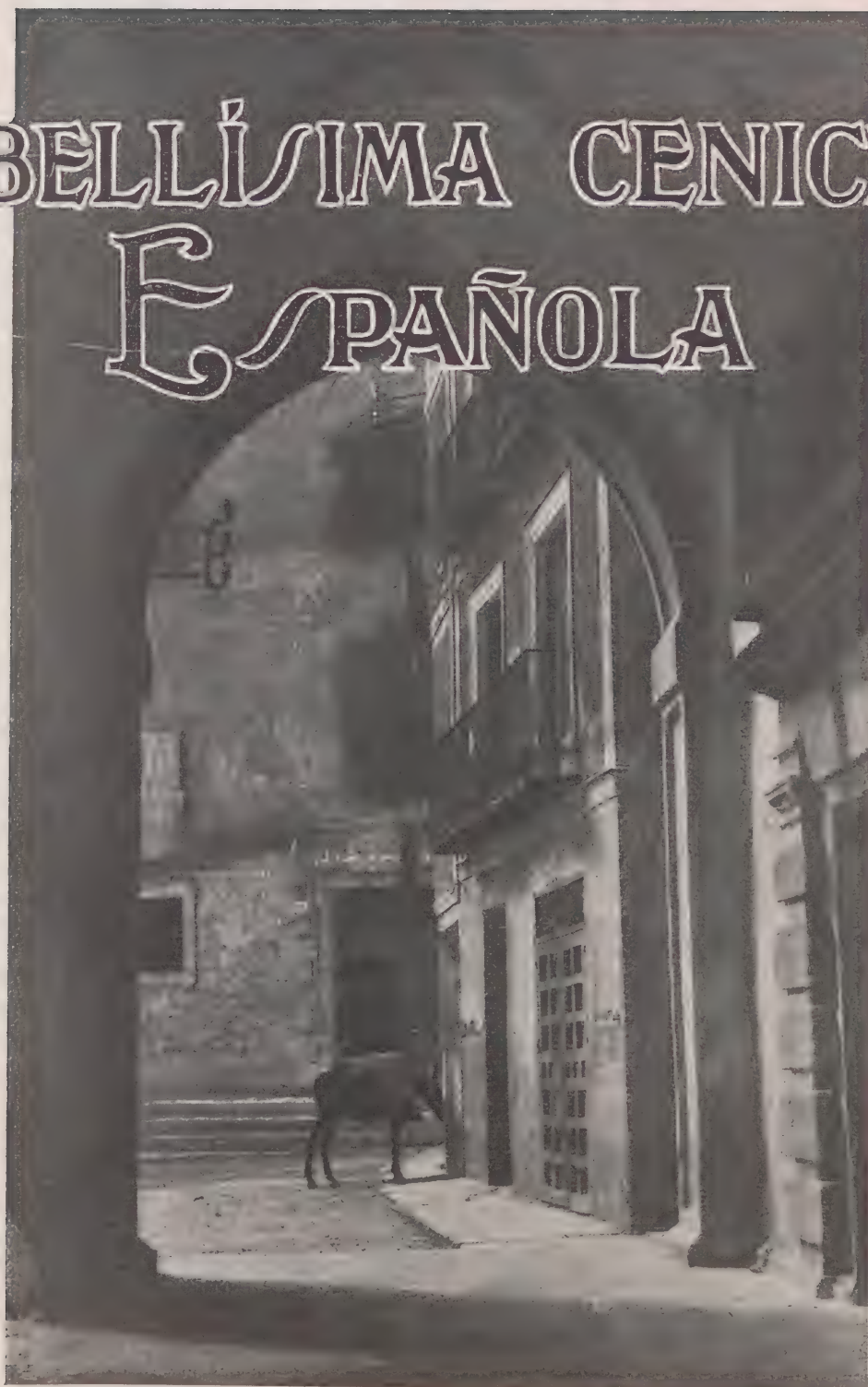
—La extendió formalmente. Y después de besarla, a la moda española, salí.

G. D.

Nueva York,
marzo 1928.



LA BELLÍSIMA CENICIENTA ESPAÑOLA



Introito

N

o es que la odien ni que la desprecien sus hermanas, como a la heroína del cuento infantil; es que la desconocen.

Hablad en cualquier lugar de España de las insuperables bellezas panorámicas de esta región, de la fuerza evocadora de esta vieja ciudad romántica, y, unas veces irónica, otras veces sincera, la misma interrogación, acompañada de una sonrisa escéptica, florecerá en los labios de vuestro colacutor:

—¿Pero existe realmente Cuenca?

¡Ya lo creo que existe! Mil ciento cincuenta años, a lo menos, de existencia fecunda en acontecimientos históricos; mil ciento cincuenta años de maravillosa belleza no renovada, pero sí creciente; mil ciento cincuenta años de vida austera y laboriosa, dan a Cuenca derecho para que los Gobiernos de España y los ciudadanos de España sepan de ella algo más de lo que se dice como chiste fácil en artículos humorísticos y obras cómicas.

La bellísima cenicienta española no supo nunca promover y ex-



Tipos serranos

plotar en su provecho algaradas regionalistas, ni hizo objeto de tráfico y granjería de sus maravillas arquitectónicas y de paisajes, ni abrumó a los hombres del antiguo ni del moderno régimen con peticiones de mercedes ni privilegios. No hizo otra cosa Cuenca que vivir trabajando resignadamente, silenciosamente, con un silencio digno y un poco triste... y esperar.

Por esta actitud suya, siendo Cuenca la tercera o cuarta provincia española en orden de extensión territorial, no tiene más que un ramal de ferrocarril que une la capital con Madrid (unos 70 kilómetros de línea férrea en toda la provincia) y queda incomunicada con el resto de España, dándose el caso absurdo de que para comunicarse con Albacete, provincia limítrofe, se tarda yendo en ferrocarril (por la vuelta tremenda que ha de dar) tanto como se tardaría decidiéndose a hacer el recorrido a pie por carretera.

Pero no importa. Un día, ¡quién sabe si está próximo!, ha de llegar el príncipe que se enamora de la Cenicienta, la pobre Cenicienta tan humilde, pero ¡tan hermosa!, tan excepcional y maravillosamente hecha por Dios, que será la única que pueda calzarse el diminuto zapatito de cristal que el príncipe encontrara abandonado en el baile...

Herejías

Sobre el abismo abierto entre las rocas por el Huecar se alzaba, uniendo la ciudad con el convento de dominicos de San Pablo, un gigante de piedra.

El antiguo convento de San Pablo, mandado construir por el prebendado-conquense Juan del Pozo, ya no existe. Cayeron unas piedras de uno de sus cinco arcos, y la previsión de las autoridades encontró más sencillo que atender a su reparación hacerlo volar con dinamita.

Hoy ha sido sustituido por un viaducto de hierro, semejante al de Madrid, aunque de mayor elevación, obra admirable de ingeniería, pero...

¡Aquella gentilísima construcción de piedra, llena de atrevimiento y viril bizarría...!

También ha desaparecido ya casi en su totalidad el Alcázar. Con ello se ha perdido, además, la belleza de la torre de Mangana, recién restaurada (!), que, falta del apoyo del palacio de que era complemento precioso, queda en medio de un cerro, desairada y francamente fea, con sus ladrillos rojos que la dan el aspecto de un anacrónico y arbitrario sorbete de fresa señoreándose de la ciudad.

El poeta. «In memoriam»

Cuenca tuvo un poeta, y el autor de estas líneas, que es un poco poeta también, quiere dedicar aquí un piadoso recuerdo a su memoria.

Sinforiano Martínez Escribano, como todos los hombres dedicados a la frivolidad y a la bagatela de rimar consonantes en vez de dedicarse a más transcendentales especulaciones, era un tantico absurdo. Era bueno, inteligente, generoso... ¿Les parece a ustedes poco atesorar todos estos defectos, para ser tachado de absurdo en esta época *romántica y sentimental*?

Martínez Escribano, que escribía muy bellos versos y tenía una inquietud espiritual que hacía de él un inadaptable, en este ambiente lleno de limitaciones y de cálculo, había necesariamente de fracasar, y fracasó.

Le tildaban de loco, le cercaban, le forzaban a que encarrilara su dinamismo tumultuoso, los latidos cordiales de su corazón, la exuberancia magnífica de su pensamiento, en unos carrilitos muy estrechos. Todo el mundo andaba empeñado en castrar su vi-



Antiguo puente de San Pablo, sobre el río Huecar

rilidad de artista, en trocar la imprevisión, la graciosa arbitrariedad de su vivir en un vivir metódico, cronométrico. Todo el mundo, obstinado en que el poeta viviera con la isócrona monotonía de un guardaagujas. Martínez Escribano luchó, defendiéndose bravamente; pero pudieron con él. No tenía el cinismo y la audacia necesarios para triunfar en el mefítico ambiente literario de Madrid. No tenía la entereza bastante para resistir el asedio de que le hacía víctima la moral burguesa. No podía triunfar; pero fracasado no podía vivir.

Martínez Escribano, el buen poeta, andaba ahilado y triste, paseando su melancolía por las melancólicas calles de su vieja ciudad, y un día se asomó al puente de San Pablo. En el fondo del abismo, el Huecar cantaba su triste canción de prisionero de las rocas... El poeta escuchaba alucinado, y súbito abrió los brazos y se arrojó al espacio, gritando:

—¡Voy, hermano, voy!

Voltijó trágicamente el humano pelele, y en las rocas que marginan el Huecar se estrellaron un gran cerebro y un gran corazón.

La prensa dió una noticia escueta del suicidio. Un suceso vulgar.

Yo quiero cumplir aquí con lo que estimo un deber de amistad y de conciencia, recordando al notable escritor y leal amigo que fué Martínez Escribano.

¿No habrá quien estime también de su deber recoger algo de la obra dispersa del poeta, bien digna de atención, evitando así que su nombre se entierre injusta y definitivamente en el olvido?

Paz. Las esposas de Cristo.

Hay en Cuenca numerosos conventos de monjas. Claro que también los hay de frailes, como hay, además de estas casas de religión y de la soberbia catedral, diversos templos muy interesantes; y es que Cuenca, asentada en lugar elevado que la aproxima al cielo y cimentada sobre la roca viva, es como un símbolo de la fe cristiana, lugar propicio al florecimiento de toda suerte de místicas manifestaciones.

Pero, sobre todo, los conventos de monjas, con su aire recatado y humildico, tienen para el poeta una extraordinaria sugestión. Este silencio suave, esta fragante intimidad en que se amustian los lirios blancos que son las dulces esposas del dulce Nazareno de la Cruz...

He aquí un interior del convento de Benedictinas, o Benitas, como vulgarmente se las conoce en Cuenca.

Todo es en él de un austero candor. En el lienzo blanco, blanco, de la pared desnuda, solamente un pequeño reloj de cuco pone una nota de graciosa ingenuidad. Sentada junto a la ventana, por la que entra a raudales la luz y la fragancia del cuidado jardín conventual, las manos de la monjita (blancas, breves, ingravidas, con levedad de flor, de pluma o verso, con blancura luminosa de estrella) van tejiendo en el bastidor la maravilla de un bordado.

¡Paz, blancura...!

¡Ay! ¡Cómo se acuerda el hombre aquí de que fué niño, y cómo siente deseos de llorar por su infantil pureza, hecha jirones!

**Los rojos pajarillos que cantan
las alabanzas al Señor.**

Bajaron los infantes de coro, después de haber cumplido su misión, y parece como si, por divino milagro, las pétreas gradas de la Catedral se hubieran florecido de amapolas.

Nadie mejor que estos niños de las sotanillas y los bonetes rojos para entonar las alabanzas al Señor.

Ninguna voz mejor que estas atipladas voces infantiles para llegar dulcemente a los divinos oídos de Aquel que tanto amó a los niños.

Peregrinación romántica.

Si vas a Cuenca, lector, y quieres vivir unas horas ilusionadas, en épocas distantes de la nuestra por obra de los si-

glos, emprende, ya de noche, una excursión a través de la ciudad vieja por las calles del Clavel, del Colegio, bajada del Río, cuesta de las Angustias, hasta el poético humilladero... para bajo los arcos de la plaza de San Pedro, donde está el Consistorio... mira cómo las famosas «casas colgadas» se asoman en sus peñas sobre el río para escuchar el madrigal del agua... ¡Emprende esta peregrinación romántica, lector, que es como un baño de lirismo que le va bien al alma!

Coda

No está de más tomar de cuando en cuando un baño espiritual. No va a ser menos el alma que los pies.

JOSÉ SIMÓN VALDIVIELSO



Un grupo de pequeños seminaristas

(Fotos Zamoña)

Don ARMANDO PALACIO VALDÉS



QUIENES hablan ahora de festejar adecuadamente las bodas de oro con las Letras de don Armando Palacio Valdés establecen, por lo visto, como punto de referencia la publicación, en 1878, del libro primogénito:

Los oradores del Ateneo. Pero el escritor, en realidad, había aparecido mucho antes, en 1869, suscribiendo algún artículo en humilde periodiquito del país natal: *El Eco de Avilés*. Así como el novelista no nace hasta 1881, con *El señorito Octavio*. Pero de todas formas, utilícese un cómputo u otro, celébrese o no en 1928 el jubileo de Palacio Valdés, lo cierto es que nadie puede disputar al famoso novelista el Patriarcado de nuestras Letras. Para alcanzar esta suprema categoría, sometida naturalmente a la jurisdicción del tiempo, es menester que concurran la excelencia de una obra y la ancianidad de su autor. Pues bien: Palacio Valdés, escritor de pura raza, impermeable por entero a cualquier penetración que desvirtuase su vocación literaria y su ejercicio continuo, es el superviviente único de una época ya sumergida en el tiempo. Sólo él flota sobre las ondas que guardan memorias en descomposición de tanto y tanto contemporáneo suyo. El género mismo a que don Armando, leal al figurín vigente entonces, adscribió su gusto está hundido y olvidado, mientras no le saquen a flote nuevas y caprichosas corrientes. Hoy por hoy, la novela de costumbres no rige... Palacio Valdés ha presenciado el auge y la decadencia de aquellas narraciones sencillas, amenas, que tanto deleitaron al culto como al iletrado, al hombre curtido como a la hija de familia, por la hábil mezcla de malicias e inocencias, y la discreta ponderación de los más varios elementos. El subtítulo precisamente de *El señorito Octavio* da la divisa a ese modo de hacer novelas, tan gustado por las generaciones españolas que cierran el siglo XIX: «novela sin pensamiento trascendental». Dad a una narración intenciones de otra índole, y el público se dividirá, según ley natural de atracciones y repulsiones. Pero mientras el novelista se limite a contar sucesos sin designio ulterior, las gentes se producirán con cierta unanimidad. Desde este punto de vista, cabe decir que Galdós, Valera o Alarcón tuvieron un público nacional e indistinto, aunque existiesen preferencias. Los novelistas del día, por el contrario, son excluyentes entre sí: Valle-Inclán y Ricardo León, por ejemplo, pertenecen a mundos totalmente incomunicados. La parcelación del gusto es cierta como fenómeno curioso de nuestro mercado intelectual, distribuido hoy como no lo estuviera jamás. Pero estas consideracio-

nes nos llevarían lejos, sin ventaja de momento. Ello es que Palacio Valdés ha sobrevivido al ir y venir de muchas promociones literarias; que ha sido leído por ojos de la más diversa condición, y que su obra se incorpora al Museo de la Novela española con un fuerte sello de época.

* * *

La época de Palacio Valdés desgranó sus años bajo el signo del naturalismo. Dada la tradición hispánica, nuestros escritores no necesitaban del patrón francés para dar toda su importancia a la observación y a la experiencia, eliminando remilgos y curándose de toda suerte de espantos. En el país de la Novela picaresca, las fealdades alumbradas por Zola al plano de la Literatura no podían sonar a cosa nueva. Quién más, quién menos, y a pesar de la reacción idealista que determinó el romanticismo, los prosistas de nuestra lengua venían siendo naturalistas; claro está que a su modo peculiar. Naturalismo el nuestro de escasa motivación científica, lastrado de amor a lo miserable y doloroso, limpio de malsanas voluptuosidades. Pero es verdad que Palacio Valdés participó no tanto como otros de este culto literario a la «madre Naturaleza», con todas sus ventajas y sus inconvenientes. Dijérase que su temperamento personal le preservaba de la fiebre de moda, mediante secreciones internas de piedad e ironía. Al cabo, su antepasado literario de más peso hay que buscarlo por otro camino y bajo otros cielos. Lo encontraremos más allá de España y de Francia, en Carlos Dickens. La sonrisa humana de este padre de tantos niños la reconocemos en las novelas, amables y bondadosas, de Palacio Valdés. No importa que a veces sus personajes tuerzan el ceño y aun se exasperen y hasta adopten actitud de impresionante melodrama. Una latente fuerza humana, revelándose de improviso, establecerá generosamente el equilibrio y animará de nuevo los semblantes con la expresión que cumple a almas cristianas, dueñas del resorte vital que asegura el buen juego de obligaciones y sacrificios. Después de todo, la naturaleza gusta de sorpresas análogas: cierra el horizonte y lo carga de negruras para hacernos más gustosos, después de la tormenta, el azul del cielo y la serenidad de la atmósfera. Conste, sí, que nuestro don Armando no triunfa tanto en las grandes descargas de la pasión, en los terribles desates del espíritu, como en el medio tono sentimental. Es el novelista de los días claros y tranquilos, de las

ideas y afectos en reposo... Cualquier lector que haya frecuentado las novelas de Palacio Valdés guardará de seguro mucho más grato recuerdo de *La hermana San Sulpicio* que de *El Maestrante*, ceñudo y hostil. No desconoce el autor las tempestades del alma y de la vida, del corazón y del mar. Pero la pluma da con los puntos vivos de la emoción cuando sondea mundos encalmados. El humorismo suele ser un excelente sedante.

* * *

Don Armando Palacios Valdés es—¿quién no lo sabe?—asturiano de sangre y cuna. Nació en Entralgo, «la aldea perdida» del libro famoso. Se formó y desarrolló en Avilés—«Nieva», en *Marta y María*—y en Oviedo—«Lancia», en *El Maestrante*—. De suerte que el medio geográfico de nuestro novelista gravita sobre sus producciones, frecuentemente empapadas de *orbayo*. Aire húmedo, luz tímida, verdes prados, quiebras profundas, manzanos y cerezos, mar de acero... El escenario de la gran Asturias da fondo a las intrigas en que se debaten los personajes de Palacios Valdés, asturianos del campo, la ciudad o la costa: gentes de mar adentro o piedras arriba. Y adviértase algo curioso: del gran cuadrilátero que viene a ser España, ningún lado ha merecido tanta atención de los novelistas como el que corre al hilo del Cantábrico. Verdad que Andalucía ha impulsado cuentos y novelas (menos Levante, y apenas cosa alguna la raya de Portugal). Pero el Norte es como el Paraíso de los narradores. La condesa de Pardo Bazán, Leopoldo Alas, Pérez Galdós, Pereda—por no llegar hasta Unamuno y Baroja—han fundado ciudades y han creado vecindarios, con rara profusión. «Marineda», «Vetusta» y «Ficobriga» dan cuerpo a la geografía novelística de allá. Palacio Valdés también ha poblado su mundillo local, y las figuraciones que salieron de la experta mano han viajado de Norte a Sur, de Este a Oeste, al favor de la corriente pura y simple de un lenguaje transparente, propicio como pocos a la exportación, ya que la sencillez de factura y de vocabulario facilita sobremanera las versiones a cualquier idioma. Palacio Valdés ha sido muy traducido, porque—perdónenos Perogrullo la suplantación—ha podido serlo. De tener su estilo cualidades distintas y superiores a la llaneza y a la claridad, no habría conocido los trasiegos al francés, al inglés, al alemán, al danés y al checo... La circunstancia misma del escenario a que acabamos de aludir contribuye asimismo a explicar la difusión de las novelas de Palacio Valdés. Leyéndolas, se conoce a España. Y sabido es que España seduce y tienta a los hombres de todas las latitudes. No sólo Asturias: Valencia, Andalucía, Madrid mismo, aparecen puntualmente evocados en estos álbumes de estampas españolas que Palacio Valdés compone, amorosa y suavemente, más cercano a la técnica de la acuarela que del aguafuerte. Paisajista de limpia mirada, se complace en diseñar figuritas que animan el trozo de Naturaleza acotado por su pincel. No añade ni mezcla: copia. Mas para copiar prefiere un punto de vista que le permite dominar el mejor aspecto de las cosas: allá donde se nos muestran rosadas y ligeras.

* * *

Aunque don Armando Palacio Valdés comenzó cultivando la crítica literaria, su destino sólo se realizó cuando se desposó para siempre con la novela. Cuatro libros testimonian su afición por el género a que tal vez le empujase su amistad con *Clarín*: *Los oradores del Ateneo*, *Los novelistas españoles*, *Nuevo viaje al Parnaso* y *La literatura de 1881*; los cuatro, aparecidos en breve lapso de tiempo. Pero años adelante sólo había ya de producir novelas y cuentos, poseído,

como llegó a estar, por el ansia de la creación directa. Al margen, como punto accidental, queda *La guerra injusta*, libro suscitado por la conflagración europea. Veintitantas novelas pregonan, la una sobre la otra, la fecundidad y el provecho de un esfuerzo tan dilatado. Las primeras narraciones de don Armando tuvieron que luchar con terribles competidores. Pensemos que estaban muy próximos a la sazón los éxitos de Galdós y de Alarcón. *Pepita Jiménez* acababa de nacer, y con *Pascual López* acreditaba Emilia Pardo Bazán su empuje y sus promesas. Para que Palacio Valdés no cediese en la pugna disponía de un instrumento de poderosa eficacia: su modo de contar. Precisamente lo que más importa al novelista. Cualquiera de los ya consagrados superaba a Palacio Valdés en brío y fuerza—como don Benito—o en matices y primores de forma—como don Juan Valera—. Pero ninguno, a no ser Alarcón, aventajaba al autor de *Marta y María* en el ejercicio de la función genuina y específica del novelista: contar sucesos en tal forma que el lector impaciente vaya hasta el epílogo con renovadas ansias.

Don Armando sabe hacernos vivir cualquier asunto, de mayor o menor entidad, como el amigo estimado que logra interesarnos en el relato de sus peripecias. Pláticas de familia, de las que hacemos caso cuando existe una corriente de simpatía y cuando el confidente se produce sin alifios que desvirtúen la espontaneidad y franqueza de las revelaciones. Las grandes pretensiones del estilo dañarían no poco a estas novelas de Palacio Valdés, que más bien requieren, por la índole especial de sus lances y criaturas, un tono familiar que las humanice. Con el corazón en la mano, don Armando nos cuenta sus cosas: tanto y tan bien sabe contarlas, que no es vano descubrir capítulos que, aun desprendidos del conjunto, se nos aparezcan animados de vida independiente: el capítulo primero de *La hermana San Sulpicio*, *verbigratia*, es un cuento divertido.

* * *

En trance de comentar cada novela de Palacio Valdés, habría que señalar *Tristán o el pesimismo*, que data de 1906, como un recodo decisivo en el camino recorrido. Antes prevalecen los resabios del naturalismo y las interrogantes de *La fe*, aparte de las prendas, estrictamente literarias, que lucen *Maximina*, *La maja de Cádiz* o *La alegría del capitán Ribot*. Luego van dominando los elementos de inspiración cristiana, patentes en el ciclo del *Doctor Angélico—La hija de Natalia*, inclusive—y plenamente desarrollado en *Santa Rogelia*, novela esta última concebida según un claro designio de revivir páginas del *Flos Sanctorum* y la *Leyenda áurea*. La Hagiografía tiene mucho que ver con la vida de esta mujer que el novelista canoniza: impetuosa y zahareña, persistente en los más humillantes y conmovedores sacrificios.

Las obras últimas de Palacio Valdés no tienen sólo el interés de revelar la creciente depuración de un espíritu selecto. Importan, además, porque demuestran la persistencia, a despecho del tiempo, de entusiasmos y aspiraciones que sólo muy raramente vencen a la edad. El impulso primero, las energías iniciales, mantienen activa todavía la vieja pluma de nuestro autor, apenas reposado hoy de su más reciente empresa. Aludimos a *Los cármes de Granada*. El anciano ha querido compenetrarse en el aire perfumado y luminoso de la incomparable ciudad andaluza. No sería justo extremar el análisis para descubrir defectos. Lo procedente es hacer perceptible a todos el latido profundamente humano de su corazón, que aun permanece alerta, fácil a las creaciones que puedan determinar en él la Naturaleza y la Historia, al concertarse del modo espléndido que Granada atestigua.

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO.



grandes almacenes Madrid=París

Señora:

¿Donde comprará V. sus tejidos de Primavera?



en

"MADRID=PARIS"

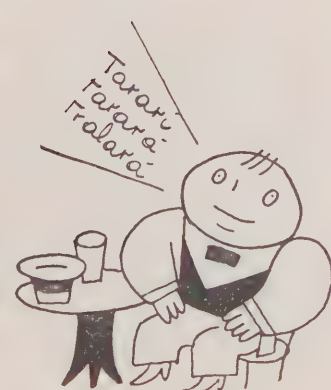
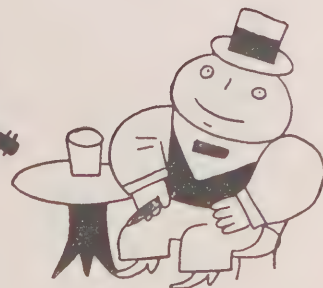
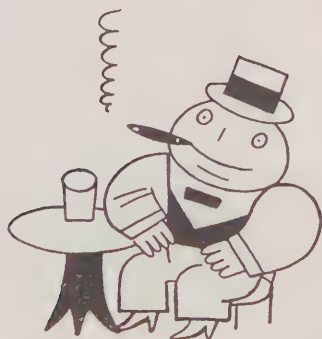
porque allí encontrará V. las
últimas creaciones de la Moda.



Historieta
cómica

DIGNIDAD PROFESIONAL

por
Mihura



MIHURA.

LOS AMORES DE ELENA

Novela original de M. HUNGERFORD,
traducida directamente del inglés por BEATRIZ GALINDO



Continuación.

Ilustraciones de GARCÍA ORMAECHEA.

Resumen de lo publicado

A Brooklyn, posesión de la familia Masserene—John; su mujer, Leticia, y su hermanastra Elena, «Nena» para los íntimos—, llega el oficial de húsares Tedcastle Luttrell, íntimo de aquél, que cae en las redes de las gracias de Elena, con la que inicia un «flirt».

La simpatía de los jóvenes crece a cada nueva entrevista. Pero pronto una pueril disputa—el amor propio de ambos en pugna—da lugar al primer disgusto, durante un paseo en lancha. Tedcastle, desde el embarcadero, se va a Grantham, villa distante nueve millas de Brooklyn.



El día, triste, interminable, toca a su fin. La comida ha transcurrido en un silencio casi absoluto. Luttrell y Elena siguen enfadados, cruzándose entre ellos miradas iracundas, y ambos dedican sus atenciones a John y a Letty, los que no pueden por menos de admirarse ante aquel súbito e inesperado cambio. Hasta ahora, ninguno de los dos se vió halagado por tales manifestaciones de cortesía. Letty, alma sencilla y sin doblez, no lo comprende. John, por el contrario, se da cuenta de la situación y se divierte obligando a los enamorados a dirigirse la palabra o poniendo de relieve su falta de armonía. Así, por ejemplo:

—¡Luttrell!—dice de pronto—, qué distraído estás. ¿Qué te pasa, hombre? ¿Por qué no has partido nueces para Nena?

—Muchas gracias—replica Elena con gesto altivo—; no me gustan las nueces.

—¿Desde cuándo, Nenita?—insiste su hermano—. ¿No recuerdas que anoche, sin ir más lejos, comentábamos lo mucho que te agradaban?

—¿Quiere usted que parta alguna?...—pregunta con frialdad Tedcastle.

—No, muchas gracias—contesta ella, más fríamente aún.

—¡Luttrell!—exclama de nuevo John, viendo que la conversación languidece—. ¿Ves ese manzano?—indicando la huerta—. Es un ejemplar magnífico; pero debes de verlo de cerca; mañana te lo enseñará Nena.

—Ahora, cuando terminemos, iré yo a verle—se apresuró a decir su amigo.

—¡No, hombre; te acompañará Nena!

—Imposible—replica Elenita—. Tengo un sinnúmero de cosas que hacer, y mañana voy a pasar el día en casa de los Sayton.

—¿Es cierto?—exclama Letty, gratamente sorprendida—. No tienes idea de lo que ha de agradecer tu compañía. Se trata de una familia muy simpática—, dice, dirigiéndose a su huésped—, pero algo aburridos.

—Es que he estado pensando—continúa Nena con perversa intención—que su hermano Max, el guapo, ha vuelto de la India, y me agradaría verle.

—¡Ah! Max está aquí—dice John, prestando gran interés y hablando con Luttrell—. Es un muchacho real-

mente guapísimo. Cuando Nena era pequeña tenía adoración por ella, y cuando la vea ahora, ¡imagínate!; su adoración habrá crecido en debida proporción.

¿Sabéis que tengo un presentimiento? Nena, me parece que la fortuna, personificada por Max, se aproxima. Ese joven heredará bienes cuantiosos y...

—Joven, rico y guapo—interpone Luttrell con irónico acento—. Se trata, sin duda, de un favorecido por los dioses; esperemos que ello no signifique también una muerte prematura.

—Ya no puede ser—dice Letty—; ha cumplido ya cuarenta por lo menos.

—La edad perfecta para contraer matrimonio—dice John con voz sentenciosa.

Y Nena, que le conoce y sabe que lo dice por fastidiar a Luttrell, no puede por menos de reírse.

Los amores de Elena

Poco después, Letty y Nena salen del comedor, dejando a los dos amigos de sobremesa. Luttrell no aparta sus ojos de Elena; pero ella se marcha sin dignarse lanzar una sola mirada en dirección del muchacho.

La conversación entre los amigos no resulta animada. En vano John procura despertar el interés de Tedcastle; éste se muestra cada vez más abstraído, y al fin se refugia en un silencio tan rotundo que Masserene se compadece e inventa una disculpa para dejarle solo y libre.

—Siento abandonarte—dice—, pero tengo que escribir una carta urgente. Ahí tienes cigarros; allí, los licores; puedes disponer de ambas cosas como si fueran tuyas.

—Gracias—replica Luttrell.

Y sin esperar más se dirige a la puerta del comedor que conduce a la terraza, y desde ésta al jardín.

Casi sin darse cuenta se halla poco tiempo después en una vereda, siguiendo la cual se llega a un arroyuelo cantarín por el que Nena siente especial predilección; y en efecto, al arribar a él, tropiezan sus ojos con ella.

Por espacio de unos segundos, ambos se miran perplejos, sin saber si mantener su actitud intransigente u olvidar lo ocurrido.

Tedcastle tiene la ventaja de estar fumando y poder disimular con ello su confusión, y Nena, luego de permanecer un rato inmóvil, se inclina, coge unas florecillas azules con que está sembrado el césped y se dedica a hacer un ramillete; de vez en cuando mira disimuladamente a su amigo, el que se le antoja más alto, más arrogante aún que en otras ocasiones. El silencio y abstracción de Tedcastle la hería profundamente, y en su fuero interno jura que nunca más volverá a dirigirle la palabra; pero no bien termina de formular el juramento se dirige a él con voz muy dulce y le dice:

—Señor Luttrell...

—Tedcastle arroja al suelo el cigarro y se vuelve hacia ella, procurando calmar la tensión de sus nervios.

Nena contempla sus flores, y acariciando luego con ellas sus mejillas le pregunta:

—¿Verdad que son muy lindas?

—Sí—contesta él—; son del mismo color que los ojos de usted.

Sus labios pronuncian lentamente las palabras; pero Nena comprende que ello se debe a la emoción, y con aire distraído, mirando de nuevo a sus flores, se acerca a él, y cuando se halla muy próximo, peligrosamente próximo, levanta la cabeza y con gesto infantil le dice:

—Siento mucho lo ocurrido...

—¿Es verdad?—pregunta Luttrell con voz temblorosa y corazón palpitante.

—Sí—contesta Nena, dándose perfecta cuenta de la contenida emoción de Tedcastle—. Y ahora—prosigue, extendiendo su mano—, vamos a volver a ser amigos. ¿Quiere usted?

—Amigos, no—contesta él con apasionado acento—. Yo no puedo ser su amigo. Su adorador, sí. ¡Nena, Nenita!—exclama, cogiéndola por ambos brazos y clavando en su rostro los ojos, ensombrecidos por la pasión—, ¿por qué no me contesta usted?, ¿por qué no me contestas? ¡Es imposible que no sepas que te quiero con toda mi alma!

—Lo que es—explica ella con gesto severo y apartándose de él—es que no debería usted hablarme en esta forma. ¿Qué diría John si lo supiese?

—¿Y a mí qué me importa lo que diga?—exclamó él con

impaciencia—. Se trata de un asunto que sólo a nosotros interesa. La cuestión, aquí, es saber si a ti no te agrado.

—Pues no lo sé—contesta Nena, tras breve pausa—. Es usted tan... vehemente que...

—No sigas—interrumpe Tedcastle—. Adivino que vas a decirme algo cruel. Lo veo en tus ojos. Nena, ¿por qué eres tan mala conmigo? ¿Será posible que no me quieras? ¿Ni siquiera un poquitín?... Nena, prométeme que no serás de nadie más que mía, que yo seré tu marido.

—Imposible—exclama ella, retrocediendo y lanzándole miradas furtivas bajo el amparo de sus largas pestañas—. Por lo menos, hoy no quiero prometer nada. Nos conocemos hace muy poco tiempo y...

—¿Qué tiene eso que ver?—pregunta él, impaciente—. Aquí lo único que importa es... que te quiero.

Movido por su cariño ha cogido las manos de Nena y la contempla con apasionado deseo, y ella, la muy pícara, siente irresistibles deseos de reír, más por nerviosidad, quizás, que por falta de comprensión.

—¡Vaya una noticia!—contesta ella, riendo con una frivolidad impropia de la ocasión; pero como Tedcastle es también joven, y la risa es contagiosa, acaban por reírse los dos.

—Echado a broma—dice él después de un rato—; echado a broma; pero no lo olvides; después de todo no creo que, si pensaras darme calabazas, tendrías el valor de reír. ¿Verdad que no? Verdad que vas a hacerme feliz con una sola palabra? Nenita, dime que sí.

—Y si dijera que no, ¿qué harías? ¿Suicidarte, meterte a fraile, o convertirte en un hipocondríaco?

—No lo sé; no quiero, no puedo creer que me espera tal desgracia. ¡Nena, contéstame afirmativamente!

—¡Bueno!... ¡Qué pesado eres y... qué afán tienes en labrar tu infelicidad, aunque... Yo no creo mucho en el cariño de una persona que ha podido estar horas enteras sin dirigirme la palabra.

—Casi celebraría quererte menos—replica él con acento tan grave que impresiona a Nena—quizás. No sufriría tanto ni... temería tantas cosas. Y tú, Nenita, ¿me quieres... un poco?

—A veces—dice ella con picaresco acento—sí te quiero un poquito.

—¿Y estás convencida de la magnitud de mi cariño?

—Creo que me quieres cuando te conviene.

—¿Y tú me correspondes?

—Cuando me convenía a mí.

—¡Nena!—exclama de pronto Luttrell, acercándose—, quiero que me des un beso.





—Un beso—replica ella con timidez; y luego, muy decidida—: De ningún modo. Yo no he besado jamás a ningún hombre, y no creo que me agradaría. No, no, si para que seamos novios es preciso que yo te bese, prefiero seguir siendo sólo amigos.

—Se hará como tú quieras—contesta Luttrell con dulzura.

—¿Hablas en serio?—pregunta ella, sin atreverse a estrechar la mano extendida de Luttrell, que solicita la suya.

—Completamente en serio.

—Y... ¿no te importa?

—Hombre, claro que sí. Crees que soy una piedra. Cómo no va a importarme el que me niegues esa prueba de cariño?

—¿Las mujeres besan siempre al hombre con quien piensan casarse?

—Besan al hombre a quien aman.

—¿Aunque él no lo pida?

—No... lo hacen cuando él se lo ruega.

—¿Aunque estén casadas con otro?

—Eso... no lo sé—contesta Luttrell, avergonzado por el ingenuo asombro que revelan los ojos de Nena—; yo hablaba de los casos en que el amor y el matrimonio van de la mano.

—Bueno; pero ¿he de entender, por lo que dices, que todas las mujeres desean besar al hombre a quien aman?

—Naturalmente.

—¿Qué cosa más extraña!—dice Nena; y breve pausa sigue a sus palabras.

Luego, como si hablara impulsada por el curso de sus pensamientos, prosigue:

—Lo que no me importa es que me cojas por la cintura. Y eso ya es algo, ¿verdad?—interroga con preocupado acento—. No me importa nada; es más, lo mismo me da que me cojas que no.

—Sí que es algo—contesta el muchacho, tan deprimido por las palabras de Nena, que no acierta a ver lo cómico de la situación.

—¡Estás triste!—dice ella, compungida—. Sí, sí lo estás; es inútil negarlo—viendo que él procura tranquilizarla—. ¿Y por qué?—muy ruborosa—. Porque no quiero darte gusto, ¿verdad?

Y asumiendo, súbito, aire de víctima se acerca, cierra los ojos y le dice:

—Pues bien, bésame; ya que tanto lo deseas, puedes besarme una vez. No quiero verte triste.

—No, Nenita, no—exclama Luttrell, venciendo la tentación de hacerlo—. Así no quiero besarte. ¿Crees que puede hacerme feliz lo que a ti te contraría? Guarda tus dones hasta que puedas concederlos por tu propia voluntad.

Nena, empero, está resuelta a mostrarse generosa.

—Pues te daré uno así, por mi propia voluntad—dice con dulzura inusitada.

E instado por ella, Tedcastle besa reverentemente el rostro suave de su novia. El corazón del muchacho se inunda de embrujadora felicidad.

—¿Entonces es verdad que me quieres?—dice de pronto ella, cual si en aquel momento se hubiese persuadido de ello.

—¡No te quiero; te adoro!

Nena se da por satisfecha.

—Creo—exclama algunos minutos más tarde—que debíamos de volver a la casa; John y Letty estarán preguntándose dónde nos habremos metido.

—No creo que nos hayan echado de menos tan pronto.

—¿Tan pronto?—exclama ella, arqueando las cejas—. Debe de hacer un siglo que estamos aquí.

—¿Tan largo se te ha hecho el tiempo?

—No, hombre; pero no me hallo tan abstraída que no logre darme cuenta del paso de las horas.

—En ese caso, más vale que entremos en casa—replica él, un poco dolido.

El retorno se hace en silencio; pero al llegar a la puerta, Tedcastle se detiene para preguntar:

—¿Cuándo quieres que hable a tu hermano: esta noche o mañana?

—¿A John?—dice ella, asustada—. Ni ahora ni luego. Qué afán tienes por adelantar los acontecimientos. No quiero que sepa nadie nuestras relaciones. ¿Tú sabes lo molesto que debe de ser eso de que todo el mundo comente si se habla o se riñe, o se hacen las paces? Creo que si así fuera acabaría por odiarte o por marcharme donde no me vieran.

—Nena...—Luttrell no puede disimular su disgusto.



Los amores de Elena

—Sí, sí; acabaría por eso—insiste ella; y luego, con voz sumisa:—¿No ves que se trata de un suceso que no ha de ocurrir en mucho tiempo? ¿Quién sabe? Quizás nunca.

—Elenita—exclama él, realmente herido; y cogiéndola de pronto el rostro la obliga a que le mire:—¿Por qué me tratas así? ¿Es que te has propuesto martirizarme? Dime de una vez si piensas traicionar mi cariño.

—¿Por qué dices eso?—pregunta ella con acento de sinceridad—. Si pensara semejante cosa no hubiera entrado en relaciones contigo. Pues expuesta estoy yo a que me dejes cuando me conozcas bien.

—No lo espero—contesta él con infinita tristeza—. No soy partidario del suicidio, y el separarme de ti sería perder la vida.

—Está bien; pero antes de seguir, piénsalo bien. Es muy posible que algún día te des cuenta de que no soy tan bonita como ahora crees. Eres un hombre acostumbrado a tratar a muchas mujeres, todas ellas, seguramente, más interesantes que yo. Realmente, bien considerado, es un poco absurdo el que te hayas enamorado de mí.

—Ojalá pudiese yo discutir con tu admirable indiferencia.

—Si la tuviese no me molestaría en discutir—replica ella, un poco indignada.

Y luego, viendo que el rostro de Tedcastle se contrae con expresión iracunda, prosigue:

—Lo que no quiero es que te enfades. Te advierto que si tienes mal genio será preferible que no sigamos siendo novios.

—Tranquilízate—contesta él, movido a risa, a pesar suyo—. El enfado es cosa muy rara en mí. ¿Y tú, tienes mal genio?

—Terrible—replica ella con una sonrisa encantadora—; por eso quiero cerciorarme de que tú eres un espíritu sereno. Dos locos en una casa sería un desastre. ¿Te asusta mi confesión? ¿Le asusta, señor Luttrell?

—Nada que de ti venga puede asustarme.

Y cogiéndola, súbito, la oprimió contra su pecho, murmurando:

—Nena, ¡mi Nena, mi vida...!—Y, luego, muy serio:—¿Por qué me llamas por mi apellido? Llámame por mi nombre: Tedcastle.

—Es muy largo.

—Cámbialo entonces. Dime...

—¡Teddy, te llamaré Teddy; pero no quiero que nadie más te llame así!

—Va a ser un poco difícil, porque es el nombre que usan mis amigos íntimos.

—¡Ah! Bueno, no importa, demuestran con ello tener buen gusto. Es un nombre que te va bien, porque eres rubio y... joven... y guapo—dice Nena, acariciando con su mano la mejilla de su novio—. Y ahora quiero—prosigue—que me prometas no volver a hacerme el amor ni a hablar de nada que pueda referirse a nuestras relaciones hasta dentro de una semana. Promételo.

—Imposible.

—Es preciso.

—Bueno; pero prometo no cumplir lo ofrecido.

—Eso no vale. De vez en cuando—añade con grave expresión Nena—puedo soportar el que me hables de ello; pero si lo hicieras a diario me desesperaría.

CAPÍTULO VII

—Haz el favor de molestarte un poco más—dijo Nena—. No he visto en mi vida a nadie más holgazán que tú.

—Eres injusta—contesta su compañero—. Llevas tres minutos con las manos cruzadas, discutiendo acerca de un asunto del que no sabes nada, y te has comido una fresa de cada tres que has cogido.

—Pues a hablar me ganas tú—dijo Elenita—; pero, en fin, abre la boca y te daré una fresa para ver si así logro que guardes silencio.

—Lo que me impide trabajar es esta dichosa sombrilla—replica Luttrell, contemplando con indignación el anticuado artefacto que hace un rato sostienen sus manos—. Si todavía te sirviera de algo... pero con ese sombrero tienes bastante. ¿Me permites que la cierre?

—De ningún modo. A no ser que tengas empeño en que sufra un tabardillo...

—Claro que no; pero pienso que...

—Pues no pienses, no sea que te fatigues con exceso y no puedas coger más fresas, en cuyo caso yo no sé lo que haría Letty. Ya sabes que estamos trabajando para que ella pueda hacer mermelada.

—No sé para qué se molesta. Si tuviera ella que coger la fruta... Además, a nadie le gusta.

—¿Cómo que no? A mí me encanta. Tenlo en cuenta y verás cómo te sientes con ánimo para proseguir la tarea. Huy qué fresa más hermosa. Abre la boca, pronto y bien, porque es enorme.

Nena y Luttrell se hallan sentados juntos a un cuadro de fresas y separados por un gran cesto, en el que van echando la sabrosa fruta. Ella tiene el rostro y los ojos maravillosos casi ocultos por el ala de un enorme sombrero, y esa es la causa del mal humor de su novio.

—¿Está buena?—pregunta Nena, refiriéndose a la fresa—. No me cojas la mano, que me haces daño—añade riendo.

—Elenita—dice él, sin hacer caso de sus palabras—, ¿por qué no le dices a tu abuelo que te invite a pasar una temporada en su finca durante el otoño? ¿No podrías conseguirlo?

—¿Qué más quisiera yo!—contesta Nena, con su acostumbrada franqueza—; desgraciadamente, no es fácil. Ni siquiera se acuerda de mí ni me ha considerado jamás como un miembro de su familia.

—Valiente estúpido—dice Luttrell con vehemencia.

—A mí me ha dolido a veces su abandono, y además...—murmura ella con aire pensativo—confieso que siento a veces grandes deseos de verle.

—¿De verle?—pregunta Luttrell, sorprendido—. ¿Pero es que no le has visto nunca?

—Nunca—y volviéndose hacia él—: Qué cara de asombro pones. ¿Es que le pasa algo? Es cojo, o manco, o

tuerto por casualidad?

—No; aparte el que tiene un carácter endemoniado y muchos años no le sucede nada que le diferencie de los demás mortales; pero parece extraño el que viviendo tan cerca uno del otro no os hayáis visto jamás.

—No tiene nada de particular, considerando que él no asiste a ninguna reunión ni a fiesta alguna y que a mí me ocurre lo propio. Ahora el buen señor debe tener una inflexibilidad de carácter terrible. Mira que sostener esa actitud tantos años y... después de todo, la culpa no fué mía. ¡Pobre mamá! A fin de cuentas, si quería a mi padre, ¿por qué no se había de casar con él?

—Naturalmente.

—Bueno; lo que molestó a mi abuelo fué que ella estaba a la sazón para casarse con un señor inmensamente rico, elegido por mi abuelo. Ella le tenía simpatía a su novio; pero cuando conoció a mi padre terminó con el otro y le dejó plantado. Hizo bien.

—Claro—contesta Luttrell con acento dudoso.

—Ahora, que el pobre novio.

—¡Ah! él fué la víctima.

Continuará en el próximo número



BASES DEL CONCURSO

1.^a COSMÓPOLIS abre entre los escritores españoles e hispano-americanos un «Concurso de argumentos cinematográficos», al que podrán concurrir libremente cuantos lo deseen.

2.^a Los argumentos deberán condensarse en el menor espacio posible, siendo el máximo por cada asunto completo de *trescientas palabras*.

3.^a Los argumentos han de ser absolutamente originales; si una vez otorgado el premio se demostrara a COSMÓPOLIS que el asunto o asuntos premiados estaban plagiados de otro, o bien de comedia, novela o cuento, tanto nacional como extranjero, el concurso se declararía nulo, reservándose COSMÓPOLIS el derecho a ejercitar contra el supuesto autor las correspondientes acciones legales.

4.^a Los originales deberán venir en cuartillas escritas a máquina, con el espacio corriente y por una sola cara.

5.^a Cada trabajo se firmará con un lema, que será el mismo que corresponda a otro sobre cerrado, dentro del cual se contendrá el título de la película, nombre y señas del autor.

6.^a Todo original deberá venir acompañado del cupón que se inserta en esta misma página, bien entendido que todo el que no cumpla este requisito será considerado como no recibido.

7.^a Cada autor puede enviar cuantos originales quiera, teniendo presente lo que se indica en la base anterior.

8.^a Un Jurado, cuyos componentes se harán públicos una vez dictado el fallo, dictaminará sobre los originales recibidos, seleccionando cuatro de entre ellos.

9.^a Los cuatro seleccionados por el Jurado se publicarán en COSMÓPOLIS, con

GLADYS GLAD
la más hermosa bailarina americana



«COSMÓPOLIS»

CUPÓN que debe acompañar a
todo envío de originales para el

Concurso de
Argumentos cinematográficos

un boletín de votación para que los lectores puedan elegir entre ellos los merecedores de los premios.

10.^a Los premios serán dos: uno de MIL PESETAS, y otro de QUINIENTAS, únicos e indivisibles, y se entregarán a los autores agraciados o persona que los represente legalmente, a los diez días de la publicación del fallo, y una vez que acrediten en debida forma su personalidad.

11.^a COSMÓPOLIS, por mediación de su representante en los Estados Unidos, gestionará de las principales casas norteamericanas editoras de películas la adquisición de los argumentos premiados.

12.^a Caso de aceptación por alguna de ellas, el autor percibirá el 75 % de la cantidad abonada por la casa editora, reservándose COSMÓPOLIS el 25 % restante.

13.^a Los originales no premiados quedarán a disposición de sus autores durante un plazo de *ocho días*, contados a partir de la publicación del número de COSMÓPOLIS en que se inserte la adjudicación de premios, previa devolución del recibo que se entregará por cada original; pasado este tiempo serán destruidos, sin que sus autores tengan derecho a reclamación alguna.

14.^a El plazo para la admisión de originales terminará el día 15 de abril de 1928. En el número de mayo se insertará la lista completa de trabajos recibidos.

15.^a El fallo del Jurado será publicado en el número de junio, comenzando la de originales seleccionados en el correspondiente a julio.

16.^a El solo hecho de acudir al concurso entraña la explícita conformidad con las condiciones del mismo.

AGUA Y CIVILIZACIÓN

ALGÚN sociólogo ha dicho que los grados de civilización se miden por el culto que las sociedades tributan al agua; en términos más prosaicos se puede afirmar que el progreso de un pueblo se mide por la cantidad de agua que consume. Hay una interpretación hidráulica de la historia mucho más próxima a la verdad que la famosa teoría inventada por Marx y otros sociólogos de su escuela. Basta abrir cualquier enciclopedia para convencerse de que las principales colectividades humanas aumentaron su poderío y su influencia en el mundo a medida que crecía la longitud y capacidad de sus acueductos y el caudal de sus fuentes. Nínive, Babilonia, Atenas y Roma, las más representativas, no sólo estaban asentadas en las orillas de ríos divinos, convertidos en deidades por la tradición de los pueblos, sino que levantaron al agua imperecederos monumentos de su ciencia, de su literatura y de sus artes. Los libros sagrados, las leyendas mitológicas, los poemas de más alta inspiración y los códigos de los más afamados legisladores celebraron a porfía su poder maravilloso y regularon su uso.

La fascinación mística del agua es mayor quizás que su utilidad. En la mitología antigua, cada manantial es la morada de un dios o de una diosa; por lo menos, preside a la fuente una ninfa hermosa y bienhechora, que es el espíritu del límpido raudal. *Ea, Isis, Fons*, son divinidades universales que, con diversos nombres, no hacen más que pregonar el poder sobrenatural que el hombre cree adivinar en la virtud fecundante del precioso líquido. De ahí los templos, los lugares sagrados, los sacerdotes y sacerdotisas consagrados al elemento que inicia, conserva, multiplica y embellece la vida. «El Espíritu de Dios—dice también Moisés—se cernía sobre las aguas» donde incubaban los seres vivos que iban a llenar el planeta.

Al profundo sentido religioso contenido en los mitos antiguos relativos al agua se añade la inspiración filosófica y lírica que engendra en el espíritu del hombre. Su incesante movilidad es la imagen más expresiva del continuo fluir de las existencias humanas. «Nuestras vidas son los ríos» que van a dar a la mar de la eternidad; como la prole de Adán, camina siempre en perpetua inquietud y desasosiego, sin saber de dónde viene ni adónde va; su misterioso murmullo es en el silencio de la noche la revelación de incomprensibles arcanos. Todas las pasiones y todas las fantasías hallan en ella su símbolo y expresión: canta, llora, ríe, ruge; blasfema y reza, besa y ahoga; es casta y voluptuosa, pérfida y amable, virgen purísima y madre fecunda; hermosa como la luz que en ella se liquida y asquerosa como el cieno que oculta toda inmundicia. Hasta crea y destruye como si fuese un atributo del mismo Dios; se explica que las sociedades antiguas la hayan elevado en todas partes al rango de divinidad.

Las Musas, es decir, las potencias creadoras de las artes y de las ciencias, presiden las fuentes de los montes y valles del Ática; en sus manantiales nace la poesía, que desciende coronada de rosas por los arroyos saltarines del Pindo y del Parnaso; los amantes de la sabiduría se reúnen en los baños de Atenas, ponen sus cabezas y sus cuerpos en contacto con el mágico elemento, y brotan del genio ateniense la filosofía y la ciencia; bajo el Pórtico, en los jardines de Academus, la misteriosa corriente sugiere a los filósofos hondas meditaciones, el «Adyta Xapa», todo fluye, la fórmula más triste y profunda del devenir cósmico. En Oriente, también el loto es hijo del agua; la flor simbólica que resume todos los misterios de la religión y de la filosofía, la flor del amor trascendente y de los misterios antropomórficos.

Pero dejemos a la religión y a la filosofía sentadas a la orilla de los ríos sagrados, meditando ante el eterno fluir del agua los grandes problemas que acucian al espíritu humano; dejemos también a las Musas helénicas traduciendo a los mortales en páginas perdurables las leyes de la poesía y la belleza, el ritmo sonoro y teúrgico de los arroyos y cascadas; pasemos por alto los himnos de los poetas y de los Santos a «La hermana agua», los diálogos del amor cabe las fuentes y el soliloquio nocturno de los surtidores en patios y jardines. Si la dialéctica nació en los baños de Atenas, el derecho y el arte de gobernar nacieron en las

termas de Roma, porque el agua encierra, además, un sentido social que es la base de la política. Sin ella, ni se concibe la *polis* antigua ni la ciudad moderna, no ya en lo que tiene de útil para las necesidades de la vida, sino como instrumento y expresión de una cultura. En el campo es riego que fecunda los graneros de la urbe; en ésta, además de higiene, es poder moral y físico del ciudadano. Roma fué la señora del mundo cuando sus políticos levantaban al agua los más duraderos monumentos de su arquitectura. Los acueductos y las termas son hoy todavía los restos de su grandeza que resisten mejor el embate de los siglos y la furia renovadora de la especie humana; sus puentes, más que viaductos para sus legiones victoriosas, eran arcos triunfales elevados a la majestad del agua; el acueducto romano es la calzada monumental por donde entra el agua en las grandes urbes del Imperio. Antes que las leyes y libertades civiles, Roma daba agua a sus florecientes colonias. ¿Cuántos kilómetros de conducciones hidráulicas habrán construido los civilizadores del mundo? En España solamente construyeron los romanos más de cien acueductos monumentales; ahí están los de Segovia y Mérida como muestra del lujo arquitectónico con que se la conducía a la *civitas*. ¿Quién puede imaginarse la Roma de los Césares sin sus termas y sus acueductos? ¿Quién ha visto la Roma moderna sin admirar sus abundosas fuentes, las *aguae* que llevan todavía el nombre de un Emperador o de un Papa? ¿Cuánto no dicen aún del poder civil y espiritual del genio artístico, de la gran dominadora, aquellas cascadas urbanas, aquellos surtidores soberbios, obeliscos, agua altanera que acompañan el ritmo majestuoso del padre Tiber! La Roma de los Pontífices no podía olvidar el culto artístico del agua, transmitido por los magníficos monumentos de los emperadores. El agua lustral conservó su carácter religioso en las pilas bautismales; más tarde, en la Edad Media, las divinidades mitológicas cedieron la custodia de las fuentes y de los manantiales a las imágenes de los Santos, de la Virgen sobre todo; un manantial es siempre un don maravilloso del Creador; junto a ellos levanta la cristiana piedad la ermita y el santuario donde las muchedumbres encuentran el agua milagrosa. Es que el agua de suyo es ya un perpetuo milagro; y esto lo reconocen la religión y la filosofía. El arte lo ha proclamado siempre.

Las artes plásticas, sobre todo. ¿Qué civilización no ha dejado sus fuentes monumentales? ¿Qué ciudad no las ha contado entre sus más bellos ornamentos? El patio del convento y el parque de la mansión señorial, sin ellas perderían su principal encanto. ¿Se concibe una Alhambra y un Versalles sin fuentes soberbias y albercas coronadas de mirtos? Córdoba, el paraíso del Islam, cuando tenía un millar de baños públicos y en sus patios cantaba el agua las grandezas de Alá, era la maestra de Europa. Como los días gloriosos de Grecia, sus sabios salían del baño con la inspiración genial en la frente; la filosofía, la medicina, las matemáticas, la astronomía, la música, la poesía, parecían despertar otra vez al arrullo del agua que diera vida a las Musas. Además de ser el agua el artífice invisible de los bellos paisajes, crea la hermosura de las flores y la de las mujeres; sin ella no hay amor ni fecundidad; por eso Afrodita, el mito del amor y de la belleza, sale del agua; suprimámosla con la imaginación de la región más poblada y más fértil, y pronto la cubrirá el desierto.

¡Más agua! ¡Más agua!—es el grito del hombre civilizado. Al fin y al cabo, es ella, la hulla blanca, el raudal de la cascada agreste transformado en raudales de luz. ¿Por qué el baño público no ha de ser entre nosotros una institución cívico-religiosa como en Oriente? ¿Por qué han desaparecido de nuestras ciudades las fuentes monumentales y la cascada del parque, dentro de la ciudad el agua abundante, limpia y sonora, que nos cante de día y de noche el himno de la vida y de la acción fecunda?

Ahora comprenderás, lector, por qué en las escuelas de los Estados Unidos, en el Catecismo cívico que se pone en manos del futuro ciudadano, el primer derecho que se consigna es el «derecho al agua»; y, por lo tanto, el primer deber de las autoridades: suministrarla.

MANUEL GRAÑA



De Claudia a Leonor

P

ERMITE, romántica e ingenua Leonor, que te congratule por haber logrado resistir a las influencias arrolladoras de tu ambiente, al punto de conceder importancia al Amor.

Es tan frecuente hoy en día oír hablar en términos despreciativos de dicho sentimiento, considerado antaño como fundamental, que resulta curioso—no quiero decir insólito—el que una chica muy moderna—la calificación es tuya—le crea merecedor de respeto.

Cierto que yo soy una sentimental incurable; pero... ¡si supieran las que se ríen de mi manera de ser lo que disfruto por ello!

Empiezo por no aburrirme ¡jamás! ¿Conoces a muchas modernistas de las que se pueda asegurar lo propio?

Esto no quiere decir que yo me oponga a la evolución natural de la vida ni a los cambios que ésta provoca en las costumbres y el sentir de las gentes. No sólo no me contraría, sino que, en muchos casos, me agrada sobremanera. Lo que me molesta es el desprecio con que se trata de todo lo que ya no es Moda. Como si cada fase de la vida no hubiera sido también, en su tiempo, *moderno*. Dígame lo que se diga, la vejez tiene grandes encantos; pero no es éste el momento de que yo te convenza de la verdad de mis afirmaciones. Lo primero hoy es tu novela.

Realmente, el anuncio que de ella me hacías no era exagerado.

—He conocido—me decías—a un chico romántico en circunstancias novelescas—. Y, referidas éstas, coincidí en absoluto contigo en considerar el asunto de gran interés.

Una *panne* afortunada que detiene la marcha de vuestro *auto* en plena carretera norteña. Un motociclista que pasa, raudos, sin hacer caso de vuestro desamparo y regresa, media hora más tarde, excusándose de haber pasado de largo, pero sin alegar razones.

La dificultad de remediar la lesión de vuestro coche, no obstante los esfuerzos mancomunados del *chauffeur* y del motociclista, el que resulta ser un experto mecánico, y vuestra decisión, unánime, visto que la noche se echa encima, de subir a pie a un pueblecito cercano y pernoctar allí, en espera de que se pueda reanudar el viaje.

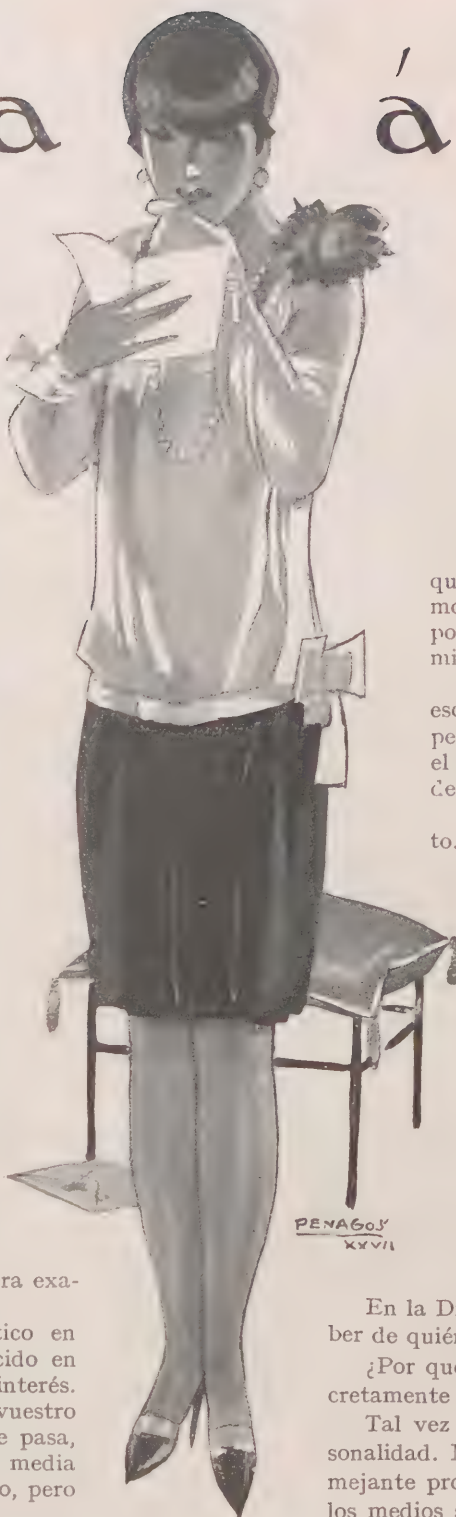
Tu miedo y el de tu señora de compañía en la posada al oír desde vuestra diminuta alcoba el ruidoso vaivén y frases obscenas de carreros y labradores, y, por último, la vigilante guarda del motociclista al pie de tu reja; guardia que no logran interrumpir ni las bromas de los viajeros ni el helado viento de la sierra.

Los solícitos cuidados de tu improvisado *sereno* a la mañana siguiente y su obtención, mediante la fuerza o la plata, de agua caliente para tu aseo, y café con leche para tu refrigerio, sin que la menor observación curiosa o molesta por parte suya reste delicadeza a la situación. Finalmente, la marcha vuestra en el coche, reparado, sin haber conseguido saber el nombre ni la nacionalidad del ciclista.

Hasta aquí resulta una historia bella de cortesía nada más; pero el hecho de que vuestro amable *guardia* haya aparecido en Madrid, te siga a todas partes y te mire con una atención «casi descarada», sin hacer el menor signo, ni hacer el menor esfuerzo por acortar las distancias, ya es para muy tenido en cuenta.

—¿Quién será?—me dices. Y luego:

—¿Le habré gustado? ¿Por qué no nos saluda ni nos habla? ¿Por qué no busca quien lo presente?



Su actitud resulta verdaderamente curiosa.

Desde luego, si no le gustas, estoy segura de que, por lo menos, le interesas. De otro modo, ¿cómo explicar el que invierta horas enteras paseando por tu calle, aunque sin mirar a tus balcones, que te mire en teatros, que te espere a la salida de misa?

Yo, en tu caso, aprovecharía cualquiera de esos momentos para preguntar a una de tantas personas como hay en Madrid que conocen a todo el mundo, por lo menos de vista, si es frequentador de la corte.

Su porte, a juzgar por tu descripción, es apuesto. Sus modales, los de un cumplido caballero.

Su edad, entre los veintiocho y treinta años.

Sus cabellos, dorados; sus ojos, grises y penetrantes como el acero. Sus facciones, correctas sin ser bonitas.

Te has fijado muy bien, a lo que voy observando, y te confieso que, desde que leí tu carta, estoy, como tú, preguntándome en todo momento:

¿Quién será?

¿Cómo se llamará?

¿Qué deseará?

Mas si aun no ha de transcurrir mucho tiempo sin que nadie consiga lanzar luz sobre el asunto, creo que harás bien en emplear a un «detective» leal y concienzudo, que te saque de esta horrible duda.

En la Dirección de Seguridad tienen, por fuerza, que saber de quién se trata.

¿Por qué no intentas provocar sus celos coqueteando discretamente con alguno de tus innumerables adoradores?

Tal vez el temor de perderte le forzara a revelar su personalidad. No censures el que sea yo quien te aconseje semejante procedimiento. *A l'amour comme á la guerre*, todos los medios son lícitos; sobre todo si se emplean con cierta prudencia. En este caso, por ejemplo, habrás de cuidar mucho de no avivar en otro pecho esperanzas que no han de verse realizadas.

Por lo demás, ¿qué mal puede haber en mostrarte amable con un amigo?

¿Le has contado a tu madre lo que sucede? ¿Y Juana, tu paciente y ejemplar señora de compañía, se ha dado cuenta de lo que está ocurriendo?

No tienes idea de lo que me agradaría estar ahí en estos instantes. Tu carta revela tanto interés y curiosidad, que temo llegues a exagerar los hechos y te dejes dominar por la obsesionante visión más de lo que te conviene.

En previsión de que pudiera ocurrir voy a pedirte un favor.

A cambio de mi silencio vas a prometerme no hacer nada ni dar el menor paso, que no sea perfectamente natural, para averiguar quién es tu... ¿pretendiente? sin antes consultarlo conmigo.

Las cartas sólo tardan dos fechas. Si fuera precisa una respuesta inmediata, yo te telegrafiaría, así es que puedes comprometerte a ello sin temor a que mi plan pueda estorbar a los tuyos.

¿Estás conforme? ¿Lo prometerás?

Creo que sí y, por otra parte, sé que no interrumpirás tus cartas ni privarás de estas deliciosas confidencias al corazón romántico de tu

CLAUDIA.

Por la copia, ISABEL DE PALENCIA.

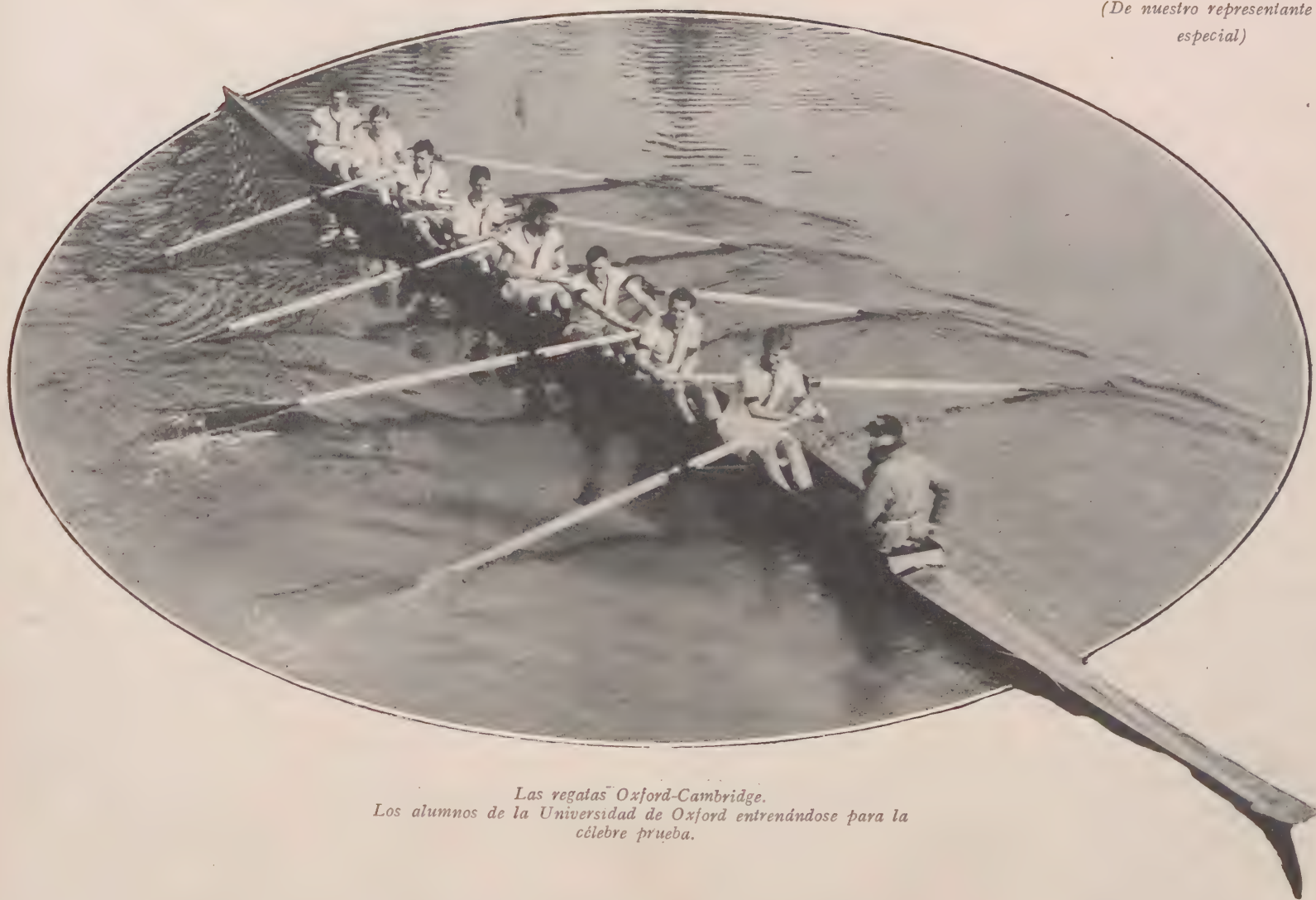
UNA MUJER EN LA MANO



¿Quién afirma que las mujeres no se dejan dominar?... ¿Dónde está el osado que asegura que sostener a una mujer cuesta muchísimo?... Ahí tenéis a Bobbi Vernon y Frances Lee demostrando que, si no en un puño, se puede meter a una mujer en la mano y que el sostenerla no requiere grandes esfuerzos.

CARTAS DE UN LONDINENSE

(De nuestro representante
especial)



*Las regatas Oxford-Cambridge.
Los alumnos de la Universidad de Oxford entrenándose para la
célebre prueba.*

La censura cinematográfica

TENEMOS un departamento, cuyo presidente es el conocido miembro del Parlamento Mr. T. P. O'Connor, encargado de la tarea de ejercer una censura sobre las películas ofrecidas a nuestro público. Este departamento acaba de resolver no conceder permiso a *Dawn*, resolución, casi sin precedente, que ha originado una controversia que va adquiriendo proporciones inesperadas.

Claro que no se trata de una cuestión sencilla, de si debe ser permitido o no que el público vea esta película, en que se pretende representar los incidentes trágicos relacionados con la ejecución por los alemanes, en Bruselas, de miss Cavell. Pero es que lo que se discute es más bien la cuestión de la censura, su poder, su influencia, su utilidad. Probablemente hasta tendremos un debate oficial en el Parlamento sobre el asunto.

Parece ser la opinión general que el ministro de Relaciones Exteriores, cuyo punto de vista sincero reconocemos todos, hizo mal en sugerir a la censura la manera «más oportuna» de proceder en este caso; sobre todo, cuando lo hizo sin conocimiento directo de los detalles de la película. De lo que se deduce que esa tradicional y sagrada libertad del inglés de formar su propia opinión ha sido vulnerada.

La prueba final en una controversia de esta índole es la opinión pública. Si las escenas representadas en *Dawn* son repulsivas, el público no tardará en reconocerlo y en ausentarse del teatro.

Por mi parte, no creo que lo sean; por lo menos, es difícil saber si hubiera sido posible hacerlas menos repelentes sin desviarse de la nueva pretensión de exactitud histórica. Me hallo perfectamente de acuerdo con el veredicto de uno de nuestros críticos más capaces, que dice que en esta película tenemos la presentación más noble y más rígida de un acontecimiento de la Gran Guerra que se ha visto en la pantalla. Sobresale la intervención de miss Sybil Thorndike como protagonista.

Es una lástima que haya surgido tanta y tan amarga discusión. Después de todo, no nos importan demasiado las sutilezas académicas sobre el grado de exactitud que se debe exigir a una película que trata de acontecimientos históricos, y tampoco nos interesan grandemente los «pro» y «contra» de los argumentos sobre la inoportunidad de presentar esta película justamente en el momento en que los dos países están haciendo esfuerzos especiales para olvidarse de lo pasado y para consolidar la paz. Todo esto toca a los estadistas y a los historiadores. Nosotros, el buen público, creemos que nos han robado una linda oportunidad de formar nuestro propio juicio. Y resulta, claro está, que todo el mundo sigue discutiendo una película que nadie ha visto; es decir, que ha sido vista privadamente por mucho menos del uno por diez mil de nuestra población.

¡Pueden imaginarse las teorías que se construyen, los errores que se cometen, las absurdidades que se hablan!...

Una reunión «de magia»

Tuve el honor el otro día, en representación de COSMÓPOLIS, de presenciar una reunión que bien podrá ser de interés histórico y que no habría podido ser posible hace un par de años. En efecto, si se hubiera celebrado esta reunión hace cien años, probablemente todos los asistentes hubieran sido condenados a la muerte con motivo de haber participado en algo que no se hubiera creído realizar sin la ayuda de la hechicería.

Fué una reunión conjunta, celebrada simultáneamente en Londres y Nueva York, de una parte por la Institution of Electrical Engineers (Británica) y por la otra la Institute of Electrical Engineers (Americana), y lo que ocurrió era que unos dos mil miembros de estas grandes asociaciones técnicas de la ingeniería eléctrica se reunieron en sesión conjunta durante una media hora.

Separados los unos de los otros por más de 4.000 millas del mar y tierra, escuchamos las felicitaciones de nuestros respectivos presidentes, varios discursos, una resolución debidamente propuesta, apoyada y votada, y todo gracias al teléfono transatlántico y a otras asombrosas mejoras en el arte de transmisión de la palabra que han sido perfeccionadas durante estos últimos años.

Probablemente, los chicos que hoy nacen, en un mundo tan lleno de milagros, no se darán cuenta de los avances que hemos efectuado en las primeras tres décadas de la vigésima centuria. Nosotros, los más viejos, los que hemos tenido el privilegio de presenciar paso a paso la evolución de estas maravillas, sabemos apreciar mejor sus perfeccionamientos.

Ayer, hoy y mañana

Otra interesante reunión a que asistí ha sido la de la «Pageant of Fashions» en el hotel Claridge el último día de febrero, día consagrado desde siglos a la mujer. Tuvimos un espectáculo encantador de belleza, formado por la representación de vestidos de ayer, hoy y mañana, siendo protagonistas las damas de nuestra altísima sociedad.

La *soirée* fué patrocinada por muchos individuos del cuerpo diplomático, y se recaudaron importantes sumas para varias obras de beneficencia.

El libro del día

El libro que estamos leyendo y discutiendo el «todo Londres» es *El puente de San Luis, rey*. El autor, según tengo entendido, es un joven profesor universitario americano. Ha escrito un libro lleno de encanto y de sorpresa, cuya venta, en Inglaterra sola, seguramente le habrá proporcionado, lo menos, diez años de sueldo profesional. El éxito de este libro nos da otra prueba más de la dificultad de saber de antemano el tipo de libro que será aceptable al gusto del público inglés. Habría dicho que *El puente de San Luis, rey* era un libro solamente para los *cognoscenti* literarios; pero lo encuentro en todas partes y es la novela más buscada de la primavera. Evidentemente, tenemos un gusto literario más fino de lo que se había pensado.

La fiebre expositora

En el mundo del teatro no hay nada nuevo. Una cosecha de piezas recientes, todas de cierto mérito, pero ninguna que se destaque. En esta estación del año tenemos siempre la competencia de las Exposiciones. La de las Industrias Británicas acaba de terminarse, después de un éxito muy grato a los participantes. Muchos compradores desde ultramar nos han visitado y ha sido muy grato oír la dulce lengua castellana en el Strand y en Piccadilly. Siempre me pregunto por qué razón persistimos en mantener las restricciones de la guerra en lo que se refiere a las horas de vender alcohol, etc. No se puede comprar un cigarrillo después de los ocho de la noche, ni una cerveza después de las once. ¡Qué ridiculeces! ¡Cuántos fastidios damos a nuestros buenos amigos que nos visitan.

Ahora toca a la Exposición de la Casa Ideal.

Todas las mujeres van a Olympia a devorar con los ojos—quizás a comprar—las últimas invenciones para el hogar, y a crearse lindos sueños de poder eliminar las sirvientas, las que—aunque casi no existan—forman el principal obstáculo a la vida familiar en Inglaterra.

Próximamente viene la Exposición de Automóviles, la que nos dice en voz clara que verdaderamente ha llegado la primavera.

PEEJAY

Marzo 1928.



El «meet» en Arle Court Harriers.
Dennis Moss Cirencester, dando la señal de partida.

EL ALMA DE LAS COSAS

TIENEN almas las cosas? A veces parece que sí, no ya porque nos reflejen el alma que nosotros ponemos en ellas, sino por las cosas que ellas mismas, en ocasiones, *hacen*.

Me sugiere esta consideración el recuerdo del suicidio colectivo de los *bibelots* de doña María Josefa.

Doña María Josefa estaba viviendo demasiado: iba a cumplir noventa años, como decía siempre su nuera, doña Rita. Por cierto que, en varios años que la conocía, siempre empleaba la misma expresión; por lo que, o bien la ancianita alcanzó varios años más de los noventa, o su nuera se los empezó a atribuir bastante antes de que los tuviese.

Este y otros detalles me hacían presumir que la nuera no estaba muy lejos de coincidir conmigo en eso de que doña María Josefa vivía demasiado.

Y no es que aquella viejecita, inocente como una niña, fuese capaz de molestarla voluntariamente en lo mas mínimo. Es que, como decía doña Rita:

—Mis hijas (tres niñas *bien* que no tenían más obsesión que no parecer de *pueblo*, estar al tanto del último grito de la moda y lanzarlo, cuanto más estridente mejor, mucho antes que sus paisanas). Mis hijas están en la edad de pollear, y la casa de la abuelita está en la esquina más *pasajera* del pueblo; pero ella se empeña en que ha de vivir en su casa sola con sus criados, que además le estarán robando a más y mejor. Nosotros estamos instalados de un modo impresentable; pero como *después* hemos de alquilar esta casa, entonces la arreglaremos cuando nos mudemos a la otra.

En otra ocasión me informaba:

—Cuando mi Joaquinita se case con el médico *nuevo*, que ya ha pedido su mano, la casa de la abuelita está que ni pintada para instalar la clínica. Con poca obra podremos arreglarnos todos; pero *mientras tanto*, no se casan porque no merece la pena de hacer dos gastos para instalarse en otro sitio.

Todo aquello era muy cierto; pero ¿qué culpa tenía doña María Josefa de no morirse?

* * *

Yo quería mucho a la viejecita, y me apenó el saber, al regreso de un viaje, que había expirado aquella mañana.

En la casa mortuoria, doña Rita me recibió muy en carácter de ama de casa.

—¿Quiere usted verla? Está tan acartonadita que no se diferencia de cuando vivía. Con permiso: Joaquinita, toma la llave de la bodega y ve tú *en persona* a que saquen vino para los trabajadores del campo que vienen al entierro. Y dile a Sánchez que los reciba él y los pase a ver a la difunta. Como Joaquín es el único hijo y está solo para todo, no sabe usted cómo se está portando Sánchez con nosotros en este trance.

En «aquel trance» era Sánchez mucho más importante que aquel cuerpecito consumido y apergaminado que iba a bajar a la tierra.

—Pues, ¿dice usted? Casi nada: un simple catarro con algo de bronquitis y fatiga. Ya parecía que estaba mejor y ella debió de sentirse aliviada (debió de sentirse morir, traduje yo luego), cuando tuvo el extraño capricho de que la vistiesen y la subiesen a la sala grande a pasar revista a sus trastos.

«El extraño capricho» me conmovió hasta el llanto. ¡Oh, aquellos inocentes adornitos anticuados que nunca tuvieron más valor que el enorme valor sentimental que les concedía su dueña!

Ella, mujer oscura y sencilla, además de amarlos, los admiraba. Mil veces me los mostró orgullosa y me contó la historia de cada uno, relacionada con un pasado sereno y venturoso, sin haber salido nunca de su pueblo natal, junto a unos padres que la mimaron a más no poder, un marido que la amó tiernamente, y aquel hijo tardío cuyas gracias de niño, travesuras de adolescente y progresos de estudiante fueron sus últimas alegrías propias.

—Este velador de laca fué regalo del padrino de mi difunto Joaquín. Lo trajo de tierras lejanas, porque era marino.

—Esta Virgen que hay encima, y bajo un fanal, era de mi madre. Cuando tuvo el sarampión mi Joaquinito, que ya llegó a tener la mortajita preparada, lo encomendé a Ella con toda el alma, le puse una lamparilla ¡y me lo sanó!

—Este chinito que mueve la cabeza, se lo regaló mi padre a mi

Joaquinito, y cuando no quería tomar una medicina, lo hacíamos decir *que sí*, y cuando quería demasiadas golosinas, lo hacíamos decir *que no*, ¡y el angelito lo obedecía!

—Estas dos palomitas de yeso me las regaló Joaquín cuando éramos novios: me las trajo de Valencia. Se les quita la cabeza, y dentro del cuerpo tenían confites; ¡mira tú qué capricho!

* * *

El entierro fué solemne. Los que conocáis la vida de pueblo habréis notado que allí la muerte tiene más importancia que en las ciudades. Es el acontecimiento más importante, que interrumpe la quieta monotonía pueblerina, y tiene siempre un poco carácter espectacular. Ni aun cuando la muerte siembra la desolación en un hogar permanece en él la vanidad dormida, y la viuda, la madre o la huérfana más angustiadas se preocupan de *cómo resulta* el entierro.

Abajo, en el comedor, los hombres eran recibidos por don Joaquín y por Sánchez. Y arriba, en la sala grande, doña Rita y las niñas, muy monas con sus nuevos vestiditos negros, recibían a sus numerosas amigas.

La casa, como es de rigor en tales casos, era un alarde de pulcritud; los rojos ladrillos del salón refulgían como espejos. Los balcones, medio cerrados, tenían la habitación en una penumbra también reglamentaria. Reinaba el silencio: si alguna de las uniformemente enlutadas señoras hablaba con su vecina de silla lo hacía tan discretamente que su bisbiseo imitaba el vuelo de un insecto.

Una de las chicas, quizá la más apenada, decía a sus amigas, que miraban curiosas el velador de laca:

—Por subir a contemplar estos mamarrachitos, recayó la pobre abuelita cuando estaba casi buena.

Y se enjugó una discreta lágrimita con su pañuelín festoneado de negro.

A mí me hirió tanto la incompreensión de la muchacha, que envié con la mirada un beso de reparación a los *mamarrachitos* tan amados de su dueña.

¡Pobres recuerdos de un pasado que ya murió con nuestra viejecita! ¿A qué desván o a qué manos de chiquillo travieso iréis a parar dentro de unos días, en cuanto empiece aquí la inminente renovación tan deseada? ¡Ya no tenéis razón de vivir!

Y ellos debían *pensarlo* también así, porque el chinito movía tristemente la cabeza apesadumbrada; la Virgencita de cera dejaba resbalar con más sentimiento sus dos sempiternas lágrimas sobre sus mejillas de bermellón; las palomitas se miraban atónitas en amarga interrogación. Todos los objetos parecían llorar en la estancia.

Esto podía ser reflejo del alma que yo ponía en ellos en mi triste mirada de adiós... Pero oíd el final:

Ascendió por el hueco de la escalera ruido de voces contenidas y de numerosos pies que se arrastraban.

—¡Ya se la llevan!—suspirió doña Rita, y se cubrió los ojos con el pañuelo.

Las afortunadas cercanas a los balcones, con un brevísimo alzamiento de visillos, atisbaron la calle.

—¡Va llena de gente!

—Y todo lo mejor del pueblo.

—Ahora se dirigen a la parroquia. Aun han de volver a pasar por aquí hacia el cementerio.

Nuevo silencio. El ruido de la calle se aleja. Pero al poco empieza a percibirse de nuevo. Ya vuelven.

—*Requiem aeternam dona eis Domine*—salmodiaban clericales voces enfáticas de bajo profundo.

Y yo pensaba:

—Ya pasa por última vez la viejecita junto a la puerta de su casa, la mansión amada que fué testigo de toda su vida.

Y en aquel momento, sin que nada ni nadie, ni el vuelo de una mosca, lo tocara, bajo las miradas de las muchas personas que, sentadas inmóviles junto a las paredes, dejábamos un gran espacio en medio, en el centro de ese espacio se derrumbó de pronto el velador, cuyo frágil tablero se partió al caer, haciéndose añicos todos los *mamarrachitos* que tenía encima.

¡Ni uno solo se salvó!

ANA PERIER.



IN MEMORIAM

Las obras completas

de

FRANCISCO A. DE ICAZA



ABABA de ponerse a la venta el primer tomo de las obras completas de Francisco A. de Icaza, el gran escritor mejicano y ferviente hispanista recientemente fallecido. Es su admirable «Estudio crítico sobre las novelas ejemplares de Miguel de Cervantes» el que abre camino a la publicación de sus extensos trabajos, obra que merece figurar en la biblioteca de todo buen bibliófilo y de la que *Fray Candil*, tan poco propenso al elogio fácil, dijo que «divierte como un libro de imaginación y enseña como una obra docente». Tras de ésta seguirán versos, crítica contemporánea, más obras cervantinas, historia literaria y antologías críticas de poetas extranjeros y traducciones, todos los cuales irán precedidos de prólogos originales de los más prestigiosos escritores españoles y americanos.

COSMÓPOLIS, atenta siempre a recoger cuanto con el arte y la literatura hispanoamericana se relaciona, quiere honrar hoy sus páginas reproduciendo algunas poesías de Francisco A. de Icaza, de quien dijo Rubén Darío que era «el poeta artista que

tiene España, prestado por América mientras brote uno propio».

También Enrique Díez-Canedo elogió la labor del poeta. Según él, los versos de Icaza tienen una levedad y una distinción señoriales. No se siente el esfuerzo. Parecen surgidos de un solo trazo, ricos por su cuna y no por una fructuosa elaboración. Hablan, sin recelo, de íntimos dolores, de pasajeras tristezas, de fugaces desalientos, o funden un movimiento de exaltación en el calor de unas pocas palabras. Son versos de hombre que sabe de la vida y no le pide sino lo que ella le puede dar. Sus poesías, a veces de muy pocos versos, tienen ese doble sabor dulce y amargo, esa rapidez del goce que huye, esa momentaneidad del paisaje que depende todo de la luz, ese gesto, en suma, de aceptación propia del hombre que ha sabido ver en la caricia de lo bello el más divino don que hayan podido hacer los dioses a los mortales.

Basta, pues, de preámbulo. Ante los versos del insigne vate hispanoamericano quedan nuestros lectores, que podrán comprobar cuán justificados están los anteriores encomios.

UNA FUENTE

*Lo mejor de mi espíritu, de mis labios no brota:
hay algo en mis palabras de la corriente ignota
que viene de muy lejos y deja gota a gota
filtrarse entre las piedras un hilo de cristal.*

*Si te place el arrullo con que el agua borbota,
piensa en el hondo abismo y en la tierra remota
de donde nace y fluye el limpio manantial.*

ALDEA ANDALUZA

(Sensación del camino)

*De toda tu belleza, en mí sólo perdura,
entre el deslumbramiento de la intensa blancura
de la cal luminosa que tus muros enjarra,
la queja de una copla que los aires desgarran;*

*y en el calcinamiento de la estéril llanura,
aquel rincón de paz, oasis de frescura,
perdido en la planicie donde el sol achicharra
y sus crócalos roncós repica la cigarra.*

*Y allí, vistos de paso, bajo el verde cancel
de las tupidas hojas que forman el dosel
que lo entona y ajusta al marco del dintel,*

*aquel rostro moreno del mirador aquel,
con los ojos de pena y los labios de miel,
y toda Andalucía reconcentrada en él.*

VENCIDO

*Dijo entonces: «Amor, gloria, riqueza,
os tengo de alcanzar: la empresa es alta;
pero bástanme alientos y firmeza
para poder llegar... ¡Cuánto me falta!...»*

*Y hasta ayer caminé sin desaliento;
hoy, fatigado de vagar sin tino,
le pesan la razón y el sentimiento,
y descansa en el borde del camino.*

*Los que no llevan la pesada carga
han realizado la difícil obra.
Y dice ante la senda, oscura y larga:
«Para poder llegar, ¡cuánto me sobra!»*

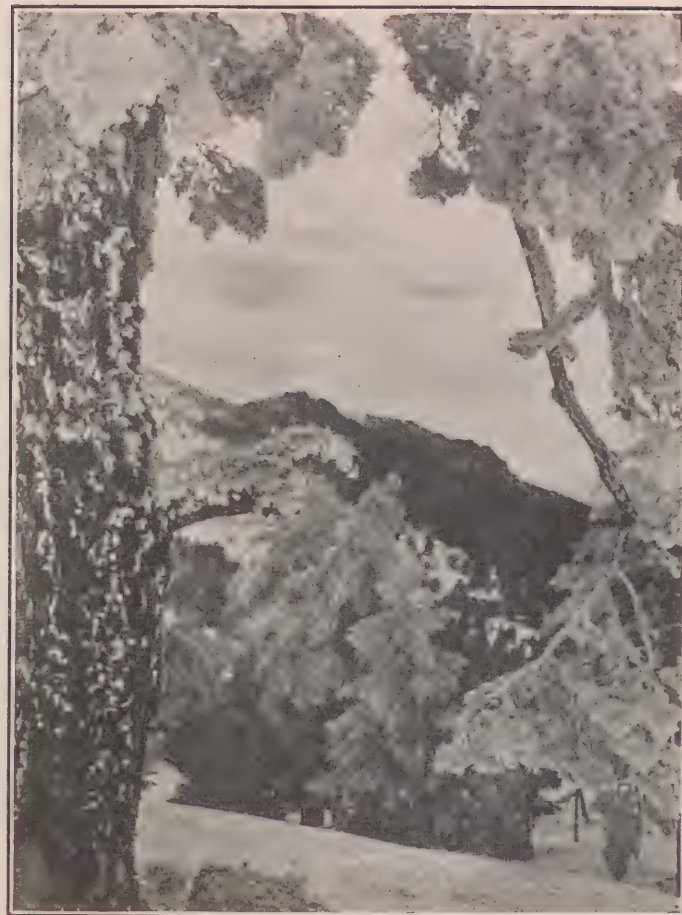
EN SILENCIO

*Lo sé, pobre amigo, tus penas son hondas
y por eso callas; no son cual las mías;
bien está que a todos tu pesar escondas,
pues sólo se cantan las melancolías.*

*Bien está que calles; no te obligan pactos
a cantar sin tregua la misma sonata;
la pasión intensa se traduce en actos:
¡se llora o se ríe, se muere o se mata!*

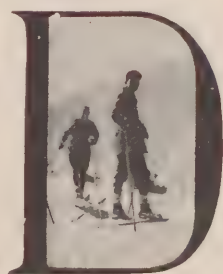
PRO TURISMO

La Sierra de Guadarrama



Pinares de Navacerrada.

(Foto marqués de Sta. María del Villar)



DE la situación estratégica de Madrid, con relación a la Sierra de Guadarrama, se viene hablando ya hace mucho tiempo; pero las Sociedades alpinas en ella constituídas son las que han hecho el milagro de que ese tema sea ya una preocupación. Esas Sociedades, predicando con el ejemplo, han demostrado que allí existe un venero de riqueza, no solamente para la salud, que es un factor muy importante para tenerse en cuenta, sino para la atracción de turismo.

La instalación del ferrocarril eléctrico desde Cercedilla al Puerto de Navacerrada sirvió de complemento al esfuerzo de las Sociedades alpinas, y así hoy, gracias a esas demostraciones de tenacidad, poco comunes hasta ahora, veremos pronto en las cercanías de Siete Picos un pueblo esencialmente alpino.

Para los habitantes de Madrid, ya no pasa desapercibido el interés que despierta el Guadarrama, y hasta el Ayun-

tamiento empieza a prestar atención a los requerimientos que las Sociedades alpinas le hacen.

Yo, como madrileño, me felicito de ello, y como alpinista mucho más, porque veo que no han sido infructuosos los esfuerzos que desde hace mucho tiempo vengo haciendo en pro de la propaganda de nuestras montañas, modesta colaboración, pero que, unida a la de los demás, ha llegado a formar ambiente.



Croquis del macizo del Guadarrama, lugar de concursos de skis y excursiones alpinas.

Qué alegría más intensa siento cuando veo las fotografías de los concursos de *skis*, carreras, saltos, etc., porque recuerdo la primera carrera que organicé, adivinando la enorme trascendencia que el alpinismo y los deportes de nieve iban a tener, y aquella primera Exposición de alpinismo en Madrid que con el malogrado amigo Zabala realicé y que patrocinó el Club Alpino Español, el año 1912. Aquella Exposición fué visitada por elementos extranjeros, que reconocieron en ella el valor y la trascendencia que se la quería dar, y el Touring Club Francés,

PRO TURISMO



Grupo de deportistas en la Sierra de Guadarrama.

atento siempre a colaborar en todo lo que supone adelanto en la propaganda de turismo, me premió con su valiosa medalla, que guardo con una estimación extraordinaria.

El Club Alpino Español continuó su labor tenaz, y con el calor de su entusiasmo fueron germinando otras Sociedades, como Peñalara y Amigos del Campo, que con su esfuerzo admirable, perseverante, sin otra ayuda que la de sus socios, han creado esta atmósfera de simpatía hacia la Sierra de Guadarrama, atmósfera de la que ya respira el Gobierno actual, que se ha dado cuenta perfecta de su trascendencia en el turismo, en cuya obra sabemos está dispuesto a colaborar; y si esto se realiza, será una cifra más, y muy importante, que añadir en su haber.

Poquísimas capitales habrá en el mundo que tengan a sesenta kilómetros un centro de deportes de nieve como el que Madrid posee, y esto, que parece que no tiene importancia, es de un valor extraordinario, teniendo en cuenta que hoy los automóviles son un elemento que ha hecho desaparecer las distancias; parece

un cuento decir que sin madrugar se puede ir a la Sierra, patinar hasta rendirse, comer y venir a tomar el te a Madrid.

Estos detalles es preciso que los conozcan los turistas que vienen a visitarnos, porque hasta hoy *explotamos la Sierra solamente los días festivos*; es decir, que sólo la utilizan los habitantes de Madrid un día a la semana, y el resto de los días, con detrimento de los capitales que allí van acumulándose, duerme, y ese reposo es preciso que desaparezca con la atracción de los turistas para que pasen un día admirando aquellos paisajes, excursión que les servirá de descanso, pues a su salida de Madrid ahora llevarán en su imaginación, en diabólico tropel, todo cuanto han admirado aquí y en Toledo, El Escorial, Ávila, Segovia, etcétera, etc., sin que les sirva de lenitivo a ese verdadero mareo otra cosa que las horas de viaje a otra ciudad, adonde van a seguir acumulando un montón de recuerdos históricos con peligro de su razón, pues no en vano uno y otro día van escuchando con monótona regularidad el ser-



Manuel Pina, de la Sociedad Peñalara, ganador de la Copa Alfonso XIII.

(Fotos Marín)

PRO TURISMO



Preparándose para la carrera.

món del *cicerone* que les cae en suerte.

Además, la Sierra de Guadarrama tiene para nosotros la particularidad de que en los meses de marzo, y abril en su primera quincena, suele existir una gran cantidad de nieve, y en esa época es cuando atraviesa el centro de España la caravana de extranjeros que se dirige hacia Andalucía.

Pero, prescindiendo de la época invernal, la Sierra es ideal para los extranjeros rezagados hasta el mes de agosto, llevándolos a Segovia y La Granja, y hasta me atrevería a decir Manzanares el Real y El Páular. Pero estos dos sitios merecen un punto de atención.

En estos dos lugares se está echando de menos la actuación de una organización de turismo, porque las bellezas que se admiran se olvidan ante los desagradables momentos que se pasan almorzando, comiendo, cenando o durmiendo.

¿Quién hará el milagro de que esto desaparezca? ¿Quién sabe! Lo que precisa es que llegue



*Dos bellísimas patinadoras.
Srtas. Enriqueta Mérvé y Carmen Cambot.
(Fotos Marín)*

a realizarse, y pronto. Para ir a La Granja y Segovia es un descanso muy oportuno el detenerse en el Puerto de Navacerrada, e incluso cenar en el restaurant Victoria a la vuelta de esas excursiones. Del Páular y Manzanares me ocuparé con más detenimiento en otra ocasión, pues son elementos en los cuales no se ha advertido todavía la importancia que tienen para el turismo de Madrid.

Yo sueño con un Manzanares en que advirtamos, además del arte de su famoso castillo, el de sus calles, el de sus casas. Yo haría de aquel pueblo un pueblo castellano, típico; daría premios a los aldeanos que conservaran la indumentaria regional y diría muchas cosas más que hoy me reservo, pues es asunto para tratarlo con detenimiento y cariño, porque aquel paisaje y aquella tierra merecen que se les haga un pueblo a la medida, un pueblo digno de aquella fortaleza, y a esa labor no cerraría sus oídos el marqués de Santillana.

Hay muchos madrileños que ignoran todavía los nombres tí-

PRO TURISMO



Un chalet del Club Alpino Español.
(Foto marqués Sta. M.^a del Villar)



La Maliciosa y el pueblo de Navacerrada. (Foto A. Prast)

los deportistas, tiene un pequeño macizo al Este que se desglosa del general, que le llaman La Pedriza, que es para el alpinismo un lugar como habrá muy pocos en el mundo.

Desde Manzanares hasta el corazón del La Pedriza habrá 10 km. escasos por el camino que recorre el curso del río Manzanares, entre peñascales enormes, y en La Pedriza existen agrupaciones de piedras tan extrañas, que no tienen parecido a ninguna de las otras sierras españolas, y esto está a cincuenta kilómetros de Madrid!

Mucho se ha escrito también sobre La Pedriza de Manzanares, pero la mayor parte en revistas alpinas, y claro está que su propaganda ha tenido un radio de acción muy limitado. Por eso es preciso que la Sierra se divulge, porque al mismo tiempo que se logra para los que la visitan el recreo de la imaginación se les da descanso al espíritu y al cuerpo, porque nunca excede la fatiga muscular momentánea a los beneficios que el aire puro proporciona si las excursiones se hacen con método.

ANTONIO PRAST

picos de la Sierra; pero con el tiempo les serán familiares. En la parte del Escorial son renombrados los picos de San Benito y Los Abantos; a partir del Puerto de Guadarrama tenemos la Peñota; después, el Puerto de la Fuenfría y el Circo de Siete Picos, en cuyas proximidades, o sea en el Puerto de Navacerrada, a cerca de dos mil metros sobre el nivel del mar, es donde se está constituyendo el máspreciado centro alpino de España.

Después, en una estribación que se dirige hacia el sur, tenemos al bello macizo de la Maliciosa, que immortalizó Velázquez en alguno de sus cuadros, cuyo macizo es uno de los más pintorescos de la Sierra y cuyo perfil blanco en invierno se divisa desde Madrid, perfil que en su cúspide alcanza una altura de 2.223 metros.

La mayor altura en el Guadarrama es el Pico de Peñalara, a 2.406 metros, en cuyas proximidades se ha edificado el refugio de Zabala, y la laguna que en él existe es motivo de bellas excursiones en el estío, desde donde se dominan panoramas extraordinarios.

El proyecto de continuar el ferrocarril eléctrico de Cercedilla hasta La Granja, si llega a realizarse, será una obra en que obtendrá cuantiosos beneficios, proyecto por el que debemos hacer votos todos los madrileños.

La Sierra de Guadarrama tiene elementos de atracción de un valor enorme, pues, prescindiendo del núcleo en donde se reúnen



Un refugio de la Sierra. (Foto Bárcenas)

DE LA VIDA EN BIARRITZ



UNA COMIDA MUY ELEGANTE. Organizada por el Syndicat d'Initiative de Biarritz se ha celebrado recientemente en el suntuoso nuevo hotel de «Miramar» una gran comida, a la que asistieron más de 300 comensales. El baile organizado después de la comida fué un éxito de público y animación.

Compre usted el próximo número de

Cosmópolis

que aventajará en interés y artística presentación al que hoy le ofrecemos.

«TRES PUNTOS ROJOS»

la intrigante y misteriosa novela de aventuras, original de SEE ADCOME, proseguirá haciendo caminar al lector de sorpresa en sorpresa, sugestionándole y emocionándole como ninguna otra narración similar;

«LA BARRERA INFRANQUEABLE»

relato de un episodio de la vida real, desarrollado en ambiente exótico, con coloridas y brillantes descripciones, que acredita la pluma de ENRIQUE MENESES;

«RISAS»

novela corta, original de LEÓNIDAS ANDREIW, traducida por VALERIA LEON, mundialmente considerada como una de las más humanas producciones del gran escritor ruso; y

«LOS AMORES DE ELENA»

que continúan, con las amenas páginas en que se narran episodios de la vida juvenil, que han hecho que esta obra de HUNGERFORD, que BEATRIZ GALINDO traduce, sea la predilecta de nuestras lectoras, son las

cuatro novelas que se publican en un número
ilustradas por dibujantes tan prestigiosos como son respectivamente

Ribas, Baldrich, Cobos y Ormaechea.

En el amplio espacio que, según costumbre, consagrará COSMÓPOLIS a sus secciones de *Literatura, Modas, Teatros, Gran Mundo, Cinematografía, Deportes, Infantil, Turismo, Pasatiempos*, etc., figurarán trabajos de nuestros habituales colaboradores, iniciándose interesantes reportajes exclusivos, de los representantes y enviados especiales en París, Londres, Nueva York y Buenos Aires.



Ante el espejo, Belle Bennett hace la consulta que—desde que Eva se miró en el cristal movedizo de una fuente— se formulan siempre las mujeres: «¿Estoy bien así?» Sin embargo, no tachéis de coqueta a la hermosa «estrella», pues se trata de una escena de «The Fourth Commandant» realizada últimamente bajo la dirección de Emory Johnson.

LOS ESCRITORES NUEVOS

Hemos recibido su trabajo, y...

I. R. (Madrid).—Hay un poeta en usted. Pero le pasa lo que a muchos novelos: no mide bien los versos.

A. M. I. (Castro Urdiales).—Vulgar y desagradable. En asunto más simpático lucirá mejor su estilo literario.

C. P.—Está bien «Angustias»; tanto, que entra en turno de publicación.

J. N. (Madrid).—Seis cosas con sólo dos cupones. Cinco poesías en una sola cuartilla. Un cuento con las cuartillas escritas por los dos lados... Ni usted ha leído nuestras condiciones ni es hombre de sentido artístico, ni—¡naturalmente!—leemos sus originales.

F. M. (Sotondio).—Vemos con gusto que reincide usted; pero lamentamos que la falta de ritmo de sus versos y la carencia de idea de la versificación nos impide publicar esta última poesía, no obstante estar mucho mejor que el primer envío.

A. B. (Santander).—Se publicará su tríptico, que está bien versificado y es poético de forma y fondo.

G. de A.—Muy gracioso y suelto su soneto con estrambote. Es digno de un abate dieciochesco, y entra en cartera para ser publicado.

A. M. M. S. (Barcelona).—A sus pies, señorita. Mándenos otra cosa; el soneto está bien hasta el último terceto, en que el verso impar asonanta con los pares, aconsonantados entre sí.

E. H. (Madrid).—No está mal del todo; lo cual quiere decir que tampoco del todo está bien. Además, ¿qué quiere que hagamos con tres dibujos sueltos?... Por lo menos, ponga un pie gracioso a lo que mande.

B. B. M. (Madrid).—Mucha extensión para tan poca anécdota.

A. N. (Benafé).—Seis cuartillas y escritas por los dos lados. Demasiado largo y en forma que no se puede enviar a la imprenta.

A. M. G. (Linares).—Es extraño que siendo lector de nuestra revista nos mande algo tan poco adecuado a su carácter.

J. J. F. G.—Muy poco interesante. Además, el estilo literario está descuidadísimo, como lo prueba la abundancia de repeticiones.

R. de U.—Nada nuevo el caso de su doctor. Eso está «hecho» por muchos principiantes y no pocas «primeras firmas».

LA ÚLTIMA MAYORAZGA

*La última mayorazga vende su arcón tallado,
la armadura, el espejo de la sala morada,
el óleo que retrata a un noble antepasado;
lo vende todo, todo, porque no tiene nada.*

*Vende los abanicos de doradas vitrinas,
los códices miniados y los tallados frascos,
el entredós de encaje valioso de Malinas,
terciopelos, brocados y sederos damascos.*

*La panoplia con armas que tiene brava historia,
el ajedrez de ébano y marfil prodigioso,
la de su quinto abuelo límpida ejecutoria,
colofón de hidalguía en un pleito famoso.*

*Todo lo vende, todo, porque no tiene nada.
Pero lima bien, antes, con ahinco y tesón,
mientras sacan las sillas de la sala morada,
del arca de nogal, el familiar blasón.*

CÉSAR GONZÁLEZ RUANO.



D. M. C. (Algeciras).—Algo parecido a eso ha hecho, en un madrigal, el Sr. Méndez Bejarano. En cuanto al octavo verso, rompa «porque sí» el metro en que se inicia la composición.

F. O. P. (Antequera).—Mándenos algo más breve. O tal vez lo mismo extractado.

C. G. R. (León).—Harían falta tres o cuatro páginas para publicar «El monstruo», que, por otra parte, denota en usted estimables condiciones.

J. B. (Madrid).—Sus versos aconsonantan, asonantan o quedan libres, a voluntad. Comprenderá que eso es imposible de publicar.

«Wylly» (Madrid).—En el verso libre no puede haber asonancias ni consonancias. En cuanto a lo de publicar el mismo original en varios periódicos, es inadmisibles; el «refrito» es el peor enemigo del literato.

«Gil-Blas» (Madrid).—Larguísimo; lea la nota sobre dimensiones, inserta en esta misma página.

M. B. (Madrid).—Su cuento es precioso, corto y original; tres características que justifican el que entre en turno de publicación.

«Un aficionado» (Cartagena).—No es eso; ni aproximadamente siquiera se pueden considerar versos sus renglones. Falta medida, ritmo, acentuación: todo.

M. P. M. (Madrid).—El madrigal lo será porque usted se empeña; además, tanto él como el cuento están fuera del tono de nuestra revista. ¡Parece mentira que la lean ustedes!...

M. A. (Madrid).—Usted ha tenido dos sueños: uno, el que escribió; otro, el que se lo vayamos a publicar.

L. E. (Madrid).—Sus «Estrofas» están en turno de publicación.

«Juan Pérez».—Mal medidos los versos quinto y oncenos.

E. C. B.—Ese estilo está muy movido; desde los «Dila» de «Alejandro Bher» hasta nuestros días, todos los noveles han intentado esas cosas. ¡Cambie un poco, hombre!...

«Capeto».—Sinceramente: son muchos versos para no decir nada interesante. Además, como muchos de sus compañeros, incurre usted en el error de asonantar entre sí los versos aconsonantados.

J. G. R.—Demasiado ripioso su soneto.

Por estar esta sección dedicada a los escritores nuevos, a aquellos cuyas aficiones les hacen conocer las costumbres literarias, no hemos hecho algunas indicaciones respecto al envío de originales, por creerlas innecesarias. Sin embargo, la forma en que se nos remiten algunos trabajos nos obliga a hacer las siguientes advertencias:

1.ª Los trabajos en prosa no excederán de tres cuartillas escritas por un solo lado, y las composiciones poéticas de sesenta versos.

2.ª Es inútil pretender contestación particular a las cartas que se nos dirijan relacionadas con esta sección. Para admitir o rechazar los originales tenemos la sección «Hemos recibido su trabajo y...», en la que por riguroso turno se contestará a todos los autores. Tampoco se devolverán los trabajos, publicados o no.

3.ª El solo hecho de enviarnos un original implica la absoluta conformidad con estas condiciones.

Y 4.ª Cada original debe venir acompañado de un cupón.

"COSMÓPOLIS"

CUPÓN

que debe acompañar a
todo envío de
Colaboración
espontánea



DETRAS de las más altas vidrieras de la rancia casona, por tres veces ha brillado una luz. El chirriar levísimo de las fallebas rompe la calma augusta.

Encuadrada en el marco propicio de la plazoleta solitaria y tristona, sin más ornato que una humilde fuen-

te, la enorme mole pardusca es, en los días en que el sol deslíe el oro viejo de sus piedras centenarias, himno triunfal de un pasado de hie-rrros y esplendores. Y en las noches sin luna, plantel maravilloso e inquietante de con-sejas y leyendas.

La plaza está en sombras. Al fondo, muy en lo lejos, la lamparilla impresio-nante de una horna-cina tiembla y par-padea con medrosos guiños, como si el fresco vientecillo de la madrugada jugase con ella al ratón y el gato. Huele a tierra mojada. Nubarrones cárdenos ruedan pe-rezosamente por los cielos.

Al pie del ventan-al aguarda un hom-bre. Destácase en lo alto la silueta blanca de la anhelada don-cella y se engarza el idilio. Es una charla rumorosa, blanda, acariciante, con si-lencios de arrobo y hechizo... Al despe-dirse, deja ella caer una rosa, grande y roja como un cora-zón. Y entonces surge lo inesperado.

De entre las sombras donde agazapado acecha, rota el alma de celos, de despecho y envidia, salta el rival, interponiéndose entre el galán y la rosa. Los instantes son críticos. Las palabras de odio, afiladas y cortantes como puñales, reemplazan groseramente a la amorosa letanía que la sutil escala del viento llevara no ha mucho hacia el ventanal más alto de la vieja casona donde

la niña, adivinando la tragedia, sufre y tiembla y llora tan tenue y tan quedo como antes riera...

Ya van los golpes a seguir a los dichos. Unas pisadas recias, aunque no muy seguras, que se aproximan, aplazan la contienda. Se ocultan ambos y aguardan anhelantes que pase el impor-tuno.

Es un borracho que avanza tambaleán-dose, canturreando con vozarrón aguar-dentoso:

«Cúchare», para torero; y *pa* gobernar la España, don Baldomero Espar-tero.»

¿Un suspiro? ¿Un gemido? ¿Un sollozo? Sí. Es el postrero aliento de la rosa al morir aplastada por los toscos zapatos del borracho trasnochador. Ella, tan dulce, tan suave, tan delicada, ha sentido de lleno la afrenta grosera y brutal y se rebela arisca y bravía. No es la muerte en sí lo que le importa, sino la vulgaridad de su final. También ella tenía forjado su poema inefable: Un corazón que sangra a borbotones, y una mano crispada que estruja sus pétalos como si quisiera ta-ponar con ellos la herida caliente y roja...

Se aleja el borra-cho, perdiéndose en las sombras. Los den-sos nubarrones co-

mienzan a destilar una débil y apretada llovizna. Junto a la fuente, un gatazo negro escarba en la basura. Una ráfaga helada mata definitivamente la humilde hornacina. Y el canto lejano de un gallo anuncia el nuevo día.

JUAN AGUSTÍN MORENO.

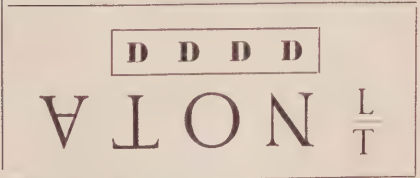
(Algeciras)

NOCTURNO





N.º 1. Muy excelente.



N.º 3. Era mallorquín y ex diputado.



N.º 5. Isla.

RESULTADO
del segundo concurso bimestral
febrero-marzo

Examinados los pliegos recibidos, resultaron exactos los firmados por los señores siguientes:

D. Demetrio Salas,	D. Antonio Marín,
D. Manuel Cano,	D. Ramón Maraver,
D. Cándido Carrasco,	D. Francisco Marín,
D.ª Aniceta Esteban,	D. Ángel Sáinz,
D.ª Esperanza Sánchez,	D. Francisco Jiménez,
D. Paquito Marín,	D.ª Leonor Herráinz,
D.ª Josefina Millán,	

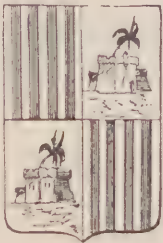
Celebrado el sorteo de premios, acto que fué presidido por nuestro director y presenciado por nuestro redactor jefe y varios señores concursantes, entre ellos D. Ramón Maraver, resultaron agraciados:

D. Francisco Marín, con el primer premio,
D. Francisco Jiménez, con el segundo y
D.ª Leonor Herráinz, con el tercero

Estos premios, consistentes en vales por valor de 150, 100 y 50 ptas., respectivamente, para la adquisición de objetos en la acreditada casa PLATA MENESES, plaza de Canalejas, 4, se encuentran en esta Redacción a disposición de los interesados, quienes, para retirarlos, habrán de demostrar su personalidad documentalente, sin cuyo requisito no les serán entregados.

SECCION
CRYPTOGRAFICA
POR FRAMARCON

MALLORQUINES:
Los 10 primeros pasatiempos del presente número son de índole puramente balear; por consiguiente, solucionarlos os será tarea fácil si reparáis detenidamente en ellos.

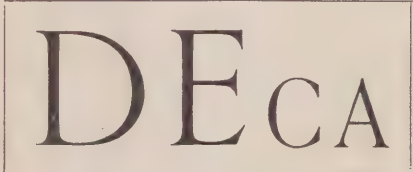


En el número de mayo, siguiendo mi costumbre dedicaré otros tantos a los cronicistas canarios y el resto a conmemorar la gloriosa guerra de la Independencia.

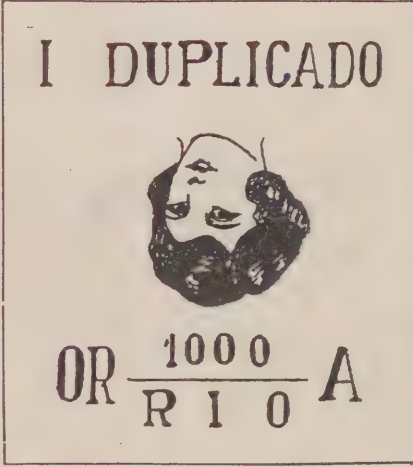
FRAMARCÓN.



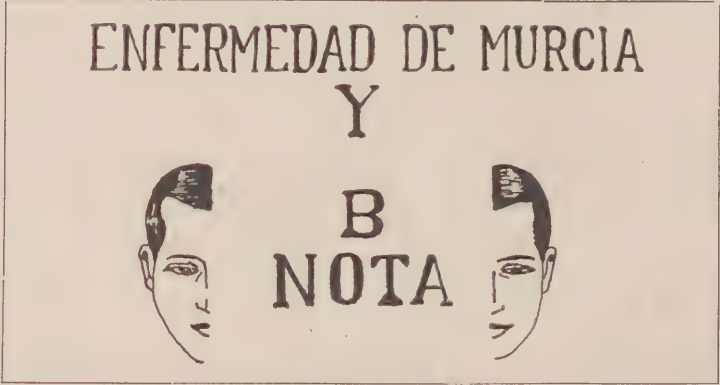
N.º 2. Judicialmente así están las Baleares.



N.º 4. ¿Es usted...?



N.º 9. Islas.



N.º 6. Islas.



N.º 7. Muy excelente.



N.º 8. Aperitivo mallorquín.

N.º 10. Sobre.



BASES
para el tercer concurso bimestral
abril-mayo.

Constará de 40 «pasatedios» como máximo.

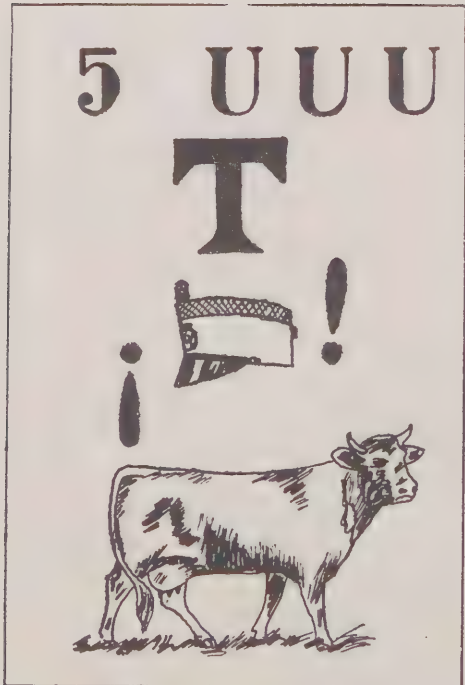
El pliego de soluciones, juntamente con los dos indispensables cupones, se enviará a nuestra redacción o al apartado de Correos 490, antes del 15 de mayo próximo.

Como de costumbre, los premios consistirán en tres vales para la adquisición de objetos a libre elección, en la acreditada casa PLATA MENESES, de esta corte, plaza de Canalejas, 4; 150, 100 y 50 ptas., respectivamente, será el valor de aquellos premios o vales, que serán adjudicados a los tres concursistas que mayor número de soluciones exactas aporten; siéndolo por sorteo público en esta Redacción, en caso de empate o igualdad de condiciones, el día 20 de mayo citado, a las siete de la tarde; acto éste que podrán presenciar cuantos lo deseen.

En los pliegos habrá que citarse el nombre y apellidos y domicilio del remitente. En el sobre y en su parte superior izquierda: Para el Concurso Cripto-gráfico.

Los suscriptores no acompañarán cupones, bastando hagan constar esta circunstancia y número de suscripción, a continuación de la firma.

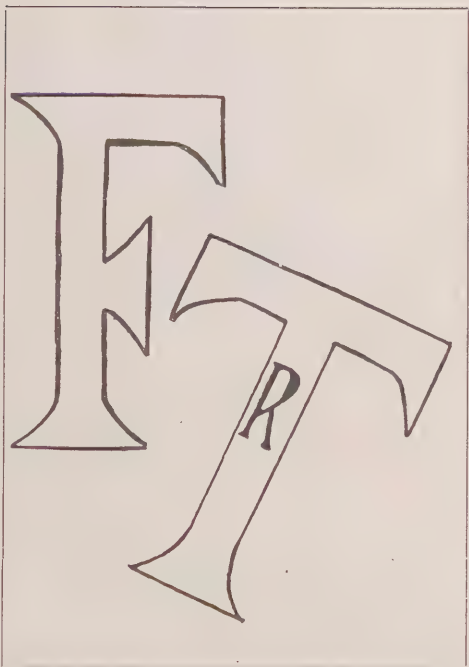
FRAMARCON.



N.º 11. Mujeres; esto somos los hombres.

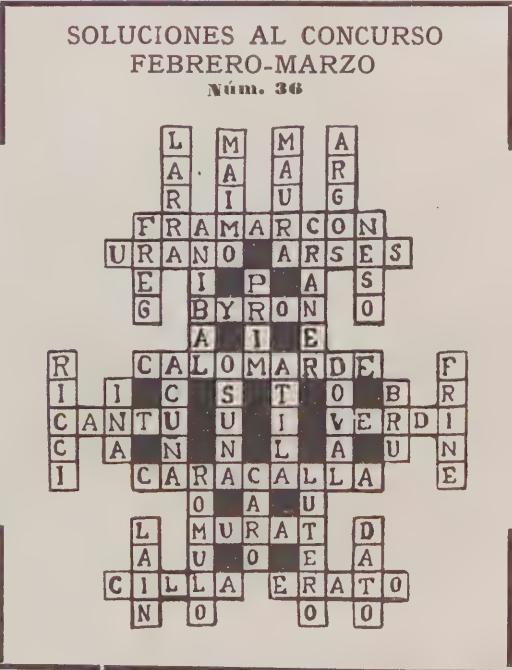


N.º 12. Frase hecha.



N.º 13. Demostración de respeto.

- 1.—Montalbán, Calamocha.
- 2.—De una modesta familia de labradores.
- 3.—Francisco Goya y Lucientes.
- 4.—Santa Engracia.
- 5.—Tiene tantas mesas como días el año.
- 6.—La Academia General Militar.
- 7.—La Campana de Huesca.
- 8.—Tonta ella, tonto él.
- 9.—Laguna de Gallocante.
- 10.—Gran jota aragonesa.
- 11.—Si vas a Calatayud, pregunta por la Dolores.
- 12.—Jaca y Sariñena.
- 13.—TES-TA-MEN-TA-RÍ-A.
- 14.—Se cuadró militarmente.
- 15.—Los amantes de Teruel.
- 16.—Primo aluminado.
- 17.—Cuadróse militarmente.
- 18.—ENRIQUE MENESES.
- 19.—Fraga, Tamarite.
- 20.—Cantábrico.

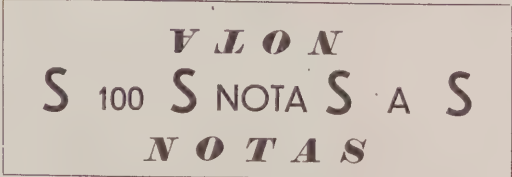


- 21.—De los tres, uno es asturiano.
- 22.—Le robaron la capa y el sombrero en Avilés.
- 23.—Las Doloras y los Pequeños Poemas.
- 24.—Asturias.
- 25.—Mieres, Condado y Parrés.
- 26.—Contribuyó a la despoblación árabe (o mora).
- 27.—Anís la Asturiana.
- 28.—Devorado por un oso.
- 29.—La línea, Castropol y Lena, o (EL GUIÓN, etc.).
- 30.—«El Osado».
- 31.—Gruta de Covadonga.
- 32.—Está más cara en Asturias.
- 33.—Cabo de Busto.
- 34.—Adolfo Durá.
- 35.—Recorreremos el Universo entero, Tadea.
- 36.—(Logogrifo nominal).
- 37.—Si las más toca, la «nredo menuda solfa» ,Domitila.
- 38.—BU-TA-CA.
- 39.—En lo mejor de la vida.
- 40.—ES-PAR-TE-RO.
- 41.—Romana Maroto Romea, Modista.

IMPORTANTE

A los concursantes agraciados. Podrán remitir para su publicación en el concurso siguiente al en que resulten favorecidos, un trabajo inédito, conforme a las bases siguientes:

- 1.º Si es ilustrado o por su estructura precisara fotografiarse, será hecho en tinta china negra y ajustado a las dimensiones de 8 por 11 cm. como máximo.
 - 2.º No podrán exceder de diez palabras y llevarán al respaldo la firma y domicilio del remitente.
 - 3.º El pliego de soluciones de éstos será enviado dentro de los dos días siguientes a la fecha marcada para el resto de los solucionistas.
 - 4.º Los firmantes de estos trabajos recibirán gratuitamente un ejemplar del número en que aparezca el resultado del concurso en que aquellos trabajos fueran insertos.
 - 5.º COSMÓPOLIS se reserva el derecho de dar a la publicidad la solución a estos trabajos, cuando éstas se aparten de las normas legales.
 - 6.º Será reconocida como válida, cualquiera solución que se dé y esté en completa conformidad con la orientación o título que el trabajo llevare.
- FRAMARCON.



N.º 14. Obra teatral.



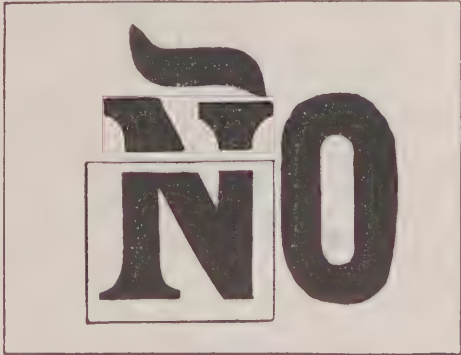
N.º 15. Cortesía.

COSMÓPOLIS
SECCIÓN CRIPTOGRÁFICA
Este y otro CUPÓN habrá usted de acompañar a su pliego de soluciones a este concurso bimestral.



N.º 16. Se encuentra en todas partes.

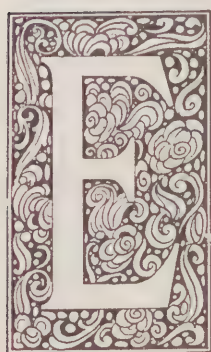
N.º 17. Por eso se aburre tanto.





CUENTO DE NIÑOS,
por
Luis Franco de Espés,
barón de Mora.

*A S. A. R. la Infanta Beatriz de Borbón, que es la más bella Princesa de todas las
princesas de los cuentos...*



RASE concebida: de luz, como mañanita de sol; de color, cual sangre de paloma sobre campo de nieve; de ilusión, como pensamiento de enamorado. Y aun la añadieron la dulce gentileza de una azucena, y por corazón un jirón de cielo...

Según la ley del país, hasta el episodio de su casamiento no podrían salir del Palacio las hijas del Rey; y en sus jardines—magnífica sinfonía de rosas—perdía vanamente la Infantita ideal su maravillosa adolescencia.

Para Ella exhalaban las flores sus más deliciosos perfumes; cobijábanla los árboles con su sombra en dosel, las mariposas rendíanla pleitesía revoloteando en torno suyo y acariciándola con sus alitas leves, piaban en su honor los pajarillos de tres mil colores, y hasta un ruiseñor enamorado acompañábala constante, ofrendándole su más armoniosa canción.

El jardín todo mirábase en Ella, y para alcanzar su agrado mejor germinaba en una perenne primavera.

Y era,
la Infantina ideal,
la más bella rosa en la rosalada del Palacio Real.

Tanto era el respeto al Palacio del Rey, que jamás precisó la Infantina de centinelas para su custodia. Únicamente conservaba para hacerla honor dos peregrinos pajes: si, con lánguida indolencia, reclinábase en los bancos de labrado pórfido de sus jardines, bajo sus piecitos, alfombraban la finísima arena con sus colas fantásticamente policromadas, y en el caminar precedíanla majestuosamente... dos fatuos pavos reales.

Cuando la tarde se moría, desprendíase del cielo en errante zigzag una resplandeciente estrella, y amorosa, posábase sobre su frente. Era el Hada-Madrina, que desde el cielo velaba por Ella.

—¿Eres feliz, mi amada Princesita?—preguntaba al llegar.

La Infantina respondía invariablemente:

—¿Por ventura, volverá mañana el Rey mi padre?

E invariablemente también, respondía la estrella desde hacía siete años:

—Caza todavía, pero volverá...

En el instante mismo de la tarde al morir, en errante zigzag, regresaba a su trono. Mas, todos los días, al visitar la estrella a su regia ahijada, era el mirarla a los ojos su primera intención; y todos los días quedaba muy contenta después de mirarlos.

Un día acaeció algo realmente maravilloso en la rosalada del Palacio Real.

Las hojas deshojaron voluptuosamente sus pétalos, abandonándolos a la brisa; la arboleda mecióse dulcemente sobre la rosalada; y los pajarillos, entre los rosales, cantaron su más alegre cantar. Hasta el ruiseñor enamorado entonó una endecha tan dulce, que la concluyó con su último suspiro.

Y cuando la tarde se moría, la estrella contempló a su ahijada, con su sonrisa más resplandeciente.

La Infantina ideal, en el amanecer, cumplió sus quince años.





— VIERA-LANDA —

Irguiéronse más fatuos todavía los fatuos pavos reales, y lucieron de asombro los ojos de la Infanta: por la vereda que serpenteaba entre los rosales llegaba saltando alegremente un pequeño perro vulgar, y tras él, pobremente vestido, un hermoso mancebo. Cuando la original pareja arribó a su rosal, el perro se detuvo y miró atentamente a la Infantina, con el rabo muy tieso; pero bien pronto continuó saltando alegremente, lamiéndole los pies. Detúvose igualmente el mancebo y, arrodillado de admiración, exclamó:

—¿Qué significa tan celestial luz como siento ante mí?

Cuando a la Infantina le concluyó su asombro, al mancebo su admiración y al pequeño perro vulgar su júbilo, el mancebo relató el cuento de su vida:

Nació en la floresta de una nación cercana y allí vivía tranquilo, hasta que un día, los soldados de un sanguinario rey lo invadieron y asolaron todo, mataron a sus padres y hermanos, robaron sus ganados y él hubo de correr todos los caminos y sufrir todas las privaciones, tañendo su flauta para lograr un poco de pan, establo en que dormir, harapos con que cubrirse. El pequeño perro vulgar era su amigo y compañero único, y cuanto mejor iba aprendiendo a conocer a los hombres, mucho más estimaba a su perro. Además, le era tan imprescindible... ¡Había nacido ciego!

El pequeño perro vulgar, a su vez, como nada podía contar, creyó muy conveniente seguir saltando de alegría y, de paso, lanzar algunos bastantes acordados ladridos.

Entonces la Infantina ideal les acogió hospitalariamente en su rosaleda del Palacio Real, y el cie-

guecito y su perro pequeño, agradecidos, la rindieron vasallaje.

Los majestuosos y fatuos pavos reales sintiéronse como hombres, y ante el favor que dispensaba a aquellos extranjeros determinaron trocar su pasada altivez o aversión en hipócrita afecto, por no perder la gracia de la Infanta.

Y los días continuaron perdiéndose vagamente en la rosaleda del Palacio Real.

Una vez había interrogado la hija del Rey:

—Dime, ciegucecito. ¿Tú sabes cómo son las flores?

Y el ciegucecito respondió:

—Como tú.

—¿Y los pájaros?

—Como tú.

—¿Y el cielo?

—Como tú.

Quedóse pensativa la Infantina...

—Dime, ciegucecito: ¿y entonces, cómo soy yo?

—Como el cielo, como los pájaros, como las flores.

—¡Oh, ciegucecito mío!

Cuando al atardecer contempló la estrella los ojos de su ahijada, palideció, y en errante zigzag, remontóse muy triste a su trono, murmurando por el camino de nubes y azul:

—¡Oh, pobre niña mía...! ¡Pobre niña mía!

Al día siguiente, un marcial estruendo truncó la serena poesía en la rosaleda del Palacio Real. Al cabo de siete años, tornaba a su reinado el Rey, y en el semblante de sus caballeros y sus soldados se reflejaba el hambre, la fatiga, el dolor. Con tal pesar besó el Rey a su Infantina, que hubo de volver la cabeza por no verla llorar.



Nuevo día sucedió al anterior, y en él presentóse ante Ella el gran chambelán de la corte, seguido de lucida tropa; entre profundas reverencias la anunció la regia decisión: por razón de Estado debería casarse con el hijo de un rey.

—¿Por qué habré de casarme con el hijo de un rey?—preguntó ansiosamente a su Madrina cuando la tarde agonizaba.

Y la Madrina la prometió enterarse.

Otro día más, y retornó el gran chambelán, seguido de la lucida tropa. Pero la Infanta tampoco contestó. Y en el anochecer apremió más ansiosamente a su madrina.

—Vivo tan alta y son los hombres tan pequeños, que todavía no logré penetrar en su corazón.

Llegó el tercero día, y el gran chambelán la exigió, en nombre del Rey, fijase Ella misma la fecha de sus bodas.

Calló por última vez la desconsolada Infantina; pero, al anochecer, prisionera de mortal desmayo, no acertaba a preguntar cuando su estrella la contempló.

—Princesita mía, quieren que te cases con el hijo de un rey cercano, porque, de no hacerlo, el hambre asolará tu reino, y la miseria, el dolor, la esclavitud se apoderarán de tus vasallos. Tu padre fué a la guerra hace siete años, y de la guerra no volvió vencedor. (Ya sabía la Infantina que la guerra era caza también.)

—¡Yo no puedo amar al hijo del mayor enemigo de mi padre, porque mi corazón hace días lo he donado en prenda!

—¡Oh, Princesita mía!, he podido averiguar, sin embargo de vivir tan alta, que en la vida, las hijas de los reyes han de sacrificar la felicidad de su corazón al bienestar de sus conciudadanos. Únicamente el sacrificio del tuyo podrá salvar a tu pueblo de la derrota.

Y era tanta la pena de la Estrella, que, en errante zig-zag, se remontó a su cielo para no volver a la tierra jamás.

La Infantina, al derramar su primera lágrima, se transformó en mujer, y cuando, al amanecer, despidió a su bien amado ciegucecito, tomó una rosa roja, la más hermosa en la rosaleda del Palacio Real, que floreció durante la noche al beber la tierra su primera lágrima, y se la dió. El ciegucecito selló sus labios sobre los encendidos pétalos, y vertió una lágrima sobre su corola, y los pétalos se tornaron todavía más rojos, y la corola exhaló un aroma todavía mayor.

Y el ciegucecito, precedido del pequeño perro, reemprendió su errante caminar y se perdió por la vereda que en otro amanecer había llegado.

La Infantina, con sus pajes de honor, sus majestuosos y fatuos

pavos reales, volvió a Palacio para concederse en matrimonio, según había dispuesto su padre el Rey y reclamaba la felicidad de sus vasallos.

Algún tiempo después, casó... y no fué feliz; pero supo hacer que los demás lo fuesen; y todos la proclamaban como la más digna y hermosa de las reinas y la más sublime y bondadosa de las madres. Cuando la Infantina sufría, apartaba los ojos de su corazón para ponerlos en los corazones de sus vasallos; y consolaba sus amarguras, sus miserias y sus pecados. Y así fué caminando... Tanta amargura, tanta miseria, tanto pecado vieron sus ojos, aquellos ojos hechos de luz, color e ilusión, solamente para mirar la dicha, que fatigados, mortalmente heridos, los cerró definitivamente y... murió. Pero al despertar a la muerte, de la pesadilla de la vida, sus ojos ciegos obligábanla a caminar trabajosamente, y con frecuencia caía de temor. De repente sintió a su lado que se aproximaba una voz lejana:

—¡Infantina mía!, qué felicidad verte a hallar; he caminado desolado por el mundo, anhelando una loca ambición: vivir juntos en la muerte, ya que separados hubimos de vivir en la vida.

Mas la Infantina, vencida de alegría, de la pesadumbre de sus ojos ciegos, de la fatiga del trabajoso caminar, había caído definitivamente.

—Ciegucecito mío, ven a mi lado para tenderme tu mano amiga. ¿No ves mis pobres ojos? Hanse cerrado para siempre y ya no te podré volver a ver.

—Qué importa, Infantina ideal, si ahora yo puedo verte; pensando siempre en Ti, no pude reparar en las miserias de los hombres, que mis ojos ciegos no veían, ni mi corazón podía sentir porque estaba muy lejos, contigo; y al morir han resucitado mis ojos, que no padecieron al vivir. ¡Ven, yo te conduciré...!

Y tomándose de las manos, la Infantina buena y el pobre ciegucecito se entraron en el cielo.

Y el pequeño perro vulgar, brincando de alegría, detrás.

Alteza:

A. V. R. P.

LUIS FRANCO DE ESPÉS,
BARÓN DE MORA.

París, enero 1928.

(Ilustraciones de Viera Landa.)



K-NETE, PINTOR



En el colegio, en casa, en la calle, en los periódicos, estaréis cansados de oír decir que es en este mes el centenario de Goya. Fué, efectivamente, ahora hará cien años cuando dejó de existir el más renovador e interesante pintor español, aquel cuyos pinceles magos dibujaron las majas celeberrimas, y los fusilamientos de la Moncloa, y la familia de Carlos IV y los alucinantes «caprichos». Por eso yo quiero celebrar la fecha «echando mi cuarto a espadas» en eso de la paleta. ¿Os parece que estoy bien caracterizado?... Pues a ver si hay quien se atreva a preguntarme «qué pinto aquí».

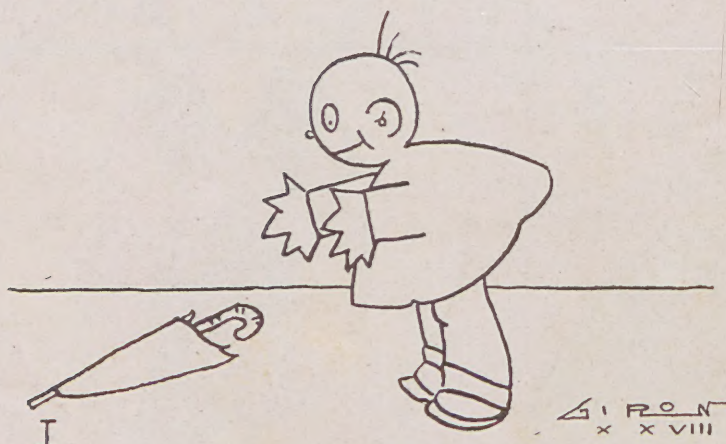
Salud y acuarelas, amigos.

K-NETE



„Buenas noches!!... Hace más de veinte minutos que pasó la hora de brujas, duendes y trastos; Pochita y Calzonete se encaminan en busca del necesario descanso. Pero como vuestra amiguita no gusta de que la llaméis demasiado antigua o de que la tachéis de excesivamente moderna, tiene, para que elijáis, un clásico camisón o un futurista «pyjama».

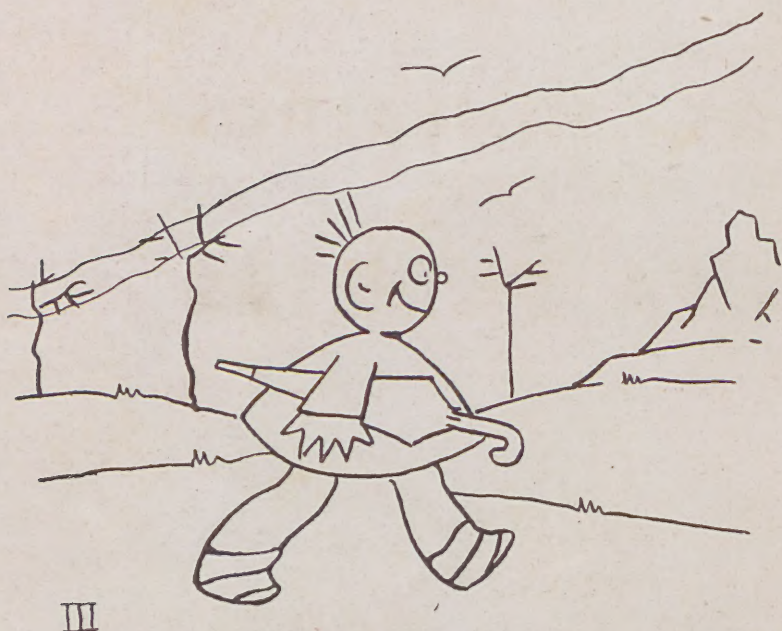
SABINITO Y SU PARAGUAS



Un paraguas olvidado
a Sabinito ha encantado.



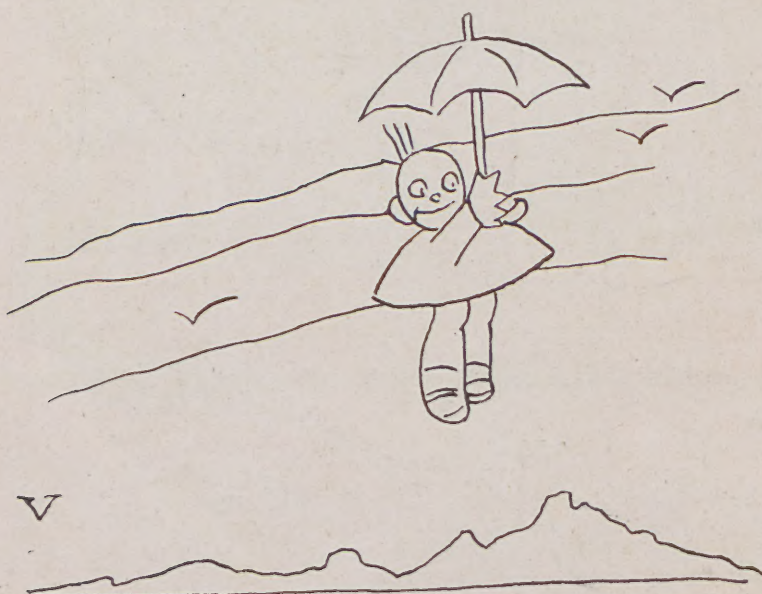
Y, aunque haya quien no lo crea,
tiene el chaval una idea.



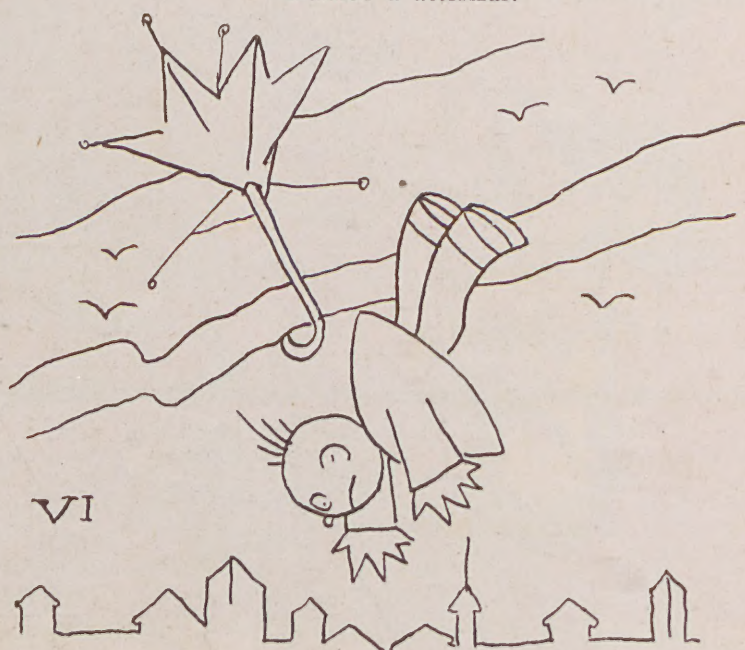
Para realizar su empresa
se marcha a campo traviesa



Del monte se va a lanzar,
decidido a aterrizar.



Con satisfacción de artista,
juega a que es «paracaidista».



Terminando la «excursión»
en formidable «morrón».



VESTIDOS ~ ABRIGOS ~ SOMBREROS
FAJAS CAUCHO ~ PERFUMES

CASA PASSAPERERA FUERTES

Adela

EXHIBE SUS ELEGANTES COLECCIONES

GÉNOVA, 19
TELÉFONO 33125

MADRID

LEHA

LA EXPORTADORA HISPANO AMERICANA

El porvenir
de muchas industrias
de la Península está en los
países de la América
española



¿Desea Ud.
iniciar o intensificar
la exportación a los mismos?
Nuestra Revista es la mejor cola-
boradora para este fin.
Solicite un número
de muestra.

WORTH

7, rue de la Paix
PARIS

LONDON
3, Hanover Square
and also
221, Regent Street, corner
of Maddox Street



BIARRITZ
Carlton Hotel

CANNES
Sur la Croisette

colorchecker classic



calibrite